



- > La desvinculación de 21 niñas soldado de los grupos guerrilleros y paramilitares en Colombia: interacciones y significaciones implicadas
Jaime Alberto Carmona Parra, Felipe Tobón Hoyos
- > Prácticas de las organizaciones de población desplazada y el restablecimiento de derechos. Los rostros de la autonomía y la visibilización
Cristóbal Ovidio Muñoz, Luis Arias
- > Epistemología y abordajes investigativos en Psicología Dinámica - Psicoanálisis Relacional
Ricardo Alberto Andrade Rodríguez
- > Aproximaciones a una Psicología de la exclusión
Edgar Orlando Arroyave Álvarez
- > Efectos de la “mentalidad” conquistadora
Edison Viveros Chavarría
- > La transferencia en el proceso educativo
Libia Elena Ramírez Robledo
- > La anorexia: consideraciones socioeconómicas y concepciones psicoanalíticas
Diana María Carmona Henao, Oscar Alonso Mira
- > Creando desde Afrodita o Venus: Una representación femenina arquetípica del amor, la sexualidad, el cuerpo y la función alquímica de transformación
Gladys Janeyh Ríos Palacio

Artículos de Investigación

LA DESVINCULACIÓN DE 21 NIÑAS SOLDADO DE LOS GRUPOS GUERRILLEROS Y PARAMILITARES EN COLOMBIA: INTERACCIONES Y SIGNIFICACIONES IMPLICADAS

Jaime Carmona Parra* Felipe Tobón Hoyos**

Recibido: Abril 29 de 2010 - Aceptado: Julio 31 de 2010

Resumen

Este artículo trata sobre las significaciones e interacciones involucradas en los procesos de desvinculación de las niñas soldado. En él se muestra cómo el sentido de la permanencia en los grupos armados ilegales para las niñas soldado es el producto de una negociación entre dos procesos de significación: el que ellas construyeron sobre los grupos armados en su interacción con los otros significativos en su proceso de socialización; y el proceso de significación de sus necesidades y expectativas como púberes y adolescentes. Ninguno de estos dos procesos de significación coincide con los fines supuestos de los grupos armados ilegales. Por ello, una vez que se vinculan, las niñas realizan una especie de redefinición de la situación que encuentran en el grupo armado. El proceso de desvinculación se pone en marcha cuando estos “ajustes” ya no se sostienen y se agota el significado de la experiencia. La “carrera” de las niñas, durante su permanencia en los grupos armados, suele atravesar tres momentos lógicos cuya duración y alternancia están acicateadas por factores afectivos, lo cual ocurre de manera diferente en los niños varones combatientes.

Palabras clave:

Niñez, guerra, niño soldado, Colombia, interaccionismo simbólico, psicología social, significados, interacciones.

Abstract

This article discusses the meanings and interactions involved in the process of decoupling of girl soldiers. It shows how the sense of permanence in the illegal armed groups for child soldiers is the product of a negotiation between two processes of significance: the one that is built by them about the armed groups in their interactions with significant others in the process of socialization, and another processes of significance about their needs and expectations as puberty and adolescents. Neither of these two processes of meaning coincides with the real purpose of the illegal armed groups. Therefore, once bound, the girls perform a kind of redefinition of the faced situation within the armed group. The disengagement process starts when these “adjustments” are not enough in order to hold the experience and, therefore, its meaning finished. The “race” for girls, while in the armed groups usually goes through three logic times which have a different duration. Its alternation is supported by emotional factors, which occurs differently in soldier boys.

Keywords:

Childhood, soldier children, Colombia, symbolic interactionism, social psychology, meanings, interactions.

* Vicerrector académico FUNLAM. Jaime.carmonapa@amigo.edu.co

** Coordinador Fundación Amigó, España. Felipetoho@hotmail.com

Este artículo es una pieza de los resultados de la investigación titulada *La carrera de las niñas soldado en Colombia: un estudio desde el punto de vista del agente*. Este examen de las interacciones y significaciones involucradas en la desvinculación de las niñas soldado aspira a aportar elementos a los profesionales que trabajan en el diseño de estrategias de intervención de este fenómeno. Ver el fenómeno desde el punto de vista de los agentes para la construcción de programas, no debe confundirse con la legitimación del mismo o convertirse en pretexto para escamotear la responsabilidad que tenemos los académicos de insistir en un punto de vista colectivo de repudio y denuncia del crimen que cometen todos aquellos agentes individuales o colectivos que usan a los niños como instrumentos de guerra.

La discusión de las interacciones y significaciones involucradas en el proceso de desvinculación de las niñas de los grupos armados ilegales se hará bajo la forma de un análisis comparativo entre el punto de vista de las niñas excombatientes, sujeto de esta investigación, y el de los investigadores que han estudiado el fenómeno de los niños soldado en Colombia. Comenzaremos por el apartado que titulamos “Información básica sobre el perfil psicosocial de las menores” del preámbulo de *La carrera de las niñas soldado*.

Vamos a iniciar con el problema de las significaciones. La experiencia que cada ser humano tiene de la realidad está mediatizada por su universo simbólico, que podemos pensarlo como un hábitat de significaciones. Esto tiene una consecuencia importante, a saber, que la realidad humana, y por consiguiente su psicología y su comportamiento, están expuestos a la continua movilidad, incluso a la volatilidad, propia de cualquier mundo hecho de significados. En esto descansan las tres premisas fundamentales sobre las que se edifica el Interaccionismo Simbólico (Blumer, 1969/1982). Por ello es importante examinar los significados que conferirían las menores a la vida en el grupo armado en diferentes momentos de la carrera.

Sin pretender hacer una síntesis de un proceso tan complejo como la permanencia de las niñas en los grupos armados ilegales, vamos a tratar de situar tres momentos fundamentales de la significación que tuvo la experiencia cotidiana en estos grupos para nuestras menores. Se trata de momentos lógicos, más que cronológicos, que si bien en la mayoría de los casos siguen un orden similar, en circunstancias especiales puede pasarse del primero al tercero, o incluso alterarse el orden de los mismos. Las interacciones con otros significativos suelen tener un papel fundamental en la duración de cada una de las fases y en los pasos de una a otra.

Podemos decir que hay una primera fase exploratoria que puede ser excitante, lo cual explica que la mayoría de las niñas hayan persistido en quedarse aun teniendo la posibilidad de desvincularse; una segunda fase en la cual la mayoría de las niñas logran “ajustar” (Goffman, 1961/2001) sus

expectativas a la situación que encuentran en el grupo armado, y gracias a un proceso de negociación de significados, consiguen articularse a la vida del grupo de una manera más o menos fluida. Recordemos que en la interacción social, la definición de la situación no es algo estático que dependa únicamente de los lugares de poder: “hay una reinterpretación de la actividad para redefinir la situación, o sea que la definición puede ser alterada en el curso de la interacción” (Munné, 1989, p. 281).¹ Y, finalmente, en casi todos los casos encontramos una tercera fase en la que dicho ajuste ya no se sostiene, o se agota, y el régimen del grupo se torna insoportable. La importancia de situar estos tres momentos de la experiencia consiste en que en la lógica más o menos repetitiva de la vida militar en los grupos armados ilegales, las menores atribuían, a los mismos eventos, significaciones muy diversas, de acuerdo con la fase de su experiencia, o situaban de manera diferente la atención sobre los eventos más significativos.

La primera fase está bajo el tono del disfrute de la novedad, lo cual es favorecido por el trato calculadamente amable que les brindan los actores armados para favorecer su adaptación. Veamos algunos fragmentos de relatos de ese primer momento.

Y llegamos allá dizque: “ah, que mire que les traemos una nueva compañera”... Bien, tratándome bien... Dizque: “ah, que mire que ahorita le leemos el reglamento, las normas”. Y, yo: “ah, listo”. (Isabel, d.g.)²

Cuando yo llegué me llamaron la atención las personas, el trato muy bien porque a nosotros nos trataban muy bien. Eso me gustó, me sentí muy bien. En ese tiempo nosotros no sabíamos qué era una caleta, ya nos decían: “esto es una casita que uno hace, ustedes pueden pedir caleta a otro”, en ese tiempo yo duré durmiendo con un muchacho. Me decían: “no, usted duerme con cualquiera y esté tranquila que él no la va a tocar porque si la toca va de consejo de guerra”. (Marcela, d. g.) Los primeros días me pusieron cuatro días a entrenar para ir aprendiendo cositas y a los quince días me entregaron fusil y me vistieron así armada ya, me entregaron un fusil, un R.P. Pequeñito, proveedores, munición y todo y a los últimos días ya amañada³, contenta alla. (Manuela, d. g.)

Respecto a la segunda fase, en la que se logra construir durante un tiempo un significado estable, podríamos decir que para tres de ellas la permanencia en el grupo constituyó un sustituto de la familia que no tenían o con la que no podían vivir por algún tipo de conflicto:

¹ Véase también Ibáñez (1990, p.130).

² La notación “d.g.” quiere decir desvinculada de un grupo guerrillero, “d.p.” Desvinculada de un grupo paramilitar. Los nombres de las niñas fueron cambiados para proteger su identidad.

³ El término “amañada”, en el argot popular de la región, significa “a gusto”, incluso puede tomarse como un sinónimo de contenta, con lo cual estas dos expresiones juntas tendrían el carácter de una reiteración.

Yo al principio me sentía muy bien allá con mi papá y mi madrastra, como una familia. (Ángela, d.g.)

Mi hermana me dijo: “yo quiero que esté junto a mí, yo a usted la quiero mucho y quiero que estemos juntas, ya que no tenemos padres”; y ella era la hermanita mía y ella era muy cariñosa conmigo y usted sabe que uno le hace caso a la hermana y me fui con ella. (Andrea, d.g.)

Eso fue como una familia para mí y la verdad yo soy sincera y fue como la mejor, pues tuve amistades, la confianza que yo nunca encontré en mi casa. (Silvia, d.g.)

Para dos de ellas el grupo armado tenía el carácter de una organización en la que querían permanecer y hacer carrera, como el empleado que quiere escalar posiciones en una empresa:

Yo pensaba que podía llegar a ser comandante, primero no, pero esos comandantes como viven tan bueno, pues sí, ah sí, uno busca la mejor vida ¿no? Sí, como yo veía pues, como ahí también hay mujeres que son comandantes y yo veía que les iba bien, lo único maluco era que cuando había una pelea y les daban tropa y todo, entonces ellas tenían que responder por esa tropa, era lo único, de resto eso les asignaban cualesquier misión y de una la cumplían y les iba bien. (Lina, d.g.) Allá en ningún momento tuve problemas con nadie, ni discusiones siquiera tuve, entonces, por eso me amañé tanto allá y además porque me gusta ser guerrillera, porque eso es lo que a mí me ha gustado siempre, desde pequeña. (Silvia, d.g.)

Para las demás, es decir, para la mayoría, el grupo armado se convirtió en una especie de espacio de convivencia comunitaria, que tenía dos atractivos fundamentales respecto de su vida anterior: la aventura que las liberaba de la monotonía de su vida de niñas campesinas y una mayor libertad sexual y personal que la que tenían en sus casas, aun con las reglamentaciones estrictas de estos grupos.

Me gustaba por la acción que se vive, se viven cosas muy bacanas,⁴ o sea, a pesar de que uno sufre mucho, también hay cosas que uno pasa muy chévere. Por ejemplo, cuando uno se sentaba por ahí a las 5 o 6 de la tarde a tomar tinto y a fumar cigarrillo y que uno se ponía a contar las historias, chistes... de pronto cuando habían hostigamientos que uno se ponía a reírse y también a tirar tiros al aire, o cuando lo ponían a uno a que aprendiera a reventar rampas, entonces uno se ponía a reírse de ver las bobadas que uno hacía cuando uno metía la pata y que no le tocaba sino arrancar a correr. Eran momentos muy bacanos. (Eliana, d.p.)

⁴ “Bacanas” es una expresión que tiene una connotación claramente positiva, pero es muy general, puede remitir tanto a lo confortable y agradable, como a lo excitante.

Me fascinaba la libertad, y lo que uno caminaba, conocía puntos que uno tal vez no distingue [...] cuando decían “vamos para tal punto, vamos a distinguir” [...] ya, a mí me fascinaba porque a mí me gusta mucho distinguir sitios, eso era lo que me fascinaba. (Marcela, d.g.)

Más que todo yo no viví el sufrimiento, porque yo más que todo pasaba era bueno, así, me mantenían era por ahí en los pueblitos bailando, pasando bueno. hay muchachos que sufren mucho pero yo casi, casi no sufrí, porque yo me mantenía mucho con un comandante que era muy relajado, él siempre era así confiado, se instalaba por ahí en partes así en el monte y mantenía pues bailando, y dormía uno hasta tarde, a veces sin guardia. (Carmen, d.g.)

La comida no faltaba, cuando uno se manejaba bien no echaba mal, así como aquí [en el centro de atención especializada, CAE]. En el campamento lo trataban a uno muy bien, uno tenía comida y lo sacaban a bailes y le pegaban borracheras. (Verónica, d.g.)

En algunos casos el establecimiento de una relación conyugal contribuía a hacer más estable esa comunidad en la que convivían.

Yo no pasaba como necesidades de nada, de nada. Inclusive yo allá la pasé muy bien, o sea, yo no sé, pero ahí lo único que me faltaba para estar como exacto era mi familia y mis hermanos que me hacían mucha falta pero yo tenía todo, todo [...] Él me daba mucho gusto en los dulces, en el mecato,⁵ todo, que llegábamos a una escuela y que había gente que no podía comer, él siempre compraba su bolsada de mecato, su gaseosa, lo que fuera y siempre manteníamos como en el equipo todo al día, nunca nos faltaba nada. (Sandra, d.g.)

Pero, al lado de estas tres dimensiones positivas del significado de la permanencia en los grupos armados ilegales, coexistía una dimensión negativa en la que hay una coincidencia general de las niñas en tres aspectos fundamentales. En primer lugar están los rigores propios de la vida militar: las caminadas extenuantes; prestar guardia; combatir; cargar remesa, equipo, leña y agua; pasar hambre y dormir a la intemperie.

Ya en las FARC también me tocó duro, aguantaba más hambres porque esos días estuvo maluco,⁶ hubo un tiempo que también estuvo muy duro, había problemas cada ratico con el Ejército y con los paramilitares y todo, ya de cualquier campamento nos tocaba salir corriendo, perdíamos a veces fusiles, carpas, equipos, así, perdíamos muchas cosas, y eso nos tocó mucho. Un día nos tocó aguantarnos 5 días emboscados, aguantando hambre, zancudos todo el día, sin podernos bañar, sin tomar agua y sin nada. (Verónica, d.g.)

⁵ Golosinas.

⁶ Displacentero.

En segundo lugar las tareas y las incomodidades propias de la vida cotidiana en los campamentos: ranchar (cocinar); tareas agrícolas; cavar hoyos para letrinas, basureros y trincheras; madrugar y trasnochar:

Hacer huecos, huecos así dizque para “trillo” que es la basura, a mí me chocaba eso. (Marcela, d.g.)

A veces que no llevábamos comida hecha, nos tocaba era aguantar hasta llegar y eran esos palos mojados para uno prender para hacer la comida, le tocaba a uno aguantar hambre. (Carmen, (d.g.)

Le tocaba a uno cocinar para treinta. (Juliana, d.g.)

Y, finalmente, el maltrato físico y psicológico: gritos, insultos, humillaciones; inequidad e injusticias; falta de libertad de acción y expresión; acoso sexual.

A uno lo humillan, mirá (sic) que para usted es una humillación de que usted se esté portando bien y que te traten mal, que te digan: “no, es que usted se está portando como una h.p.” o que le digan “no, es que usted no parece que fuera de acá”. (Lina, d.g.)

No se podía manifestar el aburrimiento, antes uno tenía que ocultar lo que sentía, porque lo notaban a uno aburrido imagínese, pues, ya era más duro porque: “no, pues, ésta se va a volar”. (Pilar, d.g.)

A veces sí me mandaban muy lejos a andar, así diario, habiendo más unidades me mandaban a mí, eso sí me daba como cosita porque uno casi no descansaba, entonces me daba como maluquera ir, porque a veces diario era uno, diario era uno y las otras viejas descansando que eran quizás mujeres de los comandantes ahí y por eso las tenían bien. (Sandra, d.g.)

Las mujeres de los comandantes eran unas mimadas ahí. Por ejemplo, la mujer del comandante de compañía X no hacía nada, no prestaba la guardia y si la prestaba la prestaba mal, nunca la llevaron a pelea, no cargó un fusil, cargaba un pedazo de pistola y ya. Usted sabe que por ser comandante entonces tiene su locioncita, su maquillaje, todo ¿sí me entiende? Pero ella no quería sólo eso, ella quería era vivir sólo así sin hacer nada, pero eso tampoco se podía porque entonces las otras guerrilleras... Las otras compañeras decían dizque: “no, que fulana que no le gusta sino vivir bien organizadita y no le gusta hacer nada a esa hijueputa”. (Silvia, d.g.)

Con el paso del tiempo y el agotamiento de las experiencias atractivas, para la mayoría, estos elementos, que constituían la dimensión displacentera de la vida en el grupo armado, se volvían más inminentes, hasta llevarlas a poner en marcha planes de fuga, a pesar de que en la mayoría de los casos ponían en juego sus propias vidas.

Vamos a examinar el proceso de construcción de la decisión y el plan de acción que conduce a la desvinculación, desde sus primeras manifestaciones, cuando las niñas apenas empiezan a considerar la posibilidad.

Algunas menores comienzan a manifestar resistencia al grupo cuando ya no quieren seguir en él y han empezado a considerar la posibilidad de desvincularse. Esta resistencia se materializa en diversas actitudes, entre ellas encontramos la disuasión de otros menores para que no se vinculen a los grupos armados ilegales. También la desobediencia para cumplir ciertas órdenes:

Me iba a tocar matar a un niño que tenía 14 ó 13 años, y había que matarlo porque el niño era un paraco, un paraquito pues, pero un paraquito de esos bravos y “como es niño no se le hace nada” ¿cierto?, porque “¡qué pesar!”, pero sí, un paraquito de esos bravos. Él hacía inteligencia, él hizo matar mucha gente, pues, hizo mucho daño y cuando a mí me iba a tocar con ese niño yo ahí mismo: “no, yo no más”, entonces el comandante me contestó esto: “bueno, el que no sirve para matar sirve para que lo maten”, entonces como yo ya estaba tan curtida y yo sabía que a mí no me hacían nada, entonces yo le dije: “pues mátenme, pero yo no le voy a hacer nada a ese niño”. Entonces ya, mandaron a otro.

La exaltación del grupo enemigo:

A veces les decía a los guerrilleros: “qué rico estar en el ejército”, y usted sabe que uno mienta eso y se mete en un problema, ellos me decían: “ah, es que usted es como boba, hombre, entonces si usted se vino para acá, para que se pone a decir que el ejército” [...] Yo cada rato me ponía a escuchar las emisoras del ejército y me decían: “no escuche eso que la van a salir es matando”, y yo: “que me maten”, yo les decía, yo me mantenía así.

En la resistencia también se puede tomar la forma de la desvalorización de algunos de los elementos, como los uniformes y las armas y sus mismos integrantes:

Lo último ya no es mucho lo que a uno le gustan los uniformes, porque uno ya se acostumbra a que lo vean, ya no se siente uno como tan orgulloso como se sentía antes, primera vez que está botando goma. Al principio es que uno se siente como orgulloso con eso, ya a lo último ya uno hasta se aburre con esa cosa, cargando eso para donde va.

Esto coincide con lo planteado por algunas de las investigaciones en las que se mencionan ciertas actitudes de los menores hacia el grupo cuando su motivación de pertenecer a éste ha disminuido. “El joven no se siente en capacidad de dar muerte a un tercero, teme por su vida o al haber perdido seres queridos en el conflicto, ve mermada su motivación para seguir perteneciendo al grupo armado. (Álvarez & Aguirre, 2002, p. 125)

Con respecto a la construcción de la decisión de desvincularse, las niñas mencionaron diversas motivaciones, fundamentalmente la añoranza de sus familias: “Yo decía: “no voy a volver a ver a mi mamá, ni a mis hermanitos, ni a mi papá, lo que me pasa a mí por haberme venido”, yo lloraba”; otra motivación mencionada fue el maltrato físico y verbal: “a uno cada rato lo andan puteando, lo andan cascando, si uno hace las cosas mal que la vamos a matar, que esto, que lo otro”; una tercera motivación fue el acoso afectivo: “él me dijo dizque: “bueno, a usted le guste o no le guste, usted va a seguir andando conmigo” y éste cada que salía siempre me pedía”; una cuarta motivación, el fallecimiento de la pareja: “Pero ya se murió él y yo quedé sola y ahí sí me fue un poquito como mal”; otras menores expresan, incluso, que el mismo grupo se había vuelto una amenaza para sus vidas: “me fui por mi vida, porque yo ya sabía que me iban a pelar⁷ por haberme puesto a meter marihuana”. Una niña expresa adicionalmente otro motivo: haber sido obligada a matar a su mejor amigo: “es muy duro cuando una persona se encariña con otro compañero y le toca verlo matar o que a uno mismo le toque matar, eso es muy duro. Una vez me tocó, una sola vez, era el mejor amigo que yo tenía”. Esto último coincide con lo presentado en una de las investigaciones revisadas: “me salí porque me mandaron a matar a una amiga que yo quería mucho, entonces me volé, pero igual a ella la mataron” (Castro, 2006). La coincidencia de la mayoría de los investigadores con las versiones de las menores sobre este tema es bastante amplia (Álvarez & Aguirre 2002, p. 125; Coalición Colombia, 2003, p. 16; Durán et al, 2003, p. 69; INDH, 2003, p. 238; Ruiz, 2002, p. 33).

Entre los episodios desencadenantes de la puesta en marcha del plan de desvinculación, podemos encontrar la invitación de la pareja:

Entonces era diario: “Vamos a volarnos, vamos a volarnos”, todas las noches me decía. Yo no le paraba bolas, porque a veces ni en el mismo marido de uno puede uno confiar, entonces fue que un día yo le dije: “¿de verdad, es en serio?” y me dijo: “es que es en serio”, entonces yo le dije: “listo” y fue cuando él empezó a ver cómo era que íbamos a volarnos y eso.

⁷ Asesinar.

Otro episodio desencadenante es la separación o muerte de la pareja:

Mi novio al tiempo se fue, él se fue en febrero, se fue para la casa de él, él es de allá vive la mamá de él, él se fue y yo lloré mucho cuando él se fue, porque yo lo quería mucho. A mí me dijeron que me iban a mandar para donde él y yo dije: “si no me mandan para donde él, me vuelo” y yo como vi que en ningún momento me iban a mandar, me volé.

Una ruptura amorosa:

Ese día que yo me salí de allá, yo tenía como dos días que había peleado con él. Imagínese nosotros llevábamos tres años viviendo juntos y cada rato peleábamos pero ese día peleamos y no volvimos y yo estaba demasiado aburrida.

La muerte de un pariente combatiente:

Deserté con otros muchachos, al mes de morir mi papá, yo estaba desmoralizada.

Una calamidad doméstica en sus familias:

Y después de que me dijeron que mi mamá estaba enferma, yo ahí mismo, como al mes, me volé, me fui, volvieron y me cogieron y me amarraron ocho días.

O la petición de un pariente significativo:

Me daba como pesar de ella y yo me colocaba era a llorar y cuando otra vez me fui, me decía que no me fuera que eso era muy duro y yo le decía que no, que ya por ese camino tengo que luchar hasta lo último, hasta lo último que me aburrí allá y me entregué.

Al igual que en la categoría sobre el episodio desencadenante de la vinculación, en esta categoría no hay referencia de otros autores a un episodio específico que llevara a las menores a poner en marcha la decisión o el plan de desvincularse de los grupos armados.

Acerca de las modalidades de desvinculación de las menores de los grupos armados ilegales, en la mayoría de los casos éstas se desvincularon voluntariamente: “nos mandaron a hacer una vuelta y nos dieron el papayazo⁸ y nos entregamos al ejército”; “le pedí prestada una bestia a un arriero y me vine y llegué cerca del pueblo y me monté en un carro y me vine para el pueblo y me entregué al comando. Me entregué con una pistola y tres granadas”; “yo misma como que me decidí a entregarme, o sea, yo fui hasta allá, a la estación de policía, y como que me arrepentía y como que no, como que algo no me dejaba, pero sin embargo yo sabía que allá no tenía futuro, que de pronto me mataban

⁸ En el argot popular de la región “dar papaya” o “dar un papayazo” es ofrecer voluntaria o involuntariamente una oportunidad excepcional a alguien para que obtenga lo que se propone.

o algo, y me entregué”; “y entonces yo fui donde ese padre [se refiere a un sacerdote], le dije que yo estaba sola y me tocó contarle la verdad: le dije que yo venía del monte, que yo era una guerrillera, y ese padrecito se colocó tembloroso y eso apenas lloraba ese padrecito ¡qué pesar!, yo contándole y en vez de yo llorar, él lloraba por mí, y entonces él me llevó a la Defensoría del Pueblo”. No utilizamos aquí el término deserción, porque éste corresponde al punto de vista de los grupos armados ilegales. La forma de escaparse del grupo de la que habla la última persona que se citó es también mencionada por Álvarez y Aguirre (2002), quienes afirman que “una misión al pueblo, estar de guardia en la noche, cuidar retenes o el desarrollo de un combate, son las circunstancias que frecuentemente consideran idóneas para este propósito” (p. 123). La mayoría de los autores revisados coinciden con lo que expresan las niñas sobre este aspecto particular de las interacciones involucradas en el proceso de desvinculación (UNICEF, 2005; Londoño & Nieto, 2006, p. 243; INDH, 2003, p. 235). Algunos investigadores subrayan el sentimiento de alivio que manifiestan las niñas que logran escapar de los grupos armados ilegales: “Cuando escapé, sentí una sensación que nunca olvidaré. Eso es algo que yo nunca olvido porque es una sensación en la que uno dice: “ya soy libre, ya tengo mi vida libre”. (Keairns, 2004, p. 60). Esto es corroborado por las niñas: “el día más feliz de mi vida fue cuando yo me entregué a la policía”.

Sólo una tercera parte de las niñas de nuestra investigación fue capturada:

“Yo iba con una amiga, cuando el ejército dizque: “que se entreguen, que se entreguen, que sino las matamos”, entonces...yo: “no, a las malas, mijo, porque yo a ustedes no me les entrego”, dizque: “entreguese” y yo: “bueno, está bien”.

“Mi mamá le llevó el almuerzo a mi papá y me dijo: “venga mijita, coma el almuerzo, el que usted quiera, para que almorcemos” y mi hermano, el que había venido de lejos, estaba viendo televisión y el tío estaba charlando ahí con la esposa, cuando la casa resultó rodeada de mero ejército... Entonces ahí mismo que me cogieron me distinguieron, ahí venía el ejército y autodefensas revueltas, entonces dijo un muchacho dizque: “por fin le cogimos su hija don fulano, por fin caíste monita”⁹ entonces yo salí para la cocina donde mi mamá y le dije: “no se confunda que esto está lleno de Ejército”, entonces mi mamá ahí mismo se puso a llorar, se puso nerviosa, dijo que seguramente ya era el último día, que seguramente me mataban, que yo no sé qué”.

“Estaba en la casa de mi mamá paseando, yo estaba metida en una hamaca, cuando yo vi que venía el helicóptero así, bajitico, como a caer en la cancha y yo dije: “cayó el helicóp-

⁹ “Mona” es una expresión del argot popular para referirse a las personas de tez blanca y cabello castaño o rubio. La expresión es usada en acepciones neutras o positivas, no tiene la connotación despectiva que podría tener en otros contextos de habla castellana.

tero”. Yo salí corriendo y me metí por detrás de la cantina, detrás de la casa donde había el negocio donde vendían aguardiente. Yo me metí por esa casa y me metí dentro de la casa y le dije: “mami, cayó el helicóptero” y ella me dijo: “pero mira cómo está el pueblo lleno de policías”. Entonces yo le dije: “ay, mami, me cogieron”. Me coloqué las botas rapidito, yo el fusil lo tenía así, así, mi padrastro tenía una escopeta de matar pájaros, entonces yo me salí corriendo así por detrás de la casa, cuando mi mamá estaba cocinando la comida. Yo tiré el fusil así entre un monte. Yo tiré el fusil y una escopeta de mi padrastro la tiré así, en el monte y le dije: “mami, yo corro sola, no diga que yo tengo eso así”. Cuando ella vio que yo tiré el fusil así y salí corriendo cuando ¡prum! cae un helicóptero así en frente de la casa de nosotros donde había un potrero, donde estaba el ganado y un poco de bestias. Cayó el helicóptero ahí, entonces yo estaba en la planta de luz y le dije: “mami, me cogieron, ¿qué hago? ¿Para dónde me voy?”. Entonces salí corriendo por ahí por detrás y me metí por la cantina, entonces mis hermanitos todos salieron corriendo detrás de mí, todos, y se me pegaron de la sudadera y yo: “suéltense, muchachos, suéltense que me cogieron”. Cuando yo miré así, ya estaban ellos así por detrás y yo me monté las manos en la cabeza y me quedé seria como si nada. “Todo el mundo para la cancha, todo el mundo para la cancha” y yo me quedé fresquera como si nada... Entonces yo dije: “yo me voy a quedar fresquera como si nada”. Pero yo estaba pálida, pálida, asustadita, yo temblaba. Cuando la reunión en la cancha, ese poco de cosas, y tomándoles fotos a todo eso y cuando empezaron a requisar a los hombres, cédulas y todo y esa policía rebuscando el pueblo, rebuscando todo en la casa, eso buscaban por todas partes. y yo ya estaba contenta porque creí que ya no me llevaban a mí. Cuando venía uno de allá para acá tomando fotos otra vez y cuando venía el teniente de acá para allá: “Verónica, ¿quién es?, ¿quién es. alias Verónica?”, y yo detrás de mi mamá, cuando me empujó una señora: “pero di que eres tú, muchacha, di que eres tú” y ya yo me puse las manos en la cabeza y miré a mi mamá y me coloqué a llorar y les dije: “yo soy”. “Venga acá” y me cogieron y me llevaron por allá y me sentaron a hablar”.

Algunas niñas, cuya desvinculación no fue voluntaria, manifiestan que la captura constituye un alivio, porque no querían estar más en el grupo:

Nunca pensé entregarme hasta que me cogieron [...], o sea, como que yo estar allá y traicionarlos como que no me sonaba eso y nunca lo hice gracias a Dios, no me pesa no haberme entregado. Cuando me cogieron yo di gracias a Dios.

Mientras que otras expresan que no deseaban dejar su vida como combatientes:

Me hirieron en un combate y los mismos guerrilleros me subieron al pueblo para no dejarme morir, porque yo fui una buena guerrillera. En el hospital la policía me capturó. En el momento en que me hirieron, yo no lloré por dolor sino de pensar cuándo iba a volver a estar allá.

También encontramos coincidencias en algunas de las investigaciones en cuanto a la referencia a esta otra modalidad de desvinculación (Coalición, 2003, p. 15; INDH, 2003, 251; Álvarez & Aguirre, 2002, p. 121).

Con relación al trato recibido por las menores de las autoridades militares y de policía encontramos que, al margen de las violaciones de los derechos de las menores, como la retención ilegal que ellas no la registraron como tal, casi todas se sintieron bien tratadas:

Ellos me trataban muy bien. Se iban un rato y se quedaban hablando conmigo allá. Me divertía porque uno todo el día encerrado que no sabía ni para dónde [...] para dónde miraba pues, paredes, entonces ellos se iban a hablar conmigo, me llevaban la comida, me daban chocolate y yo comía mecato allá hasta que ya no más.

Me trataron muy bien, para qué, yo estoy muy agradecida con esa gente.

Cuando me cogieron me trataron bien, muy bien, incluso me dejaron [...] yo estaba más nerviosa [...] y entonces me dijeron: “si quiere, su papá se puede ir con usted hasta que lleguemos a Medellín”.

En algunos casos hubo maltrato físico y verbal por parte de las autoridades: “Nos llevaron a la estación de policía [...] y nos insultaban, nos cacheteaban, dizque: “vamos a tirarla a este hueco y le tiramos una granada” y en seguida me cogieron entre todos dizque de los pies”. Este tipo de hechos coincide con lo mencionado por otros investigadores:

En algunas de las entrevistas realizadas a niños y niñas desvinculados, ellos narran cómo en el primer caso el trato por parte de los miembros de la Policía a la que se entregó no fue muy bueno. En un segundo caso, otro niño en su recuento nos da a conocer una reclusión en un hospital militar de ocho días. (Páez, 2001, p. 75)

En otra de las investigaciones consultadas se menciona un aspecto que constituye la violación, todavía más grave, de los derechos humanos:

Por un lado, la utilización de la delación como estrategia de guerra por parte del Estado, desconoce de manera arbitraria la prohibición que existe con respecto a que los menores

se conviertan en informantes. Pese a su ilegalidad y a los llamados que han hecho los organismos nacionales e internacionales, la Fuerza Pública continúa incurriendo en esta utilización. (Londoño & Nieto, 2006, p. 247)

Este hecho es mencionado por algunas de nuestras menores y aunque no es percibido por ellas como una violación de sus derechos, no por ello deja de serlo: “me llevó para la oficina, ahí sí hablé calmadamente, pero no aventé¹⁰ casi, aventé como a un comandante y a un poquitico de guerrilleros, o sea, yo les decía que los distinguía pero no me acordaba, mintiéndoles, y así”.

Hemos recorrido diferentes aspectos del proceso de desvinculación de las niñas de los grupos armados ilegales: desde las primeras manifestaciones de resistencia, en aquel momento lógico en el que ya se habían agotado los ajustes que le conferían sentido a su permanencia en los grupos, hasta las últimas interacciones con los integrantes de los organismos de seguridad del Estado que, en algunas ocasiones, incurren en una segunda victimización de las niñas, usándolas una vez más como instrumentos al servicio de la guerra.

Cada aspecto nos ha permitido corroborar ese planteamiento básico del interaccionismo simbólico sobre el problema del significado, a saber, que éste no dimana de las cosas como una exhalación de su esencia, sino que es en todos los casos una construcción social, que según las circunstancias puede ser altamente inestable, ya que los actores sociales, niños y adultos, de manera individual y colectiva, la transforman con sus interpretaciones en función de sus ajustes secundarios y sus planes de acción. Un grupo armado ilegal, para un actor armado convencido de su causa, puede significar el vehículo para producir una transformación política del orden establecido; para un político conservador, puede significar un incómodo delirio de un grupo de desadaptados que perturba la marcha de las cosas; para un militar puede significar el enemigo a combatir; y para un grupo de niñas, un escenario de aventura, poblado de fascinantes e inquietantes juegos peligrosos, que les permite escapar del solar de la infancia y aventurarse por primera vez a los caminos y calles del mundo.

Permítasenos una digresión adicional para acentuar una consecuencia teórica y práctica de esta concepción particular del significado que propone el Interaccionismo Simbólico. Si el significado es una construcción social y no un asunto que dimana de la esencia de las cosas, esto disuelve la ilusión positivista de revelar el “significado objetivo” de las cosas.

Esto implica que las tres premisas fundamentales, a las que aludimos en los primeros párrafos del artículo, se deben aplicar, en primer lugar, a la relación que los investigadores establecen con las cosas que investigan y con sus investigaciones mismas. Esto es particularmente importante en relación con la investigación de una problemática psicosocial como la que nos ocupa en este artícu-

¹⁰ Denuncié.

lo. Revelar esto, en vez de poner en tela de juicio el rigor de otros investigadores, puede iluminar un nuevo costado de la problemática: una investigación sobre los niños soldado puede ser, para un investigador y la institución que representa, un instrumento para la denuncia de las violaciones de los derechos de los niños; para otro puede ser un instrumento para visibilizar un drama humano y movilizar la opinión pública y la cooperación económica para su atención; en nuestro caso es una oportunidad para explorar el papel de las interacciones y los significados de los actores con el fin de diseñar programas más eficaces de prevención e intervención, que cuenten con su particular visión del fenómeno, con su condición de agentes activos y creativos, en suma, con su capacidad de agencia.

En este orden de ideas, se puede comprender y justificar la validez de que cada investigación ilumina un costado del fenómeno, y como ocurre en el campo de la física, esto implica que ensombrece, no que niega, los otros. La validez de las investigaciones que se hacen, desde la perspectiva de derechos humanos y desde la perspectiva humanitaria, puede discutir y diferir del punto de vista de los agentes y de las necesidades de los programas de prevención e intervención, pero no constituye una negación de las mismas.

El aporte específico de esta investigación pretende situarse en este punto particular, mostrando de qué manera los vínculos afectivos de las niñas soldado con sus otros significativos son un factor que determina la prolongación o el acortamiento de los momentos lógicos de la significación de su permanencia en los grupos armados, y con frecuencia son también el elemento central para entender el salto de un momento lógico a otro.

Finalmente, y en esto las evidencias de la investigación fueron contundentes, el elemento afectivo está siempre presente como catalizador del proceso, como lo que llamamos el acontecimiento precipitador de la puesta en marcha de un plan de acción que puede permanecer latente durante largos períodos de tiempo. En un análisis comparativo realizado con excombatientes varones pudimos corroborar que no ocurre lo mismo en el caso de los niños. Pero esto será objeto de otro artículo.

Lista de referencias

- Álvarez, J., Correa, M., & Aguirre, J. (2002). *Guerreros sin sombra. Niños, niñas y jóvenes vinculados al conflicto armado*. Santafé de Bogotá, Colombia: Procuraduría General de la Nación e Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.
- Coalición colombiana para Acabar con la Utilización de Niños Soldado (2004, 17 de noviembre). Informe Global: Niños soldado, edición resumida. <http://www.cns.org.py/noticias/InformeGlobal.pdf>
- Defensoría del Pueblo & UNICEF (2006). *Caracterización de los niños, niñas y adolescentes desvinculados de los grupos armados ilegales: Inserción social y productiva desde un enfoque de derechos humanos*. Bogotá, Colombia: Defensoría del Pueblo y UNICEF.
- Durán, E. et al (2003). *Análisis de la atención en salud y caracterización de las condiciones de salud física y mental de niños, niñas y jóvenes desvinculados del conflicto armado*. Bogotá, Colombia: Observatorio sobre Infancia Universidad Nacional, Corporación Macondo y Organización Internacional para las Migraciones (OIM).
- Goffman, E. (1963/1991) *Los momentos y sus hombres (Compilación de artículos)*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Keairns, I. (2004). *Voces de jóvenes excombatientes*. Colombia. Santa Fe de Bogotá, Colombia: Fundación Dos Mundos.
- Londoño, L. & Nieto, Y. (2006) *Mujeres no contadas: Proceso de desmovilización y retorno a la vida civil de mujeres excombatientes en Colombia 1990 - 2003*. Medellín, Colombia: Carreta Social.
- Munné, F. (1989). *El Interaccionismo Simbólico y tendencias afines*. Barcelona: PPU
- Ruiz, S. (2002). *Impactos psicosociales de la participación de niñas y jóvenes en el conflicto armado*. En Bello y Ruiz, *Conflicto Armado, niñez y juventud Una perspectiva psicosocial*. Santafé de Bogotá, Colombia: Universidad Nacional De Colombia.
- Samudio, L. (julio de 2006). Ponencia presentada en el IV Encuentro Nacional y Primero Departamental de red de Investigadores: niñez y conflicto.

PRÁCTICAS DE LAS ORGANIZACIONES DE POBLACIÓN DESPLAZADA Y EL RESTABLECIMIENTO DE DERECHOS. LOS ROSTROS DE LA AUTONOMÍA Y LA VISIBILIZACIÓN

Cristóbal Muñoz * Luis Arias **

Recibido: Agosto 27 de 2010 - Aceptado: Diciembre 15 de 2010

Resumen

Este es un artículo de reflexión sobre los resultados de la investigación cualitativa Organización de población desplazada y restablecimiento de derechos en las ciudades de Medellín y Bogotá, realizada durante 2009 por los grupos de investigación Laboratorio Universitario de Estudios Sociales de la FUNLAM y el Grupo de Estudios Sociopolíticos Contemporáneos de la FUM.

El texto expone los resultados de la investigación en torno a las prácticas que realizan las Organizaciones de Población Desplazada (OPD); los efectos que producen en su dinámica organizacional; y el papel que cumplen dentro del posicionamiento y legitimación social de la organización como colectivo político. De esta manera devela los alcances y limitaciones de las prácticas en tres aristas: la categoría jurídica y social del desplazado; la dinámica organizacional; y el posicionamiento y legitimación de las organizaciones como colectivo social y comunitario de incidencia política. Lo anterior con el fin de aportar a la comprensión de los múltiples modos como las OPD responden a las imposiciones de los contextos en los que se desarrollan y se auto-organizan para buscar el restablecimiento de los derechos de los desplazados.

Palabras clave:

Dinámica organizacional, organización de población desplazada, prácticas organizativas, restablecimiento de derechos.

Abstract

This article is a reflection on the results of the qualitative research Organización de población desplazada y restablecimiento de derechos en las ciudades de Medellín y Bogotá, it was realized by two research groups: Laboratorio Universitario de Estudios Sociales of the FUNLAM and Grupo de Estudios Sociopolíticos Contemporáneos of FUM.

The text presents the results of this research, emphasizing on the practices which are implemented by displaced people organizations (OPD), the effects that produce in its organizational dynamic and the role they play within the social positioning and standing as a political and community collectivity. All this have the intention of generate a better comprehension of the multiples ways in which OPD response to the impositions of the contexts in which they develop and self-organize in order to find a restitution of the lost human rights.

Keywords:

Organizational dynamics, displaced people organization, organizational practices, restitution of rights.

* Docente investigador LUES, FUNLAM, Medellín omunoz@funlam.edu.co

** Docente investigador GEESC, FUM, Bogotá. luis@fum.edu.co

Introducción

El texto tiene su origen en el proceso de investigación cualitativa denominado Organización de Población Desplazada (OPD) y restablecimiento de derechos en las ciudades de Medellín y Bogotá, llevado a cabo, a lo largo del 2009, por los grupos de investigación Laboratorio Universitario de Estudios Sociales (FUNLAM) y el Grupo de Estudios Sociopolíticos Contemporáneos (FUM) con apoyo de COLCIENCIAS.

La investigación partió de reconocer la grave problemática del desplazamiento forzado e indagó las prácticas de las OPD, en Medellín y Bogotá, con el fin de reconocer sus aportes a los procesos de restablecimiento de derechos. Esto llevó a caracterizar el contexto en el que intervienen las OPD y a identificar las prácticas que emprenden para el restablecimiento de los derechos de los desplazados, destacando sus alcances y limitaciones al establecer relaciones con la institucionalidad pública y privada.

Este estudio de enfoque cualitativo retomó la teoría fundada (Galeano, 2004) como estrategia metodológica por considerar que es la más acorde con la naturaleza del problema planteado, ya que brinda la posibilidad a los investigadores de desarrollar descripciones, comprensiones y explicaciones de esta realidad social específica, enfatizando en los sujetos que participan, en los grupos y sus interacciones. Además permite conceptualizar y teorizar mediante la recopilación y comparación constante de los datos.

Para la generación de la información se utilizaron diversas estrategias dialógicas como entrevistas semiestructuradas a líderes y representantes, de tipo individual y/o grupal; reconocimiento de testimonios; observación de documentales; historias de vida; técnicas interactivas como el árbol de visibilización y el carrusel; la realización de un seminario con expertos en la temática; y observaciones de campo en los distintos contextos donde hacen presencia las organizaciones, con las que se propendía generar espacios de interlocución entre los sujetos participantes.

La organización de la información se dio a partir de la elaboración de matrices, diagramas y esquemas que permitieron la comparación constante de los datos generados. Por último, la interpretación se consolidó como resultante de un proceso continuo de búsqueda de fuentes primarias y la relación con información cualitativa obtenida de “datos brutos” que posteriormente fueron organizados en un esquema de intencionalidad explicativa que pudiese construir teoría y, de este modo, obtener un conocimiento nuevo o, en la mayoría de los casos, desconocido por muchos.

Vale la pena resaltar el trabajo continuo de validación de la información que se fue dando a medida que el grupo alcanzaba ciertos niveles de comprensión sobre la temática. Las conversaciones

con los sujetos de las organizaciones participantes del proyecto, las discusiones con expertos en la temática y la participación en eventos académicos como foros y seminarios contribuyeron a la precisión conceptual y contextual de la problemática estudiada.

Con estas características metodológicas, el estudio se desarrolló simultáneamente en las ciudades de Medellín y Bogotá, durante el año 2009. En él se involucraron académicos expertos en la temática, líderes y miembros de OPD.

La reflexión que presenta el artículo se centra en la identificación de las prácticas que realizan las Organizaciones de Población Desplazada (OPD) y en la descripción de los efectos que producen en tres aristas de la dinámica organizacional: su principio articulador (la categoría jurídica y social del desplazado); la dinámica organizacional; y el posicionamiento y legitimación como colectivo político, con el fin de develar los alcances y límites que presentan estas prácticas en la configuración de la organización y en la búsqueda del restablecimiento de los derechos de los desplazados.

Es de notar que los miembros y líderes de las OPD demandan la difusión y circulación de los resultados de este proceso de investigación, porque reclaman un debate urgente en el que intervengan las organizaciones sociales, la academia y las instituciones públicas y privadas involucradas y comprometidas con el restablecimiento, la atención, protección y reconocimiento de la población en situación de desplazamiento.

El contexto anterior da mayor pertinencia y sentido a la investigación si se tiene en cuenta que a pesar de que:

[...] se evidencia un gran avance en términos de la definición de normas y de la política de atención para la población desplazada. En este contexto el tema del restablecimiento es relativamente nuevo, toda vez que su precisión y concreción en los protocolos de atención, data de apenas dos años. (Bello, 2001, p. 115)

Organizaciones de población desplazada

La organización social (Torres, 2004) puede definirse como una colectividad instituida con miras a unos objetivos definidos, un orden normativo propio, unos rasgos de autoridad y unos sistemas de acción coordinados. Por medio de la organización, sus miembros se identifican con determinados intereses y deciden actuar en común con el propósito de defenderlos y resolver de manera colectiva problemas compartidos.

Como toda construcción histórico-social, las organizaciones son “facticidad objetiva” y “complejo de significados subjetivos”, es decir que, además de la materialidad de algunos de sus recursos, normatividades y estructuras de funcionamiento, las organizaciones son lugares virtuales, construcciones de sentido producidas y reconocidas por sus miembros. En este orden de ideas, su importancia tiene que ver con la representación de intereses, la relación entre los sujetos sociales, y el fortalecimiento y desarrollo de las comunidades locales, a la vez que se ubican como el reflejo de una construcción de identidades a lo largo de la historia, en el cual se “elaboran un conjunto de mitos, símbolos, ritos, lenguajes, valores y prácticas, las cuales otorgan distinguibilidad frente a la población local y frente a otras asociaciones similares” (Torres, 2003, p. 35).

Dos características instituyen la particularidad de las OPD: de un lado, el compartir el rasgo esencial de la organización de carácter comunitario, y del otro, el constituirse como una experiencia urbana y popular.

En cuanto a lo comunitario cabe decir que las OPD son en sí un grupo de base que presenta altos índices de necesidades básicas insatisfechas -NBI-, los cuales constituyen:

[...] el eslabón relacionado con la mano de obra y el consumo de bienes y servicios, es decir, no son productores ni dueños de la tecnología por lo cual su relación con el entramado político, económico y social está condicionada desfavorablemente por su reducida capacidad adquisitiva y su limitado poder de decisión. (Torres, 2004, p. 47)

En torno a lo popular, la demanda por el acceso, garantía y restablecimiento de sus derechos sociales, les da un sentido de trascendencia y búsqueda de autonomía que propende por ir más allá de la satisfacción de las necesidades individuales básicas, por lo que aparecen como un escenario de resistencia frente a las políticas o medidas del poder que las vulneran.

De esta manera, la organización se constituye en una estrategia donde convergen las demandas y exigencias de la población, materializada en la definición de objetivos, los cuales están orientados “a la consecución de bienes y servicios en relación con la garantía de los derechos como población en situación de desplazamiento, y al desarrollo de alianzas que posibiliten un mayor reconocimiento de su situación, y superación de su condición de vulnerabilidad”. (Unidad Técnica Conjunta & Gobernación de Antioquia, et al. 2009, p. 9). Así se puede evidenciar en el siguiente testimonio:

Cuando uno se organiza puede exigir derechos porque si vos andas solo no podés. Una sola golondrina no llama verano: yo sola puedo instaurar una tutela para que se restauren mis derechos pero, si lo hago colectivamente, tiene un peso más grande y uno, cuando se organiza, empieza a exigir derechos colectivos. En el caso de las etnias son derechos co-

lectivos porque también se exigen individuales, pero colectivos también, entonces organizarse es lo más importante que hay, porque desde las organizaciones uno afianza el trabajo social, diferente a uno estar solo. (Mujer representante de OPD en Bogotá)

Prácticas de las OPD en búsqueda del restablecimiento de los derechos

Las prácticas de la organización social se entienden como procesos de movilización que realizan los sujetos de manera conjunta, con miras a la consecución de objetivos previamente identificados. Éstas incluyen desde prácticas micro, como la actividad de un grupo, formal o no, hasta alcanzar dimensiones macro más complejas, como las acciones colectivas y los movimientos sociales.

Una de sus principales características radica en que aparecen como respuestas ante situaciones adversas o no deseables, por lo tanto:

[...] hacen referencia a la incertidumbre y el desequilibrio experimentado, como resultado de diversas problemáticas que enfrenta una sociedad, lo cual desencadena el nacimiento y difusión de ciertas apreciaciones y significados que se van enraizando en los imaginarios colectivos y que incitan a la gente a manifestarse y a participar a través de su acción, en la reestructuración del orden perturbado por la tensión. (Gil et al, 2007, p. 125)

El surgimiento y la consolidación de las prácticas de las organizaciones dependen de las estructuras de comunicación utilizadas por los sujetos, ya que éstas permiten “definir colectivamente los problemas y sopesar cursos alternativos de acción” (Gil et al, 2007, p. 126). De esta manera, la interacción comunicativa entre los diferentes actores hace posible generar movilizaciones y prácticas en las que se expresan y negocian ideologías y concepciones del mundo.

Teniendo en cuenta este contexto, dos caminos se pueden seguir a la hora de realizar una aproximación a la manera como las organizaciones de población desplazada han configurado sus prácticas. El primero se halla al centrar la mirada sobre los modos y discursos que las articulan, el segundo se puede encontrar al develar los sentidos que orientan la práctica como tal. Cada uno de estos caminos se entrelaza como causa y consecuencia, dando forma y vida a la OPD, es decir, ninguna práctica podría ser leída como acto vacío de sentido y mucho menos como una acción sin consecuencias para la vida misma de la organización.

El primer camino se da al rastrear la multiplicidad de acciones que las OPD van realizando en su cotidianidad: recorridos, bazares, bingos, asistencia a la mesa, participación en marchas, tomas, cursos, proyectos productivos, acciones de hecho, tutelas, derechos de petición, entre otras. No son

sólo prácticas que se realizan en busca de la satisfacción de necesidades individuales y del cumplimiento de los objetivos propuestos como colectivo, son además la forma como cada organización va cristalizando su ser, pues en éstas se articulan los sentidos que le brindan la identidad necesaria para poder entrar en interacción con otras organizaciones y, a la vez, diferenciarse de aquellas que, a pesar de compartir algunas de esas prácticas y contextos, no poseen la condición que les articula: el haber sido desplazados.

No obstante, toda acción social se da dentro de un escenario, es decir, ninguna práctica es ajena a un contexto que le determina y articula y es a partir de esta premisa que se puede develar la segunda característica de las prácticas que ejecutan las OPD: cada práctica se diferencia y posee sentido en sí misma para la satisfacción de los objetivos colectivos. En suma, las prácticas realizadas por las organizaciones dan cuenta de la conformación de la estructura organizativa, pues si bien, de un lado recrean las interacciones entre los sujetos, del otro, ponen en escena los modos como acceden a la satisfacción de las necesidades que los articulan como grupo y como entablan interacción con el contexto y otras organizaciones.

Para el caso de las OPD, en la opción por unas u otras prácticas, cumplen un papel fundamental las experiencias organizativas previas, los elementos de orden cultural y político característicos de los lugares de procedencia y los interiorizados en los sitios de llegada, las reivindicaciones de grupos particulares y, de manera especial, las posibilidades derivadas de la normatividad e institucionalidad vigentes. A éstos habría que sumar el clima organizativo y las reivindicaciones presentes en un momento y espacio determinados, los cuales influyen decididamente en la interiorización de modelos, pautas y formas de concebir y orientar los procesos organizativos. Es importante señalar también que aspectos como la perspectiva política desde la que se mueven las organizaciones y los liderazgos desarrollados permiten poner en marcha determinados tipos de estrategias y acciones como formas de actuación cotidiana, particularmente, dentro del proceso de restablecimiento de derechos. Flor Edilma Osorio (2007) recrea claramente lo anterior:

Las prácticas sociales que permiten construir acciones colectivas de la población desplazada, están mediadas por la movilización de diversos recursos materiales y simbólicos. Estas diferencias entre unos y otros, no significa que sean excluyentes. Los recursos materiales implican unos valores y recursos simbólicos, como el respeto y la dignidad, por ejemplo. Los recursos simbólicos son sistemas de representaciones con base en los cuales los actores construyen sus prácticas individuales y colectivas, y responden a la incertidumbre. Recomenzar sus proyectos vitales abarca todas las dimensiones individuales y colectivas. Pero no se parte de cero, sino de los diversos aprendizajes vividos en sus historias personales y sociales. Es un patrimonio que se actualiza con las vivencias dolorosas, las rupturas,

los temores, y que constituye “el equipaje” con el cual se manejan las nuevas situaciones: formas de resistencias, de solidaridad, de presión, de organización, etc. La reconstrucción vital es entonces un proceso de continuidad y actualización de los proyectos de vida en todas sus expresiones, que se recomienza en el mismo momento de la partida, cuando en medio de la amenaza se comprende el camino doloroso de la incertidumbre. (p. 43)

El ejercicio investigativo permitió identificar en las prácticas de las OPD ciertos rasgos que al relacionarlos dan cuenta de una tipología sustantiva, sin embargo, antes de presentarla se hace necesario, para aumentar la comprensión sobre las prácticas, exponer algunas breves consideraciones acerca de lo que se entiende por restablecimiento de derechos.

El proceso que inicia con la atención humanitaria y termina cuando se han generado condiciones que permitan al desplazado contar con alternativas viables para la reconstrucción de su vida, sus sistemas sociales y económicos... el restablecimiento implica recuperar tierras perdidas, volver a habitar con autonomía territorios abandonados, tener la seguridad de que los eventos que ocasionaron los despojos no se vuelven a repetir y asegurar condiciones para el ejercicio de la ciudadanía. (Bello, 2005, pp. 365-366)

Partiendo de lo anterior, lo que se expone a continuación está referido a las acciones, estrategias y distintas maneras puestas en marcha desde las organizaciones para que sus integrantes accedan bien sea a la ayuda humanitaria, a la estabilización socioeconómica, o al goce efectivo de sus derechos.

Prácticas de supervivencia: con ellas se hace referencia a todas las acciones que se ejecutan desde las OPD y que apuntan a la satisfacción de necesidades biológicas de los miembros que las conforman. Sus sentidos están dados en la posibilidad de adquirir satisfactores básicos de supervivencia para poder asentarse en el nuevo territorio.

En la mayorista también dan unos mercados muy buenos los sábados. Los viernes, uno, a las 8 de la noche, se va para allá en un bus y allá uno amanece y le dan buen mercado, porque es que esas ayudas se demoran mucho. (Mujer de Zaragoza, Antioquia)

Prácticas para aumento de las capacidades: la inestabilidad de la satisfacción de necesidades básicas no es impedimento para que las OPD amplíen sus oportunidades a la participación en proyectos y actividades de corte formativo, productivo, recreativo, cultural y terapéutico que desde instituciones públicas y privadas aportan a las transformaciones personales y colectivas.

Hemos hecho varios proyectos, inclusive en estos momentos teníamos una panadería, o tenemos, pero la tenemos cerrada porque nos falta una plata y estamos trabajando 20 familias ahí. Nos tocó cerrarla porque no teníamos materiales en sí, en forma, para trabajar y enseguida nos encontramos que donde la teníamos arrendada era muy mala, entonces ahora estamos, pues, bregando a ver si la sacamos de allá. (Hombre de Medellín)

Prácticas comunitarias: en esta categoría es posible agrupar una serie de acciones y procesos que apuntan a recrear el tejido y los vínculos sociales por medio de la promoción de la cohesión en la organización. Para ello se hace énfasis en sentidos de identidad y pertenencia, despertando valores de solidaridad, respaldo, defensa y ayuda mutua, a partir de fomentar el sentido de comunidad.

Les pedí para el sábado, fin de este mes, llevar cada uno de ellos o ellas un detallito, una blusa, una pantaloneta y fruticas, y para qué, no como la amiga secreta, si no para compartir: la una le da a la otra, la otra a la otra, mil pesos para pagarle a la señora que nos va a hacer la comida y ya cada una de nosotras llevaremos fresquito o algo así. Porque nosotros en el grupo pasamos, viéndolo bien, chévere, bien, pasamos muy bueno y no quiero como que el grupo se nos acabe por pendejadas. (Mujer de Medellín)

Prácticas en derecho: son todas aquellas que se realizan con el fin de exigir al Estado la garantía de los derechos que, como ciudadanos colombianos, poseen. El Estado ofrece una serie de garantías legales por la situación de desplazados, expresadas en normas, sentencias, decretos y políticas públicas, que responden a las necesidades de este tipo de población. Esta condición obliga a desarrollar un tipo de prácticas, que poseen un carácter estrictamente jurídico, y están determinadas por una serie de protocolos que las OPD deben atender desde el momento de su diseño hasta la respuesta que da el Estado.

Este tipo de prácticas, que se desprenden de la asistencia jurídica, juega un papel fundamental en el camino al restablecimiento de los derechos de la población desplazada, como lo demostró la Comisión de Seguimiento a la Política Pública para la Población Desplazada, creada en el año 2005, al comentar que la Sentencia T-025 del año 2004, obedeció, entre otros aspectos, a la capacidad organizativa de la población en mención y a que miles de personas desplazadas interpusieron recursos de tutela ante la justicia colombiana para reclamar el acceso efectivo a sus derechos.

Nosotros hemos venido trabajando con la población en la exigibilidad de derechos, trabajando jurídicamente, exigiendo jurídicamente todos los derechos que tiene por Ley y, en ese sentido, nos ha ido bien. De eso se tratan las reuniones que hago cada mes: primero les doy orientación sobre todo lo que es la ley y cómo lo reclaman. Les explico más o menos cómo es un formato de derecho de petición para que ellos mismos lo redacten, los que pueden, y los que no pueden yo les redacto las peticiones, se las radico. (Hombre de Medellín)

Al respecto, Hernández y Gutiérrez (2008) afirman lo siguiente:

Las organizaciones que se han ido conformando se cohesionan alrededor de la reivindicación de los derechos de los desplazados como víctimas y de la búsqueda de la satisfacción de las condiciones básicas necesarias para la vida [...]. Las organizaciones tienen como unidad de afiliación a las familias, y su trabajo se convierte en el vínculo de los desplazados con la ciudad, su institucionalidad y apoyos. La labor que desarrollan, en la mayoría de los casos, combina acciones de abogacía por el cumplimiento general de los derechos consagrados en la Constitución, la Ley 387 y la Jurisprudencia, como actuaciones de apoyo directo a sus afiliados. Estas últimas se centran en la asesoría y el acompañamiento para la realización de trámites que tienen como objeto el reconocimiento oficial como sujetos y familias desplazadas para ser beneficiarios de los servicios y subsidios que el Estado entrega. (p. 167)

Prácticas de hecho: el mantenimiento de su situación como desplazados denuncia la incapacidad del Estado para garantizar los derechos de esta población. En otros casos los modos en que son garantizados estos derechos, a más de brindar cierto nivel de satisfacción, no son suficientes para que los sujetos puedan desarrollar sus potencialidades y capacidades, por lo que las prácticas de hecho aparecen como alternativa de denuncia frente a la inoperancia del Estado con relación a la garantía o a los límites normativos con los que ha respondido a su situación.

Ha llegado hasta el punto que Acción Social se llenó de tutelas y ya ni las tutelas las está respondiendo en forma, los desacatos tampoco, no los están respondiendo con el tiempo que establece la ley, sino que un desacato se está demorando hasta dos y tres meses. No estaban cumpliendo con lo que ordenaban los jueces, ni estaban cumpliendo los desacatos y Acción Social tomó una estrategia de entregar las ayudas fraccionadas, o sea que a la persona a la que les tocaba entregarle novecientos mil pesos, le entregaban trescientos y, con lo otro, despachaban otras dos familias más y entonces hubo que hacer el reclamo de eso. Entonces esto se está volviendo una cosa tremenda, de ahí nació la idea de algunos compañeros cuando se tomaron la basílica, la catedral. (Hombre de Medellín)

Impactos de las prácticas en la dinámica de las organizaciones

Los efectos de esta multiplicidad de prácticas sobre la dinámica de las OPD pueden reconocerse de acuerdo con tres aristas: la situación de desplazados, la estructura organizativa y su posicionamiento en el contexto.

Con relación a la situación de desplazados, se hace referencia a la categoría por medio de la cual el Estado colombiano, según la Ley 387 de 1997, define como desplazada a toda persona que se ha visto forzada a migrar dentro del territorio nacional, a abandonar su localidad de residencia y las actividades económicas habituales porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertad personal han sido vulneradas o se encuentran directamente amenazadas. Esta categoría social es la que permite diferenciar al desplazado de otro tipo de población que, de acuerdo con ciertas circunstancias, vive los mismos condicionantes socioculturales y territoriales.

En torno a la estructura organizativa, el modo en que se presentan las interacciones va dando origen a una estructura en la que se organizan y regulan los roles en relación con las normas y los objetivos propuestos.

Con respecto al posicionamiento de la organización en el contexto, se alude a la legitimidad que va tomando como una entidad propia y diferente que se reconoce por la capacidad para ayudar y aportar al desarrollo de la población desplazada. A continuación, se describen cada una de las prácticas identificando los efectos que producen en la organización en estos tres niveles.

De supervivencia

En relación con su situación como población desplazada, este tipo de prácticas pueden llevar a la organización a una posición de indefensión y victimización, al limitar sus posibilidades de autogestión y desarrollo. Si bien, la lucha por la sobrevivencia no es elegible, la rutinización de la práctica lleva a posiciones de victimización en las que el vínculo social con el otro aparece en el orden de la caridad, lo que hace que se configure un modo de relación basado en la espera de determinadas ayudas.

Uno le decía a la gente: “bueno, tal día hay reunión”, iba la mitad. Pero el día que decíamos: “vino el mercado para repartir”, de allá sí venían y hay mismo el taxi para llevar el mercado, ahí sí tenían plata para el taxi, pero para la reunión no. Entonces es gente que le han metido en la mentalidad que si no es la comida, no pueden vivir. (Hombre de Medellín)

Al recurrir a la caridad del otro, la población desplazada descuida sus posibilidades de exigibilidad a las instituciones que encarnan el Estado, que es el que debe responder por la garantía de sus derechos. Esto genera un efecto de invisibilización sobre el potencial organizativo, lo que lleva a sostener los estereotipos sociales que sobre el desplazado se han configurado por parte de la población general.

La lucha por la sobrevivencia del desplazado ha hecho que algunas organizaciones se valgan de este tipo de prácticas para menguar en cierta forma la difícil situación:

Las mismas circunstancias en que se les origina el desplazamiento... llegan sin ropa, entonces nosotros en la organización recibimos ropa en donación y se la entregamos a las familias que acaban de llegar, en especial a aquellas que vienen de las afueras de la ciudad. (Hombre de Bogotá)

Las OPD que dan prioridad a este tipo de acciones corren el riesgo de ir en contravía de los propósitos que están llamadas a cumplir como organizaciones sociales de carácter comunitario y popular, en el sentido de ser espacios de posicionamiento de sus integrantes como sujetos políticos. Limitar la razón de ser de las OPD a este tipo de acciones genera patrones de dependencia entre las personas, los cuales contribuyen muy poco en su desarrollo personal, social y comunitario.

Para aumento de las capacidades

La diversidad encontrada en este tipo de prácticas permite develar distintos efectos sobre la organización, cabe mencionar: Cuando la práctica está orientada y determinada por ayudas de carácter privado o gubernamental y van dirigidas a la población en general, se produce un efecto de homogenización de los desplazados con la población excluida y marginada históricamente en la ciudad, esto lleva a una invisibilización de la categoría social de desplazado y de las luchas políticas y jurídicas que han dado para ser reconocidos. En relación con la estructura organizativa, el riesgo está en que se dividan y jerarquicen los liderazgos que asumen la vocería de la población en general y la organización que representan pase a ser un camino que demuestra su estatus y poder de convocatoria. Lo anterior genera un efecto de invisibilización de la organización que, a pesar de aparecer en diversos escenarios sociales, no se convierte en un recurso para el desarrollo de acciones colectivas en pro de la población que le dio origen, sino en una etiqueta social que utilizan los líderes y representantes para acceder a servicios.

Si bien esta situación cambia cuando los servicios se orientan a atender exclusivamente a la población desplazada, ya que de entrada se visibiliza su situación de víctimas y de vulnerabilidad de sus derechos, ha sido posible identificar que cuando este tipo de propuestas invitan a la organización a la administración de los recursos de tipo material o económico, comienzan a aparecer una serie de prácticas clientelistas en las que representantes y líderes, para acceder a beneficios, hacen uso del nombre de la organización como puerta de entrada. Son liderazgos autocráticos que utilizan a la población para realizar proselitismo político y prácticas de los representantes para excluir a otros miembros.

Frente al posicionamiento de las OPD en el contexto, cuando no se logra entablar un proceso de reflexividad, se puede llegar a configurar una lógica de dependencia a servicios que configura una postura reactiva en la que se responde a las necesidades que se espera sean atendidas por el servicio prestado. Esta posición obtura la capacidad de la organización para pensarse y adecuar propuestas que aporten a su desarrollo y a la transformación de las condiciones de sus miembros.

Pese a estos riesgos, este tipo de prácticas encierra una potente oportunidad para la consolidación de las OPD como colectivos sociales. En ellas, se recrea la capacidad de autogestión y establecimiento de redes y contactos con el sector público y con organizaciones no gubernamentales. Así se constituyen en un modo de mantener el interés de diversos sectores del desarrollo sobre el tema del desplazamiento y la atención que se le está dando. De igual manera, hacen posible la captación de recursos económicos y formativos que aportan al desarrollo de la población desplazada.

Comunitarias

La capacidad de autogestión y planificación desarrollada es condición necesaria para que este tipo de prácticas puedan ser puestas en escena por las OPD. A nivel de estructura organizativa se presenta una clara identificación con los objetivos, por lo que su posición como población desplazada no se ve permeada por otro tipo de poblaciones, aunque se resalta que en este caso se rompe con el estereotipo de población que necesita de la caridad y la beneficencia, trascendiendo la dependencia de entidades asistencialistas y prestadoras de servicios.

Si bien es cierto que en este tipo de prácticas los liderazgos siguen cumpliendo un papel fundamental en el desarrollo de la organización, la realización de estas actividades implica la vinculación activa de otros integrantes. Esto favorece la movilidad de roles.

Su relación con el contexto está en la capacidad de diferenciarse de otros tipos de organización y de poder posicionarse legítimamente como organización social de carácter comunitario y popular que propende por el desarrollo de una población en particular. Lo anterior las lleva a instaurar una serie de prácticas de orden comunitario que aportan a la visibilización, organización y denuncia de su situación.

Un día especial para nosotros los ancianos fue el 13 de diciembre, este año va a ser el 19, se llama el día de la solidaridad y el afecto con el anciano desplazado. Este año va a ser en Plaza Botero, donde vamos a servir 600 almuerzos para la población, mayores de 60 años, en situación de desplazamiento, o sea, es una forma de que se vea que existen, de que existimos 18.000 personas mayores de 60 años en situación de desplazamiento en Medellín, ya, de que la persona desplazada mayor de

60 años es más vulnerable, que su familia es más vulnerable que cuando es más joven, ya, entonces en esa tarea estamos. (Hombre de Medellín)

En derecho

Su postura radica en mantener en el discurso social la condición de vulnerabilidad en la que se desarrolla la población desplazada, encontrando en la validación del Estado social de derecho el ente garante para su desarrollo. Su camino se basa en la exigibilidad de sus garantías como ciudadanos colombianos a partir de la normatividad que se va desarrollando para su atención.

El primer riesgo que se corre con este tipo de prácticas está en la esencia de ellas mismas. Que las acciones jurídicas terminen resolviéndole el problema a cada persona favorece que la organización dirija su trabajo a personas específicas, lo que desvirtúa la naturaleza de las OPD como colectivos que propenden por el fortalecimiento social y comunitario.

A nivel organizativo este tipo de acciones lleva a la organización, en algunos casos, a configurarse como un escenario para la prestación de servicios informativos, donde la asesoría se constituye en el medio para que los desplazados puedan acceder al goce efectivo de sus derechos.

Allá, en la asociación, únicamente asesoramos a las personas, las asesoramos, a dónde pueden ir, qué deben de hacer, las reportamos a Opción Vida, a Derechos Humanos, allá reportamos la gente, para que ellos mismos vayan y hagan sus vueltas y aprendan a ir. Porque usted sabe que uno toma el riesgo, que uno, como el líder, uno va y las asesora y dice tal. va a pensar la gente que uno les está quitando la plata, entonces yo siempre acostumbro y les digo: “vea, en esta dirección, vayan al piso 11 de la Alcaldía de Medellín, allá pueden meter sus derechos de tutela, allá no les cobran ni un peso, o vayan a Derechos Humanos”. Yo siempre las oriento en esa forma, para que ellas mismas hagan sus vueltas. (Mujer de Medellín)

La continua veeduría de las condiciones de sus derechos va llevando a que estas organizaciones sean reconocidas por parte de las entidades estatales como un escenario a intervenir. Al brindar asesorías y ayudas, el Estado comienza a regularlas y a normalizarlas por medio de la orientación legítima de sus prácticas. Esta condición de legitimidad les impone una serie de lógicas organizacionales como conformación jurídica, rutas de exigencia, entre otras. Esto las lleva a una normalización que permite sostener sobre ellas altos niveles de control por parte del Estado.

El principal riesgo que corren las OPD con estas prácticas está en el posicionamiento que logran en el contexto, pues a mayor validación de las vías jurídicas, mayor adecuación a las exigencias del Estado para mantener los órdenes preestablecidos, lo que las puede llevar con su accionar a no denunciar los límites y las deficiencias de la Ley, ya que en su hacer van validando los mecanismos jurídicos, los protocolos y las rutas impuestas para la atención de la población desplazada.

Recurrir a los mecanismos legales para reclamar lo que les corresponde en su calidad de ciudadanos y personas en situación de desplazamiento, se constituye en un elemento fundamental dentro del restablecimiento de derechos, siempre y cuando ello vaya acompañado de procesos formativos donde el grueso de los integrantes de las organizaciones logre el reconocimiento de la problemática de la cual ha sido objeto, pero ante todo donde se cuente con herramientas de diverso orden que permitan la búsqueda de distintas opciones de vida dignas.

De hecho

Implican un nivel de madurez organizativa y una toma de conciencia de la situación vivida que parten de la inconformidad con las condiciones actuales y de la exigencia al Estado, como ente garante del goce efectivo de los derechos, de las condiciones necesarias para un óptimo desarrollo social y humano y un adecuado ejercicio de la ciudadanía.

Su sentido se basa en aportar al cambio social y para ello reconocen el desplazamiento como un problema social que el Estado ha sido incapaz de afrontar. Su papel va en la vía de la denuncia que agita y sensibiliza a la población que no vive la situación, y así trata de vincular a otros sectores y orienta los recursos necesarios para impactar sobre la política pública.

La estructura organizativa rompe con sentidos de territorialidad, trasciende los niveles de satisfacción básica y critica las posturas asistencialistas con las que se pretende ampliar sus capacidades de desarrollo. Por lo tanto, este tipo de prácticas posicionan a las OPD en niveles de veedoras de su condición y llevan a configurar en sus miembros altos niveles de conciencia frente a sus condiciones. Estas condiciones son las que las diferencian de las prácticas en Derecho, pues van más allá de la exigibilidad de la garantía, al poner en escena las condiciones con las que se le da salida a sus denuncias.

La asunción de este tipo de prácticas por parte de las organizaciones impone una postura política basada en la resistencia frente a los ofrecimientos del Estado, a la normalización de la situación y a los modos relacionales con los que se da cuenta del fenómeno. De ahí que impliquen la articulación con grupos de influencia social, la movilización de colectivos y la organización de procesos de acompañamiento y respaldo a líderes en diversos espacios de negociación y concertación. No cumplir con

estos requisitos lleva a la organización a un nivel de agitación social que no trasciende la inmediatez de la acción.

Nosotros pensamos que hacemos la visibilización de eso mostrando que tiene 12 años la Ley 387 y el gobierno no ha cumplido. Entonces, ese día, nosotros hacemos la marcha para encontrar y sacar, para mostrarle al pueblo, a la ciudadanía, por qué estamos marchando y por qué se hace. Cada vez que cumple años. y la toma que se hizo este año fue porque había mucho inconveniente para entregarles la ayuda, entonces por eso se hizo esa toma, porque a la gente no le estaban cumpliendo en cuestión de la salud o en la cuestión de la vivienda. Entonces, por eso se hizo esa toma y entonces, ya ahí, medio empezaron, medio empezaron a cumplir, pero volvieron y se quedaron quietos. Ellos, eso es como la mantequilla de cerdo que se fritó: mientras esté caliente, está suelta pero, ya se enfrió, se durmió. (Hombre de Medellín)

Alcances y límites de las prácticas de las organizaciones de población desplazada: la consolidación de prácticas autónomas en las OPD

La presente investigación permitió determinar que las organizaciones de población en situación de desplazamiento ponen en marcha distintos tipos de prácticas, si bien es posible encontrar que algunas organizaciones se caracterizan por la puesta en marcha de un tipo de práctica particular, la mayoría de ellas se ven obligadas a recurrir a formas distintas dentro del proceso de restablecimiento de derechos.

El hecho de la búsqueda del restablecimiento permite anclar dos variables de análisis de la práctica: la autonomía y la visibilidad como indicadores que permiten dar cuenta de la capacidad de la organización para posicionarse como un colectivo autónomo y político.

Con la variable de autonomía se hace referencia a la capacidad de la organización para dar cuenta de la situación de sus integrantes como desplazados, política y socialmente. Esta capacidad implica una serie de condiciones como: conciencia del papel de la organización como agente de cambio y desarrollo, estructura organizativa dinámica y relacional, continuo proceso de formación política en relación al tema del desplazamiento, lectura crítica de contextos, generación de estrategias para su desarrollo y autosostenimiento, capacidad para negociar con actores sociales, participación en escenarios de incidencia política, ruptura de estereotipos y prejuicios de la población en general frente a los desplazados.

Por su parte, la variable de visibilidad da cuenta de la capacidad de la organización de posicionarse más allá de los límites territoriales que le impone su ubicación geográfica y la posibilidad de movilizar la creación y mantenimiento de escenarios de incidencia política. Esto encierra un alto re-

conocimiento social de la organización como colectivo, desplazando el papel protagónico y nominal de las personas; la continua utilización de estrategias de difusión y comunicación que les lleva a posicionarse en diversos espacios, más allá de los contactos cara a cara; la participación en organizaciones de segundo orden, grupos y movimientos sociales; y la capacidad de convocar a otros sectores de desarrollo social y a grupos de influencia que pueden entrar a aportar y ayudar al logro de sus objetivos.

La utilización de diversas prácticas por parte de la misma organización permite cruzar las variables de autonomía y visibilidad, posibilitando develar los aportes y limitantes que tienen para el restablecimiento de los derechos:

Mayor visibilidad, menor autonomía: este tipo de prácticas han llevado a una normalización de la organización a partir de la regulación y control por parte del Estado de las formas y modos de participación, lo que las hace identificables y altamente controlables por la institucionalidad. Básicamente su tarea ayuda a conservar la institucionalidad y a legitimarla como vía de satisfacción de las necesidades, manteniendo los órdenes sociales que los organismos de control han establecido. Todas estas condiciones llevan a una desestimación de las posibilidades de la organización como colectivo social comunitario, con capacidad de incidencia política.

Menor visibilidad, menor autonomía: la organización aparece como una captadora de servicios, estructurándose y funcionando a la luz de las ofertas que llegan desde sectores públicos y privados. Su normalización se da cuando al acceder a los recursos tiene que cumplir con una serie de requisitos que la llevan a caer en la inmediatez de actividades y a configurar relaciones de dependencia. En muchas ocasiones, las OPD, para hacer uso de estos servicios, se homogenizan y mimetizan con el resto de pobladores marginales y excluidos de la ciudad, lo que invisibiliza su condición de desplazados y le quita responsabilidades al Estado.

Mayor visibilidad, mayor autonomía: la organización ha generado grados de identidad que le permiten establecer vínculos y realizar negociaciones sin perder autonomía en sus decisiones. La identidad como desplazados lleva a las OPD a ubicar relaciones y redes que les sirvan como soporte para movilizar grupos de influencia y poder, en torno a la denuncia de sus condiciones y a la irresponsabilidad del Estado con respecto al restablecimiento de derechos. Su tarea es la de expandir los límites con los que han sido atendidos.

Menor visibilidad, mayor autonomía: son aquellas prácticas utilizadas por las OPD que, repudiando las lógicas y dispositivos de control, llevan a la exigibilidad de sus derechos más allá de las respuestas de ordenamientos jurídicos. Los condicionantes del contexto las llevan a cierto grado de clandestinidad para proteger su integridad y poder continuar con su ejercicio político.

Lista de referencias

- Bello, M.N. (2005). Entre retornos forzados y reinserciones precarias. En: El desplazamiento en Colombia: regiones, ciudades y políticas públicas, Medellín, Colombia: REDIF, UNHCR ACNUR, UNAL, Corporación Región. (373-388)
- Galeano, E (2004). Estrategias de investigación social cualitativa: el giro de la mirada. Medellín, Colombia: La carreta.
- Gil Montoya, M.A. & Jiménez Bedoya, A.M. (2007). La acción colectiva “más que un acto”: caracterización de las acciones colectivas, emprendidas por las y los integrantes de las organizaciones de víctimas de la violencia sociopolítica orientadas a la restitución de derechos. Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia.
- Hernández, A. & Gutiérrez, M.L. (2008). Familias desplazadas por la violencia asentadas en Bogotá: nuevos moradores e intensas problemáticas. En Las familias en Bogotá, realidad y diversidad. Bogotá, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana. (134-176)
- Osorio, F.E. (2006). Desplazamiento forzado, territorio y reparación. En: Revista Javeriana. No. 724, Tomo 142, Año de publicación 73. Pontificia Universidad Javeriana. Mayo de 2006. Pp: 22-29.
- Sentencia T-025, auto de cumplimiento 178 de 2005, orden 3ª. Presidencia de la República.
- Torres, A. et al (2004). Organización y participación social en Colombia. Bogotá, Colombia: Fundación Universitaria Monserrate.
- Torres, A. (2003). Organizaciones populares, identidades colectivas y ciudadanía en Bogotá. Bogotá, Colombia: Universidad Pedagógica Nacional.
- Unidad Técnica Conjunta, Gobernación de Antioquia, et al. (2009) Formas organizativas de la población afectada por el desplazamiento forzado. Medellín, Colombia. Documento sin edición.

Ensayos

EPISTEMOLOGÍA Y ABORDAJES INVESTIGATIVOS EN PSICOLOGÍA DINÁMICA (PSICOANÁLISIS RELACIONAL)

Ricardo Andrade Rodríguez*

Recibido: Septiembre 21 de 2010 - Aceptado: Noviembre 24 de 2010

Resumen

Este artículo es resultado preliminar de la investigación Agresividad en niños y niñas. Una perspectiva desde la psicología dinámica, la familia y la pedagogía crítica, financiada por la Fundación Universitaria Luis Amigó durante el año 2010. Dicha investigación une las líneas de investigación “Familia, desarrollo y calidad de vida”, “Psicología social y salud mental” y “Educación y pedagogía”.

Su objetivo es comunicar algunos resultados de la primera fase de la investigación, en la que se espera realizar una revisión documental exhaustiva que permita una aproximación epistemológica adecuada al fenómeno que se desea comprender: la agresividad en niños y niñas de entre 5 y 7 años. Este texto se concentrará en tres aspectos del estudio: la delimitación conceptual de la Psicología Dinámica, una aproximación epistemológica a la misma y algunos comentarios sobre el estatuto actual de la investigación desde esta rama de la Psicología.

Se encontró que las fuentes bibliográficas actualizadas abordan dos conceptos fundamentales: Psicoanálisis Relacional y Psicoterapia Psicoanalítica para denominar lo que se conoce en el medio académico de Medellín como Psicología Dinámica. Además, se pudo constatar que el paradigma relacional en Psicoanálisis utiliza fundamentos epistemológicos coherentes con los enfoques antropológicos externalistas y constructivistas, así como con modelos teóricos relacionados con el pensamiento complejo. Se notó también que las investigaciones en Psicoanálisis Relacional actualmente apuntan, en general, a dos grandes temas: el desarrollo infantil en el ámbito vincular con los cuidadores y los aspectos relacionales del espacio clínico. Los diseños metodológicos de tales investigaciones varían: se utilizan técnicas proyectivas de evaluación, como el Test de Rorschach y de Pata Negra; algunos instrumentos cuantitativos; la entrevista clínica; el estudio de caso; la grabación y análisis de sesiones psicoterapéuticas con un enfoque extratransferencial y al interior de las sesiones. Como novedad en el análisis de información, se encontró gran preponderancia de análisis hermenéuticos de material oral, y el uso de técnicas de análisis del discurso muy cercanas a la lingüística, así como la frecuente utilización, creciente en la actualidad, del algoritmo David Liberman (ADL), como una herramienta para el análisis de material oral.

Palabras clave:

Psicología Dinámica, Psicoanálisis Relacional, Antropología Externalista, constructivismo, Psicoterapia Psicoanalítica, modelos epistemológicos en Psicoanálisis Relacional, desarrollo infantil, relación terapéutica.

Abstract

This article is a preliminary result of the research Aggressiveness in children. A perspective from dynamic psychology, the family and the critical pedagogy, funded by the Fundación Universitaria Luis Amigó in 2010. This research links the research areas: Family, development and quality of life, social psychology and mental health and education and pedagogy. Its purpose is to report some results of the first phase of the investigation, which is expected to perform a comprehensive literature review to allow an epistemological approach to the phenomenon that the crew wishes to understand: the aggressiveness in children between 5 and 7 years. This text will focus on three aspects of the study: the conceptual delimitation of dynamic psychology, an epistemological approach to this theoretical psychology approach and some comments about the current status of research from this branch of psychology.

* Psicólogo de la Universidad de Antioquia y magíster en Lingüística de la misma institución. Docente FUNLAM y Rector del Colegio Bello Oriente-Ceboga. ricardo.andradero@amigo.edu.co

It was found that the found bibliographical sources address two fundamental concepts: relational psychoanalysis and psychoanalytic psychotherapy in order to describe what are known in the academic field of Medellín as dynamic psychology. In addition, it was found that the relational paradigm in psychoanalysis uses theoretical conceptions consistent with the externalist anthropology and constructivist epistemology approaches, also with theoretical models related to complex thought. It was also verified that the research in relational psychoanalysis now abound, in general, two major themes: child development in its relational aspects and the relational conception in the clinical praxis. The methodological design of these investigations vary: the use of projective assessment techniques, such as the Test of Rorschach and Pata Negra, some quantitative tools, the clinical interview, case study, records and analysis of psychotherapy sessions with a focus in extratransference and within sessions phenomena. It was found, like a new, a high prevalence of oral material hermeneutic analysis, and the use of discourse analysis techniques very close to linguistics. Finally, there is a frequent use, increasing today, of David Liberman Algorithm (DLA), like a tool for oral material analysis.

Keywords:

Dynamic psychology, relational psychoanalysis, externalist anthropology, constructivism, psychoanalytic psychotherapy, epistemology models in relational psychoanalysis, children development, therapeutic relationship.

Introducción

La Psicología Dinámica es una aproximación teórica y práctica al devenir humano. Pretende una teoría consistente sobre el acontecer psíquico y una serie de consecuencias clínicas coherentes con dicha teoría. Es común que en el medio académico se suponga que es simplemente una aplicación de los principios psicoanalíticos a una Psicología general de la motivación del comportamiento. Sin embargo, como será atendido a lo largo de este artículo, es justo reclamar un soporte epistemológico independiente y, de hecho, una concepción del psiquismo alternativa.

En la primera parte del presente texto, el lector encontrará un desarrollo teórico en el que se intentará aclarar la diferencia fundamental sobre el paradigma pulsional, consistente con el Psicoanálisis tradicional y el paradigma relacional, el cual es preconizado por los autores que se denominan psicólogos dinámicos, si bien esa denominación parece ser utilizada por un número escaso de teóricos. Los términos usados para esa aproximación psicológica son Psicoanálisis Relacional o Psicoterapia Psicoanalítica. La diferencia entre ambas concepciones del psiquismo genera, en consecuencia, una diferencia en la concepción del conocimiento válido sobre la vida anímica y sus avatares.

El segundo aparte del texto apunta a comentar los paradigmas epistémicos en los que puede soportarse la práctica investigativa en Psicoanálisis Relacional y sus consecuencias investigativas. Resalta en esa sección las aseveraciones en torno a la necesidad de revisar algunos conceptos fundamentales de la perspectiva psicoanalítica pulsional, como el de representación.

Finalmente, el artículo trae a colación algunas investigaciones que tratan de mostrar los diseños investigativos de uso frecuente en el Psicoanálisis Relacional, buscando delimitar las posibilidades investigativas y los temas abordados. Es sobresaliente el uso progresivo de la hermenéutica y de técnicas de análisis lingüístico que se encuentran con los conceptos pilares del enfoque relacional, lo cual señala un interesante escenario para la interdisciplinariedad.

Método

Como ya se mencionó, este artículo está enmarcado en la investigación Agresividad en niños y niñas. Una perspectiva desde la psicología dinámica, la familia y la pedagogía crítica, por lo tanto, su metodología está inscrita dentro de la que el proyecto se ha propuesto. Es un aporte al desarrollo de la revisión documental, que tiene, a su vez, un lugar preponderante en la metodología predominantemente cualitativa de dicha investigación.

Para su realización se utilizaron dos fuentes fundamentales: el rastreo de textos impresos en bibliotecas de tres universidades de la ciudad: Universidad de Antioquia, Universidad Pontificia Bolivariana y Fundación Universitaria Luis Amigó, y la búsqueda en bases documentales en la red y motores de búsqueda como google académico.

La información fue recolectada utilizando protocolos, trabajados en el grupo de investigación, de fichas bibliográficas y fichas de contenido, que fueron base para la organización de la información y la redacción del texto.

Resultados

Cuando se acude a una librería y se solicitan textos de Psicología Dinámica, es frecuente que no haya uno solo que contenga en su título el concepto. Cuando se acude a internet, compendio contemporáneo del saber informal y cada vez más adecuada a la circulación de algunos textos serios, se encuentra, del mismo modo, una referencia bastante escasa: algunos textos en los que poco o nada se aclara respecto a una definición cabal de esta escuela de Psicología y otros en los que se toma como una mera aplicación de la teoría psicoanalítica, pero a la cual no le corresponde una posición epistemológica y teórica que la distinga de sus orígenes freudianos.

Entre los pocos textos que aportan un comentario específico al respecto y que circulan en nuestro medio, está el de Poch Ibullich (1989, p. 3), quien manifiesta: “De una forma general, podemos decir que la psicología dinámica es una psicología de la motivación. Pero esto es tan amplio e impreciso que no dice casi nada o, mejor dicho, dice demasiado, pues podrían incluirse las más variadas escuelas y orientaciones psicológicas bajo esta denominación”. En efecto, es una denominación de la que casi ninguna psicología escaparía, pues, pese a las diferencias entre la concepción que cada una pueda tener sobre el objeto de estudio de la Psicología, es posible que no exista ninguna para la que no sea fundamental dentro de su acervo teórico atribuir al comportamiento una teoría que explique adecuadamente sus causales. Es por eso que puede decirse que esta definición inicial que aporta el autor es una definición amplia. Pero él mismo, consciente de la ambigüedad de ese intento, propone una definición “restringida”: “[...] la contribución del psicoanálisis y sus diferentes escuelas a una psicología general; a la explicación de la conducta en su dinámica y estructura normal y patológica” (Poch Ibullich, 1989, p. 3). No obstante, una vez más habría que cuestionar la especificidad de tal definición; toda rama de la Psicología trata de explicar la conducta dinámica y estructuralmente, y ninguna deja de aportar a su comprensión en el sentido normal y patológico.

De hecho, el autor termina por afirmar que en la actualidad —por supuesto, habla de su actualidad— se utiliza el término Psicología Dinámica para referirse al Psicoanálisis, en especial en el contexto académico estadounidense. Siguiendo este argumento, la Psicología Dinámica no es una escuela con límites claros y por ello en sus inicios hay una gran cantidad de autores, que permanecen, sin embargo, sin conformar un cuerpo teórico uniforme en sus fundamentos epistemológicos. Así, podrían incluirse autores que utilizaron el término dinámico en teorías tan variadas como la de P. Janet, quien antes de Freud ya había utilizado el concepto dinámico para describir procesos motivacionales que escapaban al control del sujeto; K. Lewin, quien utilizó la teoría de Freud para elaborar una teoría gestalt de la motivación; H.A. Murcia, quien mostró concepciones dinámicas en su teoría de la personalidad.

Resulta evidente que es el término dinámico el que plantea la dificultad para deslindar adecuadamente una propuesta específica que pueda llevar a un trabajo que aporte en la comprensión contemporánea de esta escuela y de sus avances en la investigación. Por ello, hace falta ahondar un poco en el origen de la importancia de tal concepto en la Psicología.

Siguiendo a Laplanche y Pontalis (como los cita Poch Ibullich, 1989) este término “califica un punto de vista que considera a los fenómenos psicológicos resultantes del conflicto y de composición de fuerzas que ejercen una determinada presión, siendo estas en último término, de origen pulsional”. Esa definición, por cierto, es poco original; es original del campo conceptual de la física, para la cual, la dinámica es el estudio de la evolución en el tiempo de un sistema en relación con las causas de tales cambios.

Poch termina por sumarse a la tendencia que llama contemporánea y hace una asimilación de la Psicología Dinámica a la parte del Psicoanálisis que privilegia el conflicto como expresión de fuerzas en oposición, pero, finalmente, no deja de ser Psicoanálisis. Es esa concepción la que posteriormente va a dirigir su texto. No obstante, esa posición es hartamente insatisfactoria; cuando se habla de Psicología Dinámica en la actualidad, se hace alusión a una escuela psicológica que, si bien tiene su origen claro en la teoría freudiana, no es tenida en cuenta por la mayoría de psicoanalistas dentro del psicoanálisis, al menos dentro de lo que las autoridades psicoanalíticas consideran es lo propio de su campo académico.

Pero, de nuevo, el límite conceptual establecido por Poch Ibullich, no hace más que mostrar que la denominación de Psicología Dinámica parece más un modo de nombrar el Psicoanálisis en uno de sus amplios aspectos. Esa situación, sumada a las circunstancias señaladas en los primeros párrafos de este escrito, deja de nuevo la demarcación epistemológica de la Psicología Dinámica en dificultades serias.

Es posible, de igual modo, encontrar otra definición, quizá más precisa de Psicología Dinámica: “...el estudio de lo inconsciente, o bien, y en otros términos, el estudio del interjuego funcional que existe entre nuestras motivaciones conscientes y los impulsos y deseos inconscientes” (Brainsky, 1984, p. 21). De nuevo, es el paradigma freudiano el que subyace a la definición de Brainsky, de hecho, posteriormente señala: “Su base es el psicoanálisis, tal como lo concibieron Freud y sus discípulos” (Brainsky, 1984, p. 21). Es decir, la Psicología Dinámica sería, coincidiendo con lo planteado por Poch Ibullich, una teoría motivacional y un intento de Psicología general en el que son aplicados los principios teóricos freudianos.

Podría decirse, de hecho, que esa concepción, en la que el Psicoanálisis elabora una Psicología general, capaz de inscribirse en la perspectiva científica, es la misma que impulsó a Heinz Hartmann a formular su ego psychology¹. Bleichmar aclara esta Psicología del yo. Hartmann es el exponente más reconocido de esta corriente nacida en la década de los 30 en Estados Unidos y cuya propuesta teórica se basa en los últimos trabajos de Freud, en particular, en las perspectiva: “.Hartmann manifiesta su esperanza de que a partir de estas y otras teorizaciones adelantadas por el mismo espíritu, el psicoanálisis se convierta en una psicología general” (1997, p. 43)². No obstante, esa aplicación conceptual tendría su origen en un paradigma similar de concepción sobre el psiquismo, es decir, siguiendo esa postura, la Psicología Dinámica sería únicamente un Psicoanálisis aplicado a las funciones mentales conocidas como superiores, pero no tendría un soporte epistemológico independiente del Psicoanálisis y, por tanto, su modo de concebir e investigar la vida anímica estaría directamente anclado en los del Psicoanálisis freudiano.

El término dinámica estaría entonces referido a los procesos de interacción entre sistemas psíquicos en diferentes niveles, especialmente entre el superyó, el ello y el yo, así como a los montos de energía que se ponen en juego en tales interacciones. De hecho, esta postura se mantiene fiel a lo preconizado por Freud en su metapsicología, es decir, “a un modo de abordaje en que cada proceso anímico es apreciado siguiendo las tres coordenadas de la dinámica, la tópica y la economía” (Freud, 1925, Versión electrónica.). El aspecto tópico se refiere a la construcción hipotética que hace Freud para asignar una espacialidad virtual a los procesos anímicos, es decir a una concepción espacial del psiquismo; el punto de vista dinámico, como ya se mencionó, obedece a la idea de que existe un flujo contradictorio de fuerzas opuestas: emociones, sentimientos, pensamientos, lo cual forma un conflicto; y el económico, a las fuerzas, a los montos de energía que despliegan en el conflicto dinámico.

¹ Psicología del yo. Hartmann es el exponente más reconocido de esta corriente nacida en la década de los 30 en Estados Unidos y cuya propuesta teórica se basa en los últimos trabajos de Freud, en particular, en las formulaciones sobre su segunda tópica. En esta corriente, importan los procesos por medio de los cuales el yo logra regular los impulsos y armonizar la relación con el mundo exterior (Hartmann, 1962).

² Hartmann se refiere a la utilización dentro de su teoría del concepto biológico de adaptación, el cual permitiría adelantar un estudio psicoanalítico de funciones mentales clásicas: memoria, pensamiento, percepción, etc.

Sin embargo, otra postura sobre la dinámica anímica es puesta en juego en lo que se conoce como Psicología Dinámica en nuestro medio. Esa postura, además, reclama un replanteo de los preceptos epistemológicos del Psicoanálisis freudiano.

Jorge Humberto Vanegas (2006), docente de la Universidad de Antioquia, señala: “Las concepciones de la Psicología Dinámica están basadas en la teoría psicoanalítica, específicamente después de la segunda tópica, pero diferenciadas del mismo psicoanálisis en cuanto a objeto, interés y campo de aplicación” (p. 4) y continúa señalando de dónde se toma el nombre dinámica, que tanta ambigüedad ha mostrado: “[...] de la dinámica de las relaciones objetales, esto es de la dinámica de los procesos de cohesión, diferenciación, integración y organización de las representaciones sí mismo - objeto”.

Esa posición da cuenta de la posibilidad de que haya un paradigma alternativo en el desarrollo ulterior de la teoría freudiana, uno en el que hay un desplazamiento conceptual desde la motivación pulsional de la conducta hacia una motivación que pone su acento en un origen diverso.

El paradigma tradicional en Psicoanálisis tiene, podría decirse, dos epicentros fundamentales: el hecho de que los procesos inconscientes son la esencia del psiquismo, y sólo secundariamente los conscientes, y la suposición de que el ser humano es motivado por unos impulsos primigenios que empujan por la satisfacción irrestricta. Para Freud, vale la pena insistir en ello, la teoría pulsional formaba parte de la metapsicología, es decir, de su teoría psicológica abstracta, producto directo de la praxis clínica. Es así como el mismo Freud (1925) plantea: “Más tarde [en 1915] me atreví a intentar una ‘metapsicología’. Llamé así a un modo de abordaje en que cada proceso anímico es apreciado siguiendo las tres coordenadas de la dinámica, la tópica y la economía, y vi en ello la meta máxima asequible a la psicología”. El hombre, desde esta perspectiva, está caracterizado esencialmente por un conjunto de tensiones egoístas de origen físico que son representadas en la vida psíquica por deseos sexuales o agresivos que empujan incesantemente por expresarse y descargarse en movimientos. “Vivimos en el choque de estos deseos con las exigencias secundarias y más superficiales de la realidad social; nuestro propio razonamiento se deriva de estas energías primitivas y animales y constituye una transformación de los mismos” (Mitchell, 1993, p. 13).

Desde esta perspectiva, la mente del hombre está determinada por las pulsiones; el hombre es fundamentalmente un ser que en su individualidad está en constante búsqueda de la satisfacción. El otro, la sociedad, la familia son factores secundarios que sirven para encontrar caminos de satisfacción ante ese imperio de las tensiones físicas. Puede decirse, por tanto, que es el cuerpo, sede de tales pulsiones, su biología, el determinante fundamental del comportamiento, pues éste es básicamente un derivado de la pugna perenne entre los subrogados pulsionales y la sociedad, que se opone a su

satisfacción, pues, vale la pena insistir en ello, esos impulsos primitivos son egoístas, autísticos, y su satisfacción iría en contra de los cimientos mismos del lazo social, es decir, su satisfacción no contemplaría para nada los derechos del otro. Eso es lo que lleva a Mitchell (1993) a decir que desde esta perspectiva la mente es monádica, es decir, es una mente unitaria que toma al alter como un factor secundario.

Pero existe otro modelo, denominado por Greenberg y Mitchell (Mitchell, 1993) relacional, y que es al que se adscribe la escuela psicológica conocida en nuestro medio como Dinámica. Difiere del modelo pulsional cuando propone que “[...] las relaciones con los demás, y no las pulsiones, son la materia prima de la vida mental” (Mitchell, 1993, p. 13). En este modelo, se destaca un gran número de autores que, o bien permanecen fieles al modelo pulsional, pero que tienen puntos de vista que en gran modo lo sustituyen; que emplean el mismo código, pero sustituyen la mayoría de los soportes conceptuales de tal enfoque, o que rechazan abiertamente la teoría de las pulsiones. Este conjunto de postfreudianos son los pilares teóricos de la Psicología Dinámica.

Estas teorías presentan gran heterogeneidad. De hecho, esa condición es acaso la causante de la dificultad de delimitar epistemológicamente el modelo. Pero, pese a ello, es posible encontrar puntos comunes: “constituyen en común una perspectiva muy diferente de la freudiana y, en conjunto, han cambiado la naturaleza de la investigación psicoanalítica” (Mitchell, 1993, p. 14).

Para este modelo, no somos un conglomerado de empujes de origen biológico, sino que nos hacemos sujetos en una red de relaciones interpersonales. En esa perspectiva los conflictos no son entre los impulsos egoístas y la cultura, sino por la lucha simultánea que busca conservar tales lazos con los otros y ser diferentes a ellos. En ese contexto surge una gran especificidad epistemológica del modelo: su objeto de estudio es un capo de interacciones dentro del cual surge un individuo en lucha por relacionarse y expresarse. La mente ya no está compuesta por derivados pulsionales, sino por “configuraciones relacionales” (Mitchell, 1993, p. 14). La búsqueda que se lleva a cabo en el contexto terapéutico es por el “[...] descubrimiento, la observación y la transformación de estas relaciones y sus representaciones internas” (Mitchell, 1993, p. 14). Este modo de concepción del mundo de lo psíquico y sus consecuencias epistemológicas y terapéuticas es mejor conocido como Psicoanálisis Relacional. Para efectos de comprensión, y pese al debate que podría darse al respecto, este artículo propone homologar el término Psicología Dinámica al de Psicoanálisis Relacional, pues de lo que se trata aquí no es de una discusión terminológica, sino de las consecuencias investigativas del modelo y de sus aportes a la investigación Comportamiento agresivo en niños y niñas. Una perspectiva desde la Psicología Dinámica, la educación social y la familia.

Podemos definir Psicoanálisis Relacional como un:

[...] Conjunto de desarrollos teóricos, técnicos y clínicos que vienen contribuyendo a la evolución de la psicoterapia psicoanalítica hacia una forma de psicoterapia que explica la dinámica intrapsíquica en su ámbito natural de origen y evolución: la intersubjetividad, o la amplia trama de relaciones que constituyen y en la que se despliega la subjetividad (Velasco, 2009, p. 59).

Como ya se indicó, este abordaje, bastante reciente dentro de la teoría psicoanalítica, cuenta con aportes multidireccionales. Para dar una primera mirada general, puede seguirse a Velasco (2009):

El término psicoanálisis relacional es de uso relativamente reciente. Integra a una variedad de teorías psicoanalíticas que han evolucionado desde las ideas originales de Freud. Este abordaje contemporáneo, ecléctico y abierto, ha crecido y se ha desarrollado principalmente en los EEUU durante los últimos 20 años y desde donde, actualmente, se expande mundialmente. Esta nueva perspectiva incluye aportaciones del psicoanálisis interpersonal (H.S. Sullivan), de la Escuela Inglesa de las Relaciones de Objeto (W.R. Fairbairn), de la Self -Psychology (H. Kohut) y sus continuadores, de teóricos considerados “independientes” (Winnicott, Balint), están también incluidas las perspectivas psicosociales psicoanalíticas latinoamericanas (Pichon Riviere, W. Y M. Baranger), así como las recientes aportaciones de psicoanalistas contemporáneos: Grupo de Boston para el Estudio del cambio Psíquico (Stern, Lyons-Ruth, Tronick), intersubjetivistas (Stolorow, Atwood, Orange) y Self - .Psychology contemporánea (Lachmann, Lichtenberg, Morrison). (p. 59)

En lo que sigue se hará un somero comentario sobre cada una de esas aportaciones, intentando concluir en una reflexión sobre los modos de abordaje investigativo y sobre la especificidad de tales aportes para la investigación sobre la agresividad en niños y niñas.

El análisis interpersonal

Esta mirada de la psique nació en los años veinte del siglo pasado y el autor a quien se le atribuye su inicio es Harry Stack Sullivan (1892-1949). Sullivan, médico de formación, se interesó por una de las enfermedades mentales de más difícil intervención en el campo de la psiquiatría: la esquizofrenia, y fue de ese interés del que surgió su propuesta.

Para comprender esta patología psíquica, Sullivan se convenció cada vez más, debido a sus experiencias formativas, de que no era precisamente el individuo la unidad de análisis que vale la pena investigar; los individuos están siempre en relación con otro, son inevitablemente inseparables del campo interpersonal. Desde esta perspectiva, “la personalidad o el self no es algo que resida

“dentro” del individuo sino más bien que aparece en la interacción con otros (Mitchell & Black, 2005[1995], p. 118). A ese respecto, Havens (2000) plantea:

Es un poco diferente, sin embargo, con la individualidad tradicionalmente enfatizada de cada uno de nosotros, “mí mismo”, donde tenemos a la madre misma de las ilusiones, la siempre preñada fuente de esas preconcepciones que invalidan casi todos nuestros esfuerzos por entender la gente. (p. 114)³

Según esto, la mirada individualista en Psicoanálisis no sólo es errónea para Sullivan, sino que es la fuente de todas las dificultades prácticas y epistemológicas para entender al humano. Las implicaciones investigativas son de alto impacto. Observar al individuo es equivalente a observar el comportamiento de un animal en una jaula y no en su hábitat natural. Observar el comportamiento de un individuo en el consultorio es observarlo fuera de su hábitat, que es el mundo interpersonal. Desde el enfoque de Sullivan se desarrollaron dos diferentes abordajes: uno que enfatizó la empatía —en el que se mantuvo el mismo autor— y otro, con Erik Fromm, que privilegió la importancia de la autenticidad y la confrontación. Ambos, sin embargo, concuerdan en señalar el papel de la relación en etiología de la psicopatología.

Del mismo modo, esta mirada advierte que cualquier análisis de un comportamiento infantil debe interrogar por mucho más que el mundo de las fantasías infantiles en relación con la vida familiar; se debe interrogar por la naturaleza real de las relaciones en las que el niño está inserto en el aquí y el ahora y cuyas características están determinando en gran medida las condiciones de su psiquismo. También el mundo relacional con sus compañeros y docentes debe ser un norte claro en la brújula investigativa. Al mismo tiempo, en el caso de asociarse los comportamientos agresivos repetitivos en los niños y niñas con la incubación de una posible patología psíquica, el enfoque interpersonal señala directamente hacia una dirección específica para buscar su causa y, por ende, hacia una línea de intervención y de prevención.

Las teorías de la Escuela Inglesa de las Relaciones de Objeto

Estas teorías se hicieron muy relevantes en el desarrollo del Psicoanálisis Relacional en la década de los setenta. La principal innovación de esta escuela en el campo teórico y clínico consistió en señalar la importancia que tienen los estadios evolutivos antes del Edipo y de la temprana relación madre-bebé. Este enfoque, cuyos exponentes más representativos son M. Balint, W. Fairbairn, D.W. Winnicott y H. Guntrip y, aunque relacionada de modo menos directo, M. Klein, desplazó conceptual-

³ “It is quite otherwise; however, with the traditionally emphasized individuality of each of us, “myself”, here we have the very mother of illusions, the ever pregnant source of preconceptions that invalidate almost all our efforts to understand other people”. Originalmente publicado en el Vol. 1 (1) de la revista *Psychiatry*

mente la centralización psicoanalítica en el complejo de Edipo en la explicación de la patología psíquica hacia otras instancias de importancia poco estimada en la perspectiva psicoanalítica ortodoxa.

Sin embargo, además de tal aporte, este enfoque lleva a la reflexión sobre un concepto que ya aparece esbozado en Freud, pero que requiere subrayarse cuando de aproximación a los niños y niñas con fines investigativos se trata: el mundo interno. Para Ogden (2010), el modelo que Fairbairn desarrolla reemplaza el modelo estructural de Freud por un modelo en el cual la mente es concebida como un mundo interior en el cual partes escindidas y reprimidas del self entran a establecer relaciones con los otros. Para este autor, este modelo permite entender de modo más rico dilemas humanos, particularmente aquellos basados en el miedo a que el amor que sentimos por otros sea destructivo y en el papel central de sentimientos de contento, resentimiento, desilusión y amor adictivo en la estructuración de la mente inconsciente.

Otro cambio paradigmático en esta perspectiva tienen que ver con la naturaleza de lo que Freud denominó libido⁴ En la concepción freudiana, el infante funciona como un organismo cuya motivación fundamental es la búsqueda del placer. La libido es una corriente energética que parte del organismo hacia objetos del mundo que satisfagan los empujes constitutivos de los que ya se ha hablado. Según Fairbairn, la libido busca fundamentalmente el objeto. La motivación fundamental de la experiencia humana es la conexión con otros, ese es el fin en sí mismo. Esa perspectiva ofrece una explicación diferente a la compulsión a la repetición, es decir, a la tendencia a repetir experiencias dolorosas, ya que la libido en Fairbairn es más adhesiva que plástica, esto es, una vez establecida la relación con objetos del mundo, tiende a mantenerse (Mitchell & Black, 2005[1995]). Lo anterior explicaría por qué el niño permanece fijado a relaciones destructivas y poco gratificantes con padres que, por ejemplo, lo maltratan.

Este enfoque apunta directamente a un aspecto de necesaria revisión en una investigación que pretenda evaluar la etiología de la agresividad en niños y niñas de edades tempranas. Si se acepta que el niño nace para relacionarse, esto es, que está orientado de manera primordial al establecimiento de vínculos y que esos vínculos van a interiorizarse en representaciones que estructurarán experiencias afectivas, entonces puede suponerse que la agresividad también estaría explicada en parte como la exteriorización de un mundo interno en el que esos lazos han sido representados de tal manera que han estructurado un espacio psíquico caracterizado por el caos y la ausencia de gratificación. En ese sentido, los esfuerzos en la recolección de la información no deben descuidar técnicas propicias para que ese mundo psíquico del infante sea presentado al investigador.

⁴ Freud mantiene a lo largo de su obra una distinción que vale la pena mencionar para comprender mejor su concepto de libido. Distingue libido e interés, esto es: pulsión sexual de pulsión yoica, o entre libido yoica y libido de objeto. Para él, esta tesis es la única que puede resolver los problemas teóricos presentados en el estudio de lo que denominó *neurosis narcisísticas*; patologías en las cuales parece sustraerse todo interés de amor por el otro, como la *dementia praecox* (esquizofrenia). A este respecto, ver *Conferencias de introducción al psicoanálisis, parte III, Doctrina general de las neurosis* (1917 [1926-17]).

En efecto, las relaciones con el objeto, esto es, con la representación psíquica de los otros significativos a lo largo de la vida, están en la escena tras bambalinas de la organización del mundo interno, si se tiene en cuenta, además, que es en las relaciones en las que adquirimos la experiencia subjetiva de individualidad. Así que, además de las características de los vínculos, aparecen la representación de los objetos y la relación que se establece con ellas como un vector fundamental para una comprensión posible de los comportamientos agresivos que irrumpen en el universo social en el que están inscritos los niños y niñas.

Los aportes de la self-psychology

En los años setenta, H. Kohut (1971) aportó una reformulación a algunas de las ideas freudianas a partir del concepto de narcisismo, si bien varios teóricos han criticado su obra por suponer que su énfasis en el fundamento de la organización del self en la experiencia humana lo llevó a subestimar el rol primario de los conflictos de envidia, separación y dependencia (Klugman, 2002). Hizo énfasis en el entorno traumatizante de las experiencias infantiles tempranas de los sujetos, en lugar de las tensiones eróticas y agresivas. Para él, la agresividad no es una expresión pulsional sino el resultado de una gran vulnerabilidad.

El gran aporte de este autor, junto con E. Erikson, otro exponente de la psicología del self, fue poner el acento del origen de la subjetividad humana más allá del concepto clásico del yo. El yo, en su condición de instancia mediadora, está siempre implicado en la lógica conflictiva entre las tensiones biológicas, la sociedad y la moral. Por su parte, estos autores establecieron marcos referenciales novedosos en los cuales sientan las bases para pensar una subjetividad personal más profunda (Mitchell & Black, 2005). De cierto modo, ambos aparatos teóricos son complementarios: Erikson exploró al individuo en su contexto social y cultural, Kohut profundizó en el aspecto de la “mismidad”.

Para Kohut, lo que marca el sufrimiento humano es el aislamiento; el hombre que sufre no se encuentra sometido a la culpa y a la duda del neurótico freudiano sino a un rumbo vital sin sentido. Para el autor, los humanos están destinados a prosperar en un entorno social que debe brindar las experiencias necesarias para que un niño crezca no sólo a la manera de un humano sino con el sentimiento de ser tal, miembro activo de la sociedad y conectado con ella.

Podría decirse que el concepto central que distingue la teoría en la que se enmarca la obra de Kohut es el self. El self no debe confundirse con el yo, que es una instancia funcional de nuestro aparato psíquico. “De acuerdo con Kohut y Wolf (1978), el self, una estructura psíquica, es la entraña de

parte III, Doctrina general de las neurosis (1917 [1926-17]).

nuestra personalidad. Kohut (1971) afirmó que el desarrollo del self es un proceso que comienza en el nacimiento y depende del ambiente [...]” (Czuchta, 2004, p. 21).⁵ Por eso, el sufrimiento humano no está tan vinculado con el conflicto y su resolución, lo que aludiría básicamente al yo, sino con las dificultades que encuentra el self, dado que su “cohesión saludable se desprende de la interacción con aquellas figuras significativas en el ambiente de nuestra niñez temprana” (Czuchta, 2004., pág. 21)⁶.

Así, el otro aspecto que debe tomarse en consideración frente a la evaluación de un niño o niña a edad temprana está relacionado con las consecuencias que pueda tener el ambiente en el que se desenvuelve en la adecuada cohesión del núcleo de su personalidad. Las fallas que haya en este proceso desembocarán necesariamente en experiencias en las que el individuo no se siente a gusto consigo, con su vida, ni con los otros que le rodean. La agresividad de un niño estaría también relacionada con la construcción que ese niño está haciendo en su desarrollo de su propio ser, de su mismidad.

Del mismo modo, desde una perspectiva conocida como independiente y anterior en el tiempo, Winnicott (1896-1971) centra su foco de atención en la calidad de la experiencia subjetiva: “la sensación de la realidad interior, la planificación de la vida con un sentimiento de significado personal, la imagen de sí mismo como un centro diferente y creador de la propia experiencia” (Mitchell & Black, 2005 [1995], p. 206). Para este autor, los trastornos fundamentales de la identidad, del self, están originados antes de la fase edípica, incluso antes de la infancia tardía —en la cual había centrado gran interés Melanie Klein⁷ para explicar el origen de los trastornos depresivos—, se originan en las particularidades de las interacciones madre- infante. Para Winnicott, el ser humano nace como un ser a la deriva, sumido en una desintegración de sí mismo y de su experiencia del mundo, y el entorno o el ambiente que ofrece la madre es crucial para el surgimiento del existir personal. Sin embargo, la disposición de la madre frente a la criatura permite la integración progresiva de los aspectos no integrados del yo, lo cual progresivamente permitirá en el niño la experiencia de ser un ser individual y autónomo. Sobre esto, Winnicott plantea la importancia de la respuesta de la madre frente a las necesidades del niño: pero tal vez el rasgo predominante sea la disposición y la capacidad de la madre para despojarse de todos sus intereses personales y concentrarlos en el bebé; aspecto de la actitud materna que ha denominado “preocupación materna primaria” (Winnicott, 1960).

⁵ According to Kohut and Wolf (1978), the self, a psychic structure, is at the core of our personality, Kohut (1971) asserts that the development of self is a process that begins at birth and depends on the environment [...]

⁶ [...] a healthy cohesive self arises from the interaction with those significant figures in our earliest childhood environment [...]

⁷ Para Melanie Klein, el manejo exitoso de los primeros meses de vida lleva a organizar en el niño gradualmente el universo, ya que los procesos de escisión, proyección e introyección lo ayudan a ordenar las percepciones y a separar lo gratificante de lo frustrante (Segal, 1972).

Algunas anotaciones epistemológicas del Psicoanálisis Relacional

Para empezar, es adecuado señalar que la perspectiva epistemológica relacional intenta superar la dicotomía cartesiana clásica: *res cogitans*, *res extensa*.⁸ En ese sentido, Rodríguez Sutil (2007) propone que se trata de un enfoque epistemológico anticartesiano. A su juicio, este enfoque es un intento por superar la dualidad clásica que se ha dado en la ciencia entre sujeto y objeto, entre interior y exterior. Del mismo modo, y en una perspectiva claramente psicológica, trata de explicar el comportamiento humano más allá de una secuencia mecánica de acción- reacción, o de agente y paciente.

Ampliando lo anterior, este autor supone que el modo de relación con el otro ha sido propuesto por otros modelos como una “vía de dirección única” en la que la acción de uno tiene un efecto sobre otro y se transmite su efecto al modo de una cadena. A su juicio, en esta perspectiva —en la que la subjetividad del otro no es reconocida, en tanto uno es simplemente paciente y otro es agente y luego, en la eventualidad de alternar los roles, no hay ningún cambio significativo en el tipo de relación—, está inscrito el psicoanálisis clásico, así como la mayoría de estudios de la Psicología Cognitiva actual, eco de la metáfora computacional, en la que la mente del humano es análoga al ordenador.

De lo que se trata, como ya se había mencionado, es de la concepción que una u otra teoría tiene sobre el acaecer psíquico, es decir, sobre aquellas estructuras mentales en las que se soporta la vida subjetiva. Conceptos variados vienen a aportar a una discusión que no cesa: mente, psique, alma, espíritu, yo, sí mismo, personalidad, carácter, sujeto; todos son conceptos en los que han tratado de condensarse las diferentes representaciones teóricas y prácticas en las que se han soportado la investigación y la práctica psicológicas.

William James (citado por Rodríguez Sutil C. , 2002, p. 47) hace una síntesis de esta tradición conceptual que seguía en discusión en su época. Trató de diferenciar dos usos para la palabra yo o self, un uso como objeto y otro como sujeto. Al último le asignó dos posibilidades: el self como conocido o el mí, el yo empírico; y el self como conocedor, el yo puro. Supuso que el yo puro es un objeto de conocimiento mucho más abstracto y, por ende, más difícil de conocer. El mí, no sería más que la suma de todas las cosas que se pueden considerar propias: cuerpo, poderes, familia, cónyuge, hijos; mientras que el yo puro (al que también se llama yo pensador) sería aquel que es consciente de sí en todo momento, siendo el mí o yo empírico una de esas cosas de las que es consciente. Justamente, el alma, el yo trascendental o el espíritu son, en esta perspectivas, otros modos de denominar el yo pensador. Finalmente, en la diferencia de ambos conceptos, de lo que se trata es de un cuestionamiento

⁸ Para Daniel Dennet (Leahey, 2005), Descartes resuelve un problema filosófico y metafísico propio de su posición como cristiano: el de mantener una postura según la cual pensar el alma humana era posible, pese a los influjos poderosos del mecanicismo (hombre máquina, según Luca D'ascia (2004)) que se había posicionado en el Renacimiento, a través del *teatro cartesiano*, metáfora en la que supuestamente habría un yo, suspendido en algún lugar del cuerpo humano viendo lo que ocurre en el mundo exterior, según lo que es proyectado por los sentidos en la pantalla de la conciencia. (Brigard, 2007), (Ruiz & Navarro, 2007).

sobre la realidad, en última instancia sobre cómo es que llegamos a tener una representación adecuada, valga decir, funcional sobre el mundo y sobre nosotros mismos, de tal manera que coincidimos con los demás en ambas.

Las posiciones teóricas del Psicoanálisis Relacional están más próximas al constructivismo social, cuyos exponentes más reconocidos son Berger y Luckman; a la construcción social de la realidad, de entre cuyos antecedentes diversos se destaca la escuela socio-histórica de Moscú (Vygotsky, Luria y Leontiev); al Interaccionismo Simbólico, en el que se reconocen los aportes de George Mead. Desde esta perspectiva, un constructo social es una emergencia de una sociedad o cultura específica. Es decir, en una sociedad, la realidad no puede suponerse independiente de los sujetos que la perciben; aun si luego tal constructo se da por sentado aparentemente sin importar las individualidades.

Un ejemplo de ello es el constructo que se tiene en la cultura antioqueña de éxito que está amarrado socialmente a sacar ventaja de situaciones adversas, e incluso de personas que son menos hábiles en los negocios, y a la idea social del “avisgado”. Esa realidad simbólica, construida socialmente y de cierto modo arbitraria, emerge en nuestro acervo cultural, pero propone también una realidad que es independiente de los individuos inscritos en ella, quienes deben posicionarse subjetivamente ante el mismo, como partícipes de la ideología propia de la vida antioqueña.

Rodríguez Sutil (2007) plantea que esta línea de pensamiento heredó su perspectiva del “perspectivismo”, de Nietzsche, por ejemplo, también de Ortega, según el cual “todo conocimiento depende del punto de vista de la situación; la realidad es construida desde la conjunción de todas las perspectivas. Pero el individuo es un punto de vista esencial, insustituible” (Rodríguez Sutil, 2007, p. 11). Esta misma concepción está también relacionada con la hermenéutica universal: “no hay hechos, sólo interpretaciones” (Grondin, 1991, p. 35. Citado por Rodríguez Sutil, 2007, p. 11).

A partir de la ya mencionada separación cartesiana de dos sustancias, mente y materia, se generaron dos intentos filosóficos diferentes, y de hecho antagónicos, para lograr la resolución de tal dicotomía: el racionalismo y el empirismo. El primero sostenía que la mente y sus estructuras innatas eran las organizadoras fundamentales de la experiencia del ser humano; la segunda daba prioridad al cuerpo y a los sentidos como fabricantes de tal experiencia.

Del enfoque racionalista surgen explicaciones sobre las motivaciones del comportamiento humano en las que el innatismo se antepone al ambiente. Los empiristas intentaron demostrar que los factores ambientales y los datos sensoriales eran los motivadores por excelencia. El Psicoanálisis Relacional postula, por el contrario, que sólo hay una sustancia, mente, pero que la mente es externa, un fenómeno social. En ese sentido, es una postura coherente con los aportes de Spinoza: sólo hay una sustancia, y mente y materia son dos expresiones de ella.

Wittgenstein hace un aporte importante a la discusión que se viene desarrollando. Según él, uno de los problemas más peligrosos para un filósofo es que “pensamos en nuestras cabezas, dentro de un espacio completamente cerrado, oculto” (Rodríguez Sutil, 2007, p. 13). Mental y material son dos categorías distintas, un gran error categorial sería buscar el espacio material en el cual pueda ser localizado “lo mental”. Una vez se le ha asignado ese espacio, como es la caja craneana en nuestra cultura —aunque Rodríguez Sutil señala que en otras culturas no es así—, se dota a la mente de características análogas a lo material.

En efecto, un supuesto común a las dos tendencias post cartesianas trabajadas hasta aquí, es que hay un lenguaje interno subjetivo, que podría ser producto de estructuras innatas, como lo propuesto por la lingüística formal, o por definiciones ostensivas internas, es decir, aquellas que establecen la relación entre signo y objeto (Rodríguez Sutil, 2007). Pero esa concepción, precisamente, apoya la tesis de la mente monádica o aislada. Esto es, suponer que existe una experiencia interna que por definición es inaccesible para el campo subjetivo del otro y que, por ende, remite a un espacio mental en el que mi yo está aislado del mundo.

Es en el lenguaje de las sensaciones donde esta dicotomía aparente se evidencia más. Es decir, en el lenguaje privado las palabras deben significar aquello que sólo yo puedo conocer, en tanto hablante. Ningún otro puede, por ello, entender ese lenguaje. En referencia, por ejemplo, al dolor: nadie puede saber si tengo o no efectivamente esa sensación, lo cual daría pie para apoyar la tesis de la experiencia subjetiva. Sin embargo, la pregunta que introduce Wittgenstein es aquella por la realidad de esa experiencia individual. No hay ninguna diferencia entre la ignorancia de las sensaciones del otro y cualquier otro tipo de ignorancia. Es que el lenguaje de las sensaciones se estructura de un modo similar al lenguaje de todas las demás cosas. Las palabras se conectan con la expresión primitiva de las sensaciones. El grito, por ejemplo, es reemplazado por la palabra correspondiente a “dolor”. Si no hubiera expresión humana para el dolor, no sería posible enseñarle a un niño la expresión “dolor de estómago”, pero en tanto usamos las expresiones lingüísticas propias para ese fenómeno estamos sujetos a un conjunto de reglas lingüísticas que en modo alguno pueden corresponder a un lenguaje privado. Vigotsky muestra que sólo existe lenguaje interno cuando el lenguaje externo, social, se interioriza (Citado por Rodríguez Sutil, 2007).

De hecho, siguiendo a Rodríguez Sutil, es carente de sentido, en la teoría de Wittgenstein, hablar de imagen interna, pues ésta no tiene estabilidad, excepto si adquiere sentido en el flujo de la vida social. Por eso, puede decirse que hay un traslado de la importancia de las representaciones, hacia la comunicación interpersonal. “La imagen interna es subsidiaria de la imagen externa, la auténtica, y, en último extremo, del lenguaje” (Rodríguez Sutil, 2007, p. 16).

El otro gran concepto que puede hacer un aporte a la reflexión frente al soporte epistemológico del Psicoanálisis Relacional es el de Dasein, de Heidegger (Rodríguez Sutil, 2007). Obsérvese la siguiente cita:

El estar es ser-en-el-mundo, es decir: él “es” su mundo, es a partir de estar familiarizado con el mundo. Y si no es un objeto que viene a darse en el “mundo”, en la suma total de lo ente, tanto menos es un sujeto carente de mundo a partir del cual, como desde Descartes se había venido intentando continuamente, hubiera de tender primero el puente hacia el “mundo”. Más bien el ser, en cuanto ser-en-el- mundo, está ya siempre en las cosas, así como siempre con otros. El estar no es un yo que tuviera que acoger en sí la referencia a otros hombres, sino que está primariamente en el ser-con- otros. (O. Poger, 1886, p. 56 Citado por Rodríguez Sutil, 2007, p. 16).

Esta sentencia supera de manera pasmosa la dicotomía entre esencia y existencia. Si el existencialismo, por ejemplo, propone que la existencia precede a la esencia, es porque se sostiene la división entre esencia-existencia, sujeto-objeto, interior-exterior. El cuño con el que es propuesto este concepto (Dasein, “el estar”) en Heidegger es precisamente que esencia y existencia no son realidades dispares sino facetas de espacio-tiempo humano. La esencia, en esta perspectiva, residiría en la propia existencia, y esta existencia está inseparablemente integrada en el mundo de la relación con los otros: “La “esencia” de este ente [el Dasein] está en su “ser relativamente a”. El “qué es” (essentia) de este ente, hasta donde puede hablarse de él, tiene que concebirse partiendo de su ser (existencia) (Heidegger, 1927, ST§ 9, p. 54. Citado por Rodríguez Sutil, 2007, p. 16).

Por lo tanto, no se puede una subjetividad sin mundo. Tampoco es posible que haya un yo sin relación con los otros. Incluso, una relación subjetiva no puede confundirse con un estado interno cerrado sino que es una forma peculiar de estar en relación con el mundo.

Pero, otra consecuencia importante en el contexto investigativo para el que este artículo sirve de corolario: tras las lecturas de Heidegger, propone Rodríguez Sutil, se sabe que el término griego “fenómeno” quiere decir “lo que se muestra”, lo patente, lo que se saca a la luz (Rodríguez Sutil, 2007, p. 17). Esa suposición, coherente con el constructivismo, señala que la realidad no es trascendente, tampoco es pura creación nuestra: es construida, pero no de la nada, los fenómenos no se dan de forma completa e inmediata: se van dando. “un fenómeno puede estar oculto de dos maneras: todavía no descubierto, o enterrado, estuvo descubierto pero volvió a quedar cubierto. Lo que está enterrado en parte, se nos muestra en la forma del “pare ser”...lo que implica graves formas de confusión y engaño” (Rodríguez Sutil, 2007, p. 17).

En consecuencia, es necesario contraponer la verdad como descubrimiento (aletheia en griego) a otras formas de percibir y definir la verdad. Por ejemplo, a la concepción de verdad como correspondencia (una verdad como correspondencia de un enunciado con la realidad a la que se refiere), aceptada por el empirismo y el positivismo. Wittgenstein decía que no basta con que una verdad sea coherente con el conjunto proposicional, sino que está inserta en una forma de vida (Rodríguez Sutil, 2007). Esta posición añade un aspecto activo y práctico a la percepción epistemológica de verdad.

Heidegger, además, en relación cercana con la *aletheia*, propondría que “una proposición es verdadera cuando descubre el ente en sí mismo, cuando muestra, cuando permite ver al ente en su estado de descubierto; no se trata, afirma Heidegger, de una concordancia entre el conocer y el objeto, en el sentido de la adecuación de un ente (sujeto) a otro (objeto)” (Rodríguez Sutil, 2007, p. 17).

En la experiencia clínica del Psicoanálisis Relacional también se procura superar términos como transferencia, contratransferencia, resistencia, entre otros. Se prefiere hablar de la sesión como un campo interactivo, un espacio transicional, algo co-creado por el analista y el analizando en un proceso mutuo. Por ello, el concepto de verdad que más puede aplicarse es el de descubrimiento: lo que es descubierto es aquello novedoso que surge entre dos personas en relación.

De acuerdo con lo hasta aquí expuesto, un reto enorme es planteado para la investigación en Psicoanálisis Relacional: evitar las antiguas referencias a la realidad interna como categoría para denominar el mundo psíquico. En palabras de Rodríguez Sutil, el uso social del término representación, como un modo de descripción y comprensión del comportamiento no quiere decir que ese concepto, en cuanto tal, sea el componente esencial del psiquismo. En ese sentido, el Psicoanálisis Relacional se aparta de las posturas filosóficas de Hebart, Brentano, Husserl y de la Psicología que se deriva del concepto de intencionalidad. Para este autor, el auténtico Psicoanálisis Relacional será aquel que logre apartarse del concepto de “representación interna” y sus derivados, como “objeto interno”. De hecho, este autor supone que las entidades psíquicas deberían pasar a un segundo plano, pues la Psicología, en su sentido más estricto, sería en su comienzo una Sociología. Según esta concepción la realidad no está determinada por instintos o pulsiones heredadas e inmodificables, sino que el grupo es la realidad primaria.

La particularidad de este enfoque lleva a la consideración de una epistemología psicoanalítica del límite. Quiere ello decir que es complicado encontrar un soporte unívoco en sus concepciones de verdad y representación que pudiera centrarse en un modelo investigativo aplicable en diferentes circunstancias. Podría decirse que tanto el concepto del psiquismo como el de la investigación deben considerarse a partir de realidades heterogéneas y de naturaleza compleja. Fiorinni plantea lo anterior diciendo que en la filosofía contemporánea debe tomarse el límite en sí como un objeto de conocimiento.

La diversidad que tal límite une ya la vez deslinda sólo puede ser comprendida desde un pensamiento serial que pueda generar concordancia en la disparidad. En esta perspectiva, el psiquismo humano está conformado por una serie de instancias que arman su propio mundo en oposición al mundo de las otras instancias (Fiorinni, 2006).

Bleichmar (2008) coincide en lo anterior y propone su modelo Modular transformacional. A su juicio, debe superarse una aproximación a los problemas teóricos del psiquismo a partir de categorías estancadas y lograr una en la que se tomen en cuenta los múltiples sistemas motivacionales,

los módulos que en interjuego hacen los engranajes de la actividad psíquica. Esta es una descripción compleja del psiquismo que intenta, a su vez, tener en cuenta la complejidad de cada uno de esos sistemas que se componen de subsistemas cuyo funcionamiento estructural difiere de la complejidad estructural de otros.

Esta perspectiva, además de complejizar el modelo de comprensión del psiquismo, se relaciona con los aportes epistemológicos que ya se han señalado. Es decir, una concepción compleja, límite del acaecer psíquico, involucra diseños investigativos que apunten a tal complejidad. Al mismo tiempo, el modelo externalista defendido por los autores representacionales provoca una perspectiva novedosa en la comprensión del papel del lenguaje en la experiencia terapéutica y, por ello, investigativa. Para Coderch (2001), el lenguaje debe dejar de ser considerado como un mero instrumento que permite la comunicación entre paciente y analista, según lo cual, el paciente comunica lo que hay en su mente y el analista formula hipótesis al respecto, para tenerlo en cuenta como algo mucho más complejo que toma lugar en las posibilidades del cambio psíquico y en el establecimiento de una relación transformadora en la que la Psicología de dos personas se encuentra en un espacio con fines específicos. A su vez, la tesis del cambio psíquico, suposición central de las psicoterapias psicoanalíticas, supone el concepto de estructura (Coderch, 2001), esto es, la posibilidad de que la configuración y el funcionamiento de la mente sean modificados de alguna forma. Pero ya se ha insistido en el hecho ineludible desde múltiples perspectivas teóricas que la estructuración psíquica se da en etapas tempranas de la infancia.

Ello plantea dos perspectivas en la investigación: se presta atención al estudio de los aspectos relacionales (y por ende lingüísticos, hermenéuticos) de la situación analítica y al gran valor de las experiencias tempranas. Esos dos serían los campos sobre los que se mueve la investigación contemporánea en Psicoanálisis Relacional. El estudio que se propone está inscrito justamente sobre uno de ellos, lo cual demuestra su relevancia.

Ahora, en esa perspectiva, se debe tener en cuenta que las categorías utilizadas en tales estudios estarían siempre formuladas en función de la delimitación del campo relacional en el cual se construye la realidad del sujeto. Por ello, los métodos de recolección de la información deben siempre tener como vector de análisis el hecho de que el mundo representacional expuesto no es interno, en el sentido ortodoxo del término, sino que da cuenta de un movimiento de ida y vuelta en el que el niño está inscrito en su interacción con el mundo.

La agresividad como un fenómeno, algo presentado, sería una emergencia construida en la relación entre el niño y su entorno. Es decir, que si quisiéramos comprender tal fenómeno, en el sentido de Dilthey (1978) sería necesaria la obtención de una información que no se centre de modo exclusivo y, según este enfoque, miope en su delimitación conceptual.

Debe tenerse en cuenta que es posible encontrar diferentes tipos de artículos sobre investigaciones en torno a niños y que éstos dependerán necesariamente del enfoque teórico que tengan los investigadores y de las bases teóricas en las cuales se soporten. Hay cuatro orientaciones teóricas que se mantienen como epicentro de los desarrollos en torno al psicoanálisis infantil (Cena, 2009). El primero de ellos es el de Melanie Klein, para quien el ser humano es un ser en conflicto y, por tanto, en permanente angustia. Para esta autora no hay posibilidades de conceptualizar un niño sano, sino un niño enfermo, por lo cual el Psicoanálisis infantil sería el único escenario privilegiado para la prevención.

Anna Freud, en oposición a Klein, introduce la idea de un niño con una potencialidad que puede desplegarse totalmente y sin interferencias, es decir, es posible un niño sano: hay una posibilidad indudable de desarrollo normal. Anna Freud sostiene que es posible que la prevención de la salud abra un abanico extenso de posibilidades que van desde la familia, lo pediátrico, lo educativo hasta lo social.⁹

Para Winnicott, la angustia es producto de una falla maternante temprana. El niño debe ser sostenido para que desarrolle una sensación de continuidad del ser y el sentimiento de confianza básica que permite acceder al área transicional, inicialmente, y luego al área simbólica, a su potencialidad creativa. Desde esta perspectiva, por ejemplo, la psicopatía se explica como un intento de reparación que hace un sujeto, como un reclamo a un ambiente que no le facilitó el sostenimiento suficiente.

Por último, para la perspectiva lacaniana, el niño es pensado como sujeto, está ubicado en la constelación del deseo de sus padres y, por ende, en la resolución de las desavenencias de la castración a la que el lenguaje somete al sujeto humano. En esta lógica significante, el niño es un síntoma de la pareja de los padres y denuncia, en su pathos, lo que cojea entre ellos. En esta perspectiva, el niño nace a una estructura lingüística en la que está marcado como el significante de la falta con la que sus padres han resuelto el Edipo. Pero, además, el niño también está ubicado en una relación frente al lazo social en el cual está inscrito, por lo que las categorías con las que puede leerse su malestar también pueden señalar un desarreglo con la cultura, con la educación o con la comunidad, con los modos discursivos que hacen presencia en su cotidianidad. En esta perspectiva, el niño está en una estructura simbólica en la que puede responder desde la denegación de la falta, desde el rechazo absoluto de ella o como forclusión¹⁰ de la misma, es decir, el niño elige forzosamente su posición subjetiva como síntoma o como realización del objeto de goce del Otro (Solano Suarez, 1992).

⁹ La perspectiva de Anna Freud se cuenta dentro de la Psicología del yo. Una Psicología que toma al yo como objeto de observación y que describe sus funciones. González de Rivera y De las Cuevas (1992) muestran la importancia de la valoración del yo y de su funcionamiento para una evaluación psicodinámica de las patologías que vaya más allá de la nosología psiquiátrica, basada en signos, síntomas y niveles de funcionamiento. Así, proponen adoptar el protocolo propuesto por Bellack, en el que se valoran 12 funciones yoicas en función de un diagnóstico integral del sujeto: contacto con la realidad, juicio crítico, sentido de la realidad del mundo y sí mismo, regulación y control de impulsos, relaciones objetales, procesos cognitivos, regresión adaptativa, mecanismos de defensa, filtro de estímulos, funcionamiento

La siguiente sección del presente artículo se centrará en el aspecto metodológico de las investigaciones en Psicoanálisis Relacional, señalando los diseños más actuales y los problemas conceptuales de ocupación más frecuente.

Algunos estudios sobre el tema

Uno de esos estudios es especialmente ilustrativo para comprender el estado actual de la investigación psicoanalítica sobre niños (Raznoszczyk de Schejtman et al., 2004). En este estudio se observó la diada madre-bebé en 40 casos, para evaluar su regulación afectiva. Los investigadores realizaron un microanálisis de 3 minutos de interacción cara a cara madre-bebé y 5 minutos de juego libre. Estudiaron, además, la autoestima de la madre a través de una entrevista y de instrumentos autoadministrados. Les interesaba la relación que existe entre la expresividad de la madre y la del bebé, así como la expresividad y la autoestima de la madre en relación con el género de los bebés.

El método de recolección de la información fue la filmación consentida por las madres.

Este esfuerzo metodológico apunta a la descripción de procesos interactivos de desarrollo de las características subjetivas de niños, en concordancia con su ambiente relacional. Éste es uno de los aspectos metodológicos, tal como se sugirió antes, que más relevancia adquiere, según puede verse en las fuentes disponibles.

Sobre este mismo aspecto, hay un estudio desarrollado en Caracas, Venezuela, que trata de hacer un aporte a la comprensión de la relación entre agresividad y tipos de apego¹¹ (Brando, Valera, & Zarate, 2007). Este estudio tenía como objetivo la descripción y exploración del apego y la agresividad en adolescentes entre 12 y 14 años. Para tal fin se ejecutó una investigación de tipo transeccional descriptiva con diseño no experimental. Los investigadores utilizaron el Test Pata Negra¹², de L. Corman, y con él lograron describir los tipos de apego de acuerdo con la puntuación de cada sujeto en las categorías que lo componen, el Test de psicodiagnóstico de Rorschach¹³ y la entrevista clínica. La muestra que utilizaron fue de 30 sujetos, 15 mujeres y 15 varones. El muestreo fue de tipo no probabilístico accidental, ya que no todos los sujetos de la población tenían la misma probabilidad de ser escogidos.

sintético-integrativo, funcionamiento autónomo y competencia-dominio.

¹⁰ Concepto elaborado por Lacan para designar el mecanismo específico de la psicosis por el cual se produce un rechazo de un significativo fundamental, expulsado afuera del universo simbólico del sujeto (Albaya, 2004).

¹¹ El apego está definido como una conducta según la cual un individuo busca la proximidad y protección de otra persona considerada como más fuerte (Vernengo, 2009). "La teoría del apego está formulada para explicar ciertas pautas de conducta características no sólo de los bebés y los niños sino también de los adolescentes y adultos, que fue anteriormente conceptualizada en términos de dependencia y sobredependencia" (Bowlby, 1988).

¹² Test proyectivo atribuido a Louis Corman en 1982. Utiliza 16 láminas para que los sujetos elaboren historias sobre cada una de ellas. El test presenta, en dichas láminas, dos cerdos grandes y tres más pequeños en diferentes actitudes. Es también frecuente que los investigadores, de acuerdo con sus intereses, seleccionen algunas de las láminas y no todas.

Es notorio que ambas investigaciones utilizaron algunos test proyectivos y categorías teóricas para su análisis. En ambos casos la muestra es relativamente pequeña, por lo que se ubica dentro de metodologías cualitativas. Llama la atención que haya habido entrevistas clínicas, lo cual apunta a una necesidad notoria de utilizar herramientas hermenéuticas de análisis en tanto esa experiencia arroja un material eminentemente discursivo que requiere ser interpretado.

Sobre el apego también se publicó otra investigación realizada en Chile (Méndez & González, 2002). De una población total de 8.542 menores, los investigadores seleccionaron con criterios intencionados y no probabilísticos una muestra de 58 individuos que presentaban de modo formal o informal criterios para el diagnóstico de algún trastorno del comportamiento perturbador. A los menores se les aplicaron, en conformidad con su diagnóstico y sus síntomas, diferentes pruebas de tipo cuantitativo que luego arrojaron datos estadísticos utilizados para la definición de los hallazgos. La investigación mostró que el patrón de apego con más prevalencia era el de tipo ansioso, con un 38.3% de prevalencia.

Lo que debe señalarse de esta investigación es que utiliza unos referentes conceptuales psicoanalíticos, pero hace un estudio cuantitativo, lo cual es atípico dentro del acervo de textos que aparecen sobre el tema. Ello abre una posibilidad interesante para pensar metodologías alternativas que permitan el diálogo con disciplinas de tradición empírico analítica, e incluso con posturas psicológicas atravesadas por la neuropsicología.

Otra modalidad de investigación es descrita en una investigación publicada en 2007 (Kachele, y otros, 2007). Parte de un contraste con el método tradicional de publicación de casos para fines académicos. Normalmente, esta información es publicada en viñetas clínicas. Los investigadores utilizaron un estudio intensivo de un caso único para realizar un estudio continuado multinivel que proponen denominar, siguiendo a Wallerstein y a Sampson, como “muestra de caso”. Los investigadores debieron seleccionar un caso, que cumpliera con criterios de su interés y fuera relevante en el desarrollo de la teoría psicoanalítica relacional y grabar las sesiones, luego transcribirlo e indexarlo. El objetivo de este tipo de estudios es la descripción sistemática de diferentes aspectos y dimensiones de los procesos psicoanalíticos y usar los datos descriptivos del proceso para examinar hipótesis generales. Los investigadores, en este estudio, señalan la pertinencia de esta metodología microanalítica para describir de modo claro, para identificar y conceptualizar, los procesos de cambio propios del proceso psicoterapéutico.

Siguiendo la misma lógica, Maldavsky et al. (2007) proponen estudiar una entrevista de un paciente denominado como Z, originalmente analizado por Donnet y Green desde la perspectiva freudiana de intersubjetividad. Lo novedoso de este estudio y lo que a su vez hace una contribución interesante a la perspectiva investigativa que se ha decidido seguir en esta investigación es que se tie-

¹³ El test de Rorschach está dentro de los test de apercepción de formas y estructuras. Es una técnica de evaluación y diagnóstico de carácter proyectivo en la cual el sujeto se enfrenta a una serie de 10 láminas, 5 acromáticas, 3 cromáticas y 2 negro-rojas. La prueba consiste en que el sujeto interpreta las formas accidentales, es decir, unas imágenes sin configuración determinada.

nen en cuenta las erogeneidades y las defensas tanto del paciente como del terapeuta a partir de lo que los teóricos han denominado el Algoritmo David Liberman (ADL). Se tienen en cuenta, por tanto, las relaciones extra- transferenciales del paciente y también las que establece al interior de las sesiones, pero, al mismo tiempo, analizaron las intervenciones del terapeuta y su eficacia.

Esta investigación incluye conceptos que merecen tenerse en cuenta para mostrar de manera clara algunos adelantos técnicos de la investigación relacional.

El Algoritmo David Liberman (ADL) es un método diseñado para detectar las fijaciones pulsionales (erogeneidades) y defensas¹⁴ en el discurso (Maldavsky, Cantis, De Durán & García, 2007). Toma en cuenta dos niveles del discurso: relato y actos de habla.¹⁵ En ambos casos trata de rastrear escenas que son narradas o desplegadas al hablar. El análisis de los actos de habla está orientado a la investigación de la relación transferencial.

El concepto de erogeneidades está directamente relacionado con las intenciones metodológicas para analizar la subjetividad y la intersubjetividad de sujetos en el contexto investigativo de la clínica. Está relacionado con métodos de análisis discursivo junto con el concepto de defensa, como ejes centrales de la subjetividad y la intersubjetividad. El método estudia el discurso¹⁶ en tres niveles: palabra, actos de enunciación y relato (Maldavsky, 2005). En estos tres niveles procura detectar el mismo universo de significaciones, utilizando herramientas de diversa índole: diccionarios computarizados, análisis conversacional, estudios semióticos y lingüísticos de relatos, enfoques retóricos en poética y en argumentación. Para el nivel de las erogeneidades se propone utilizar diferentes códigos, en el nivel de las palabras se suele utilizar un análisis computarizado y para las defensas se sigue una serie de pasos que permiten delimitar cuáles defensas son utilizadas y si son exitosas o, por el contrario, su función es un fracaso. Los investigadores pueden utilizar sólo uno de esos instrumentos, por ejemplo, el que permite investigar relatos, y a veces se concentran sólo en las erogeneidades.

Las últimas siguen un patrón de agrupación semántica que incluye el siguiente conjunto: libido intrasomática, oral primaria, sádico anal secundaria, sádico anal primaria, sádico anal secundaria,

¹⁴ Se trata de los mecanismos de defensa trabajados por Anna Freud en su estudio del yo y de sus funciones al interior de la vida psíquica (Freud A. , 1997) y definidos como una de las funciones del yo para la resolución de conflictos dinámicos. Para Kernberg (1987), los mecanismos de defensa son un criterio para diferenciar la estructura neurótica de la personalidad de las estructuras psicóticas o borderline. Los mecanismos de defensa más conocidos son: represión, escisión, idealización primitiva, proyección, negación, omnipotencia, devaluación, identificación.

¹⁵ Acto de habla es un concepto de la teoría lingüística pragmática. Hace alusión a la acción que se realiza cuando se emite un enunciado. Al respecto Andrade (2009) dice: "el significado de un enunciado, como una forma de acción, y como un producto de un acto verbal puede interpretarse independientemente. Como acto ilocucionario, o acto de habla, puede denominarse el enunciado - acción, y como enunciado, el producto lingüístico de ese acto. Al decir, por ejemplo, "por favor, cierra la puerta", el sujeto está haciendo uso del lenguaje, construyendo una unidad verbal con sentido que cumple con ciertas reglas lingüísticas, pero, al mismo tiempo, está haciendo algo, está intentando un cometido: cerrar la puerta por intermedio de alguien, está haciendo algo con las palabras". Véase también el texto de María Victoria Escandell (1993), *Introducción a la pragmática*.

¹⁶ Dos definiciones de discurso pueden traerse a colación. Jager (2003) cita a dos autores que pueden dar luces: la primera: "un concepto de habla que se encontrará institucionalmente consolidado en la medida en que determine y consolide la acción y, de este modo, sirva ya para ejercer el poder (Link, 1983, p. 60) y la segunda: "el fluir del conocimiento - y de todo el conocimiento societal acumulado- a lo largo de toda la historia" (Jager 1993 y 1999). De este modo, el discurso puede ser comprendido como un complejo conjunto de actos lingüísticos en ocurrencia simultánea y en interrelación que se manifiestan en ámbitos sociales de acción a través de estructuras semióticas (orales, escritas, en una palabra: textos) (Woodack,2003).

fálico uretral, fálico genital. El núcleo del análisis de este aspecto es la categorización sistemática de las escenas en las que un individuo se inserta y, a su vez, coloca a los otros, así como las posiciones que en dichas escenas el narrador puede ocupar. Esas escenas se acompañan de una representación del ideal y del grupo, del espacio y del tiempo, de los ayudantes, de los objetos, de las acciones, de los estados, etc. Las escenas propias de cada una de ellas se pueden categorizar de acuerdo con marcos secuenciales narrativos: un estado de equilibrio que es roto por.; el despertar de un deseo, a lo cual sigue.; La tentativa de consumir un deseo y las consecuencias de esta tentativa, así como un estado final. La tesis de esta perspectiva es que en toda secuencia narrativa se pueden distinguir dos estados: uno inicial y otro final y tres estados intermedios: el despertar de un deseo, la tentativa de consumirlo y las consecuencias de ello.

La investigación anteriormente descrita muestra claramente otro horizonte investigativo y metodológico en Psicoanálisis Relacional. Lo particular es que claramente se evidencia la perspectiva epistemológica que se había señalado cuando Coderch (2001) indicaba el papel del lenguaje en la experiencia clínica. De un lado, es al discurso y al ámbito de las narraciones a donde se dirige la atención para el análisis; de otro lado, se incluye al terapeuta en el análisis para describir las vicisitudes de la relación terapéutica y de su papel en el cambio psíquico.

El uso del ADL permitió a Kaufmann (2007) realizar un estudio con niños que presentaban síntomas autistas.¹⁷ La intención de este estudio fue la sistematización de su práctica clínica, mostrando una experiencia que logró la remisión de algunos síntomas de autismo infantil en niños pequeños. El estudio utilizó un diseño exploratorio longitudinal que se comprendió bajo la modalidad de estudio de casos. La muestra incluyó tres niños, entre dos y tres años, con signos clínicos de autismo. Los resultados de la investigación permitieron a la autora señalar algunas particularidades del vínculo entre padres y niños con tales síntomas, mostrando las afectaciones que puede sufrir dicha relación cuando las contingencias orgánicas de un niño le han llevado a ser rotulado bajo la categoría diagnóstica de autismo. Kaufmann utilizó el ADL para corroborar la validez de un instrumento de su autoría, diseñado para complementar la información del diagnóstico y la evolución del proceso psicoterapéutico.

Como ya se ha mostrado, los estudios actuales también pueden utilizar categorías que se estimarían exclusivas para pensar el psiquismo infantil con el fin de analizar casos de la vida adulta. Buchheim y Kachele (2008) presentaron un estudio de caso con una paciente diagnosticada con trastorno narcisista de la personalidad y con organización límite. Para entrevistar a la paciente se utilizó la Entrevista de Apego Adulto (Kaplan & Main, 1985) con el fin de evocar pensamientos, sentimientos

¹⁷ El trastorno autista está clasificado dentro de los trastornos generalizados del desarrollo. Se diagnostica en la infancia y se caracteriza por síntomas como regulación deficiente notoria de la interacción social, carencia de relaciones con pares de manera apropiada para el nivel de desarrollo, ausencia de búsqueda de otros para compartir logros, intereses o placer, ausencia de reciprocidad social o emocional, retraso o ausencia del desarrollo del lenguaje hablado que no trata de ser compensado mediante el uso de gestos. (Morrison, 2008)

y recuerdos sobre experiencias tempranas de apego y examinar el estado psíquico en referencia al apego; seguro-autónomo, negador, preocupado y no resuelto. El estudio del caso detalla fragmentos enteros de las sesiones psicoterapéuticas para luego realizar el análisis categorial de acuerdo con la teoría del apego y las especificidades del instrumento utilizado.

Otro instrumento de uso reciente y con fines similares es conocido como Sistema diagnóstico operacionalizado (Cierpka, Stasch, Grande, Schauenburg, & Rost, 2010). Se trata de un inventario diagnóstico de origen alemán. El sistema OPD se basa en cinco ejes para el diagnóstico psicodinámico: experiencia de enfermedad y prerrequisitos para el tratamiento; relaciones interpersonales; conflicto; estructura; y diagnóstico sindromático. Se utiliza una entrevista semiestructurada, aunque hay quienes también recomiendan, en su lugar, la utilización de una entrevista flexible en modalidad abierta, no estructurada, dependiendo del grado de experticia del clínico y del caso al que se enfrenta. Lo que separa este instrumento de otros meramente descriptivos es que un buen uso del mismo autoriza, además, una planificación y focalización del proceso terapéutico, lo cual lo lleva desde un instrumento de diagnóstico multiaxial hasta una herramienta clínica de uso mixto.

Otra modalidad investigativa intenta contrastar de manera empírica los logros psicoterapéuticos. Un ejemplo de ello se da en un caso de agorafobia (Milrod et al, 2007). Este estudio pretendió determinar la eficacia de la psicoterapia psicodinámica centrada en la angustia frente a un tratamiento de entrenamiento aplicado en relajación. Se realizó un ensayo clínico aleatorizado y controlado de un número de 49 adultos, entre 18 y 55 años, que presentaban un trastorno de angustia primario. Todos los individuos asistieron a un tratamiento psicoterapéutico psicoanalítico o un tratamiento aplicado de relajación en dos sesiones semanales durante 12 semanas. Según los resultados del estudio, los pacientes que recibieron el tratamiento psicoanalítico presentaron una reducción significativamente superior de los síntomas y además mostraron un cambio positivo en su actividad psicosocial.

Este tipo de estudio no es muy frecuente, pero presenta una innovación respecto de las modalidades clínicas clásicas. En esas perspectivas se tiende a una prevalencia de los estudios individuales en la clínica en la modalidad de estudio de caso único. Pero, en este caso, aunque el estudio es eminentemente clínico juega con una metodología cuasi experimental en la que el diseño apunta a resultados de corte cuantitativo. Este tipo de estudios, frecuentes en la tradición médica, incorporan categorías que antes serían anatema para los contextos académicos del psicoanálisis: prevalencia y eficacia, por tanto, muestra, de alguna manera, un camino por el que puede avanzar la investigación psicoanalítica.

Discusión

Una vez realizada la revisión consignada en este artículo se evidencia la pertinencia que tiene el paradigma relacional en Psicoanálisis para el estudio del fenómeno que interesa a la investigación. El hecho de que la investigación pretenda abordar niños entre 6 y 7 años muestra la posibilidad de hacer un aporte a un tema tan sensible como es el desarrollo infantil.

En el mismo sentido, se encontraron algunas fuentes bibliográficas en las que diversos autores utilizaban categorías pulsionales y relacionales para describir fenómenos de interés, lo cual apunta a una realidad que debería ser ineludible para el contexto académico de Medellín: las dicotomías conceptuales, tan radicales allí, son de poco uso y pertinencia en otras latitudes y, más bien, contribuyen en muy poco al desarrollo de las investigaciones psicológicas y psicoanalíticas. Fruto de esa dicotomía es, al parecer, la denominación de Psicología Dinámica que tanta confusión genera en el medio, pues, la información sobre ella es escasa en medios impresos y electrónicos. Es que es posible que esa apreciación sea producto de la necesidad de mantener el nombre Psicoanálisis como patrimonio de un selecto grupo de personas y de un movimiento particular.

También es necesario tener en cuenta la necesidad de considerar las consecuencias metodológicas del enfoque relacional y de su epistemología externalista. Tener en cuenta el lenguaje como posibilitador de la creación de la realidad y como vehículo para el cambio psíquico interactivo nos formula nuevos retos en la investigación, tanto clínica como de campo. Nos reta a tener en cuenta al terapeuta y al cuidador, en el caso de los niños. Al mismo tiempo nos exige modalidades de observación que superan la entrevista y la aplicación de instrumentos, pues nos lleva a tener en cuenta que la realidad psíquica no es interna sino interactiva y transicional.

Así, hay una exigencia también de superación de soportes conceptuales que atan el análisis y limitan la observación, en tanto sólo permiten una visión monádica de la psique que no se corresponde con la evidencia de que no es posible devenir sujetos sin otro.

Conclusiones

El concepto de Psicología Dinámica debe ser reemplazado, para lograr un entendimiento con los aportes teóricos contemporáneos, por el de Psicoanálisis Relacional o Psicoterapia Psicoanalítica.

El Psicoanálisis Relacional se distancia del paradigma pulsional en que la estructuración de la psique se da por las relaciones y no por unos impulsos irreductibles.

El paradigma relacional en Psicoanálisis reclama un piso epistemológico independiente en el que se distinguen los aportes de Nietzsche, Wittgenstein, Heidegger y Hegel; así como los enfoques sociohistóricos de Vigotsky, Leontiev y Luria y del constructivismo contemporáneo.

La investigación actual en Psicoanálisis Relacional apunta al trabajo en torno al desarrollo infantil y a los fenómenos relacionales de la clínica.

La metodología de análisis de información actual en Psicoanálisis Relacional exige proximidad con la hermenéutica y métodos de análisis discursivo que crucen la teoría pragmática con categorías de análisis propias del enfoque. Un ejemplo de ello es el ADL y, dentro de él, las erogeneidades.

Lista de referencias

- Albaya, P. (11 de Noviembre de 2004). Psicoanálisis: ayer y hoy. http://www.elpsicoanalisis.org.ar/numero2/psicoanalisis_ayer_y_hoy_n2.htm | Andrade, R. (2009). Análisis pragmalingüístico de la interacción verbal psicoterapéutica. Tesis para aspirar al título de Magíster en Lingüística. Medellín, Antioquia, Colombia: Universidad de Antioquia. Bleichmar, H. (2008). Avances en psicoterapia psicoanalítica. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Bleichmar, N. (1997). El Psicoanálisis después de Freud. México: Paidós.
- Bowlby, J. (1988). El papel del apego en el desarrollo de la personalidad. En J. Bowlby, Una base segura (pp. 140-158). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Brainsky, S. (1984). Manual de psicología y psicopatología dinámicas. Bogotá: Ed. Pluma.
- Brando, M., Valera, J., & Zarate, Y. (2007). Estilos de apego y agresividad en adolescentes. Segunda época, XXVII (1), 16-42.
- Brigard, F. (2007). Reseña de “Dulces sueños: obstáculos filosóficos para una ciencia de la conciencia” de Danniell Dennet [Versión electrónica]. Ideas y valores: Revista colombiana de Filosofía (134), 129-136.
- Buchheim, A., & Kachele, H. (2008). La entrevista de apego adulto y la perspectiva psicoanalítica. Un estudio de caso único. Clínica e investigación relacional. Revista electrónica de psicoterapia, 417-432.
- Cena, M. T. (12 de Diciembre de 2009). Psicoanálisis: ayer y hoy. <http://www.elpsicoanalisis.org.ar/numero1/cena1.htm>

- Cierpka, M., Stasch, M., Grande, T., Schauenburg, H. d., & Rost, R. (2010). La evaluación de primeras entrevistas psicoterapéuticas mediante el sistema diagnóstico psicodinámico operacionalizado (OPD-2). *Clínica e investigación relacional. Revista electrónica de psicoterapia* , 221-235.
- Coderch, J. (2001). *La relación paciente-terapeuta* . Barcelona, España: Fundació Vidal i Barraquer - Paidós.
- Czuchta, D. (2004.). A self-psychology approach to narcissistic personality disorder: a nursing reflection [Versión electrónica], 1. p. *Perspectives in psychiatric care. Proquest psychoanalysis journals*, 40 (1), 21.
- D'ascia, L. (2004). *Cuerpo e imagen en el Renacimiento*. Medellín, Colombia: Editorial Universidad de Antioquia.
- Dilthey, W. (1978). *Introducción a las ciencias del espíritu*. México: Fondo de cultura económica.
- Escandell, M. V. (1993). *Introducción a la pragmática*. Barcelona, España: Anthropos.
- Fiorinni, H. (2006). *Estructuras y abordajes en psicoterapias psicoanalíticas*. Buenos Aires, Argentina: Nueva visión.
- Freud, A. (1997). *El yo y los mecanismos de defensa*. Barcelona, España: Paidós.
- Freud, S. (1925). *Presentación autobiográfica. Inhibición, síntoma y angustia y otras obras*. [CD ROM]
- González de Rivera, J., & de las Cuevas, C. (1992). La evaluación psicodinámica de las funciones del yo [Versión electrónica]. *Psiquis* , 287-324.
- Hartmann, H. (1962). *La psicología del yo y el problema de la adaptación*. México: Pax.
- Havens, L. (2000). Commentary on: "Psychiatry: introduction to the study of interpersonal relation"[Versión electrónica]. *Psychiatri. proquest psychology journals*, 63 (2), 127-131.
- Jager, S. (2003). *Discurso y conocimiento: aspectos teóricos y epistemológicos de la crítica del discurso y del análisis de dispositivos*. En R. Woodack, & M. Meyer, *Métodos de análisis crítico del discurso* (pp. 61-100). Barcelona, España: Gedisa.
- Kachele, H., Albani, C., Buchheim, A., Holzar, M. H., Jimenez, J., Leuzinger- Bohleber, M., y otros. (2007). *Estudios empíricos en la sujeto alemana Amalia X*. *Clínica e investigación relacional. Revista electrónica de psicoterapia* , 177-191.
- Kaufmann, L. (2007). *Vulnerabilidad potencial a desarrollar en un trastorno autista: determinantes intersubjetivos*. *Clinica e investigación relacional. Revista electrónica de Psicoterapia* , 467-475.

- Kernberg, O. (1987). *Trastornos graves de la personalidad*. México: Manual moderno.
- Klugman, D. (2002). The existential side of Kohut's tragic man. *Clinical social work journal* , 9-21.
- Leahey, T. (2005). *Historia de la psicología. Principales corrientes del pensamiento psicológico*. Madrid, España: Person. Prentice Hall.
- Maldavsky, D. (2007). El caso Z (Donnet y Green) revisado. Investigación sistemática de las erogeneidades y las defensas en el contexto intersubjetivo con el algoritmo David Liberman. *Clínica e investigación relacional. Revista electrónica de psicoterapia* , 1 (1), 192-224.
- Maldavsky, D. (2005). La investigación sistemática en psicología y ciencias sociales desde la perspectiva de la subjetividad [Versión electrónica]. *Subjetividad y procesos cognitivos* , 161-178.
- Maldavsky, D., Cantis, J., De Durán, R., & García, H. (2007). Tres casos de afasia: investigación de las erogeneidades, las defensas y su estado con el algoritmo David Liberman (ADL) [Versión electrónica]. *Subjetividad y procesos cognitivos* , 79-138.
- Méndez, L., & González, L. (2002). Descripción de patrones de apego en menores institucionalizados con problemas conductuales [Versión electrónica]. *Revista de Psicología de la Universidad de Chile* , 75-92.
- Milrod, B., Leon, A., Busch, F., Rudden, M., Schwalberg, M., Clarkin, J., y otros. (2007). Ensayo clínico aleatorizado y controlado de psicoterapia psicoanalítica para el trastorno de angustia [Versión electrónica]. *Am J psychiatry* , 287-294.
- Mitchell, S. (1993). *Conceptos relacionales en psicoanálisis: una integración*. México: Siglo XXI.
- Mitchell, S., & Black, M. (2005[1995]). *Más allá de Freud*. Barcelona, España: Herder.
- Morrison, J. (2008). *DSM IV Guía para el diagnóstico clínico* . México: Manual Moderno .
- Ogden, T. (2010). Why read Fairbairn? [Versión electrónica]. *The international journal of psychoanalysis* (91), 101-118.
- Poch Ibullich, B. (1989). *Psicología dinámica*. Barcelona, España: Ed. Herder.
- Raznoszczyk de Schejtman, C., Lapidus, A., Vardy, I., Leonardelli, E., Silver, R., Umansky, E., y otros. (2004). Estudio de la expresividad emocional y la regulación afectiva en diadas madre-bebé durante el primera año de vida y su relación con la autoestima materna [Versión electrónica]. *XII anuario de investigaciones. Universidad UBA, Secretaría de Investigaciones* , 327-336.

- Rodríguez Sutil. (2007). Epistemología del psicoanálisis relacional [Versión electrónica]. Clínica e investigación relacional. Revista electrónica de psicoterapia , 1 (1), 9-41.
- Rodríguez Sutil, C. (2002). Psicopatología psicoanalítica: un enfoque vincular. Madrid, España: Qui-pú.
- Ruíz, J., & Navarro, K. (2007). La conciencia mirándose a sí misma: reconceptualizando la organización de los procesos conscientes desde un análisis budista [Versión electrónica]. Cuadernos de Neuropsicología , I (3), 174-371.
- Segal, H. (1972). Introducción a la obra de Melanie Klein. Buenos Aires: Paidós.
- Solano Suárez, E. (1992). ¿Qué es un niño? Correspondencia. Correo de enlace del campo freudiano en Colombia, 2-12.
- Vanegas, J. H. (2006). Sistema categorial de la psicología dinámica. Documento de apoyo a la Especialización en Psicología Clínica, Universidad del Norte. Medellín, 2010
- Velasco, R. (2009). ¿Qué es psicoanálisis relacional? [Versión electrónica]. Clínica e investigación relacional, 3 (1), 58-67.
- Vernenengo, P. (Recuperado el 12 de diciembre de 2009). Psicoanálisis: ayer y hoy. Revistaelectrónica de Psicoanálisis.
<http://www.elpsicoanalisis.org.ar/numero4/resenaapego4>
- Winnicott, D. (1960). La pareja madre-lactante [Versión electrónica]. Recuperada de: <http://psikolibro.blogspot.com/>
- Woodack, R. (2003). El enfoque histórico del discurso. En R. Woodack, & M. Meyer, Métodos de análisis crítico del discurso (pp. 101-142). Barcelona, España: Gedisa.

APROXIMACIONES A UNA PSICOLOGÍA DE LA EXCLUSIÓN

Orlando Arroyave Álvarez*

Recibido: Octubre 4 de 2010 - Aceptado: Noviembre 23 de 2010

Resumen

El autor plantea el concepto de alteridad positiva o negativa en torno a las prácticas sociales e institucionales de exclusión, en tanto el reconocimiento del otro como diferente, dentro de la esfera simbólica de lo social. Retoma el pensamiento occidental estigmatizante y contrapone a éste el pensamiento moderno que exalta el reconocimiento de lo diverso como forma de inclusión, lo que lo convierte en un discurso amenazante para el proyecto homogenizante europeo.

Muestra cómo la tarea de una psicología de la exclusión, es el análisis de las prácticas de borramiento, rechazo y no reconocimiento del otro en lo social, así como sus consecuencias en lo subjetivo y en la identidad, entendiendo el reconocimiento como la aceptación e inclusión de las diferencias en las prácticas sociales. Esto como alusión a lo planteado por Axel Honnet, quien ubica el amor, el derecho y la solidaridad a la base de prácticas inclusivas, en oposición a las formas de menosprecio como el “socavo de la identidad personal en su totalidad”.

Palabras clave:

Psicología, alteridad, exclusión, identidad, prácticas sociales

Abstract

The author outlines the concept of positive otherness or negative around the social and institutional practices of exclusion, as long as the recognition of the other one as different, inside the symbolic sphere of the social thing. It recaptures the thought western stigmatizing and it opposes this the modern thought that exalts the recognition of the diverse thing as inclusion form, that transforms it into a threatening speech for the project European homogenizing.

It shows how the task of a psychology of the exclusion, is the analysis of the effacement practices, rejection and non recognition of the other one in the social thing, as well as its consequences in the subjective thing and in the identity, understanding the recognition like the acceptance and inclusion of the differences in the social practices. This as allusion to that outlined by Axel Honnet who locates the love, the right and the solidarity to the base of practical inclusive, in opposition to the forms of contempt as the one “weakening of the personal identity in their entirety”.

Keywords:

Psychology, otherness, exclusion, identity, social practices

* Psicólogo, Magister en filosofía. Docente del Departamento de Psicología U. de A. orlandoarroyave@gmail.com

Denominaremos, con el propósito filosófico de fundamentar una Psicología de la exclusión, alteridades negativas o alteridades del no- reconocimiento, a aquel conjunto de individuos, minorías o no, que representan lo periférico, monstruoso, anómalo o rechazado por el pensamiento dominante social o cultural.

Este concepto de alteridades no-reconocidas contrasta con la noción, también propuesta aquí, de alteridades positivas o alteridad reconocida; para este último caso, el otro es considerado como distinto, pero, sin embargo, se le hace partícipe de una esfera simbólica, social o cognitiva dialógica, esto es, se le considera partícipe y parte de un mundo compartido o unido por una identidad colectiva o existencial, y amparado por un marco de derecho o referencial social y cultural que hace comunidad.

En otro espacio hemos expuesto la relación entre Modernidad y alteridades no reconocidas¹, para los fines de esta presentación expondremos unos elementos sucintos.

La Modernidad, con sus disparidades europeas y americanas, es el campo de tensión entre la diversidad que surge de formas plurales de vida y la propensión de los saberes a homogenizar y normatizar dicha pluralidad. Por un lado es la nostalgia occidental de la totalidad —que toma el rostro del fascismo, el nazismo, el monismo metodológico de la ciencia, etc.— que tiene como efecto prácticas de exclusión; por otro, la Modernidad —como horizonte normativo, político y ético— posibilita el estallido de una diversidad que es a todas luces una amenaza para las pretensiones homogenizantes de este proyecto de origen europeo.

Al otro, en tanto alteridad no-reconocida, se le despoja de su interlocución. Sólo queda, entonces, el hombre centrado en una razón narcisística y monológica, que conlleva en su interior formas de exclusión, de individualismo extremo (piénsese en el proyecto político de un Max Stirner, basado en un yo “concreto” que despliega una esfera egoísta y sofocante donde los otros son satélites de mis caprichos y mis apetencias), y de prácticas de dominación, que se justifican a partir de una noción universal y trascendental que subsume y niega la diversidad.

Sin desconocer las posibilidades emancipatorias de la Modernidad, queremos señalar, quizá con un énfasis un tanto sesgado, el lugar de las alteridades no reconocidas en este proyecto de Modernidad. Hemos señalado el carácter monológico de la racionalidad predominante, donde el otro perteneciente al marco de las alteridades no reconocidas corre el riesgo de no compartir el horizonte dialógico de la racionalidad moderna, y como consecuencia se da una vida reificada, una reificación que puede llevar a la exclusión como sujeto de derecho, cuando no a su exterminio y borramiento.

En el racismo, por ejemplo, el otro no es reconocido como parte de una comunidad valorada sino que constituye una subespecie. En su forma paroxística, ese nosotros sin alteridad asume al otro

¹ Para una ampliación de los conceptos expuestos en el presente trabajo, consultar la investigación Arroyave Álvarez, Orlando. (2001). *La modernidad: ¿exclusión o emancipación?* (el lugar de las alteridades no reconocidas en el proyecto de la modernidad. Debate entre Michel Foucault y Jürgen Habermas). Tesis de Maestría en Filosofía. Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia.

como un desecho. Al otro no reconocido se le despoja de toda interlocución; no posee ni lengua común ni dignidad común. En palabras de Lyotard (1994): “[A los otros, en tiempos de totalitarismo, se les] llamaba perros, puercos o crápulas, los SS o los kapos, no los trataban como animales sino como desechos. El desecho está destinado a la combustión”.² (p. 9)

Segregación, exclusión o destrucción son las estrategias más frecuentes de este nosotros compacto que se defiende de las pluralidades de existir, sentir, pensar o actuar; que concibe a las alteridades no dialógicas como amenazas o como formas que rivalizan con su identidad personal y colectiva.

El estigma como identidad fallida

En la década de los sesenta, el libro *Estigma, la identidad deteriorada* de Erving Goffman (1993) tuvo un gran peso para considerar cómo, uno de los problemas fundamentales de la psicología social, es la identidad personal.

Al hacer referencia al concepto de “estigma”, Goffman toma el significado propuesto por los griegos, conocedores de los medios visuales, para “referirse a signos corporales con los cuales se intentaba exhibir algo malo y poco habitual en el estatus de quien los presentaba” (p. 11). El portador era el signo heurístico de un esclavo, un criminal o un traidor.

Los cristianos tomaron dos acepciones: la primera, los signos corporales de la gracia divina; la segunda, una “referencia médica indirecta de esta alusión religiosa, a los signos corporales de la perturbación física”. (Goffman, 1993, p. 11)

Al dar categorías sociales a los otros (los primeros signos son heurísticos), damos igualmente una identidad social, un pertenecer a la esfera de intercambios cotidianos reconocibles.

El estigma hace a alguien menos “apetecible” (malvado, peligroso, débil). A quien porta esta distinción “dejamos de verlo como una persona total y corriente para reducirlo a un ser inficionado y menospreciado” (Goffman, 1993, p. 12). La malformación física, las preferencias sexuales, entre otras, pueden tener el carácter de disminución de la autoapreciación identitaria, así como depreciación colectiva de una identidad. Anulamos sus demás atributos. Su estigma es la marca de identidad. El signo es la identidad ontológica de su portador.

La identidad puede quedar minada por ese signo que desvaloriza la identidad social, y por efecto, la identidad personal. Al ser portador del estigma no se es totalmente humano. En algunos

² Un ejemplo de estas denominaciones que despojan al otro de su nombre, de su identidad de interlocutor, lo trae Primo Levi (2005) en su libro *Los hundidos y los salvados*: “A todos los *lager* era común el término *Muselmänn*, “musulmán”, atribuido al prisionero irreversiblemente exhausto, extenuado, próximo a la muerte [...]” (p. 555).

casos, se anuda a la mitología y lo mágico. Hace parte de lo sobrenatural. Su presencia envenena y da alivio a la existencia.

Excursus para una Psicología de la exclusión

Sin desconocer que una Psicología de la exclusión examina las prácticas concretas de exclusión en lo social y las consecuencias que tiene sobre la subjetividad e identidad de los individuos excluidos, es importante considerar algunas de las nociones generales propuestas por el filósofo Axel Honneth y sus investigaciones sobre la lucha por el reconocimiento. No pretendemos, ni siquiera como aproximación, considerar la compleja teoría de este autor, sino exponer algunos elementos teóricos propuestos y que pueden iluminar los horizontes teóricos y prácticos de una Psicología de la exclusión. En primer lugar consideramos el marco intersubjetivo del reconocimiento. En segundo lugar, las formas del menosprecio.

Patrones de reconocimiento intersubjetivo

Axel Honneth (1997), basado en los trabajos etnológicos de Herbert George Mead y las investigaciones clínicas de la psicología dinámica, propone tres esferas sociales del reconocimiento intersubjetivo: el amor, el derecho y la solidaridad.

El “amor”, despojándolo de su tradición romántica, que valoriza en demasía la veta romántica de la relación sexual, debe ser entendido como “todas las relaciones primarias, en la medida en que, a ejemplo de las relaciones eróticas entre dos, las amistades o las relaciones padres-hijos estriban en fuertes lazos afectivos”. (1997, p. 118)

Las relaciones de reconocimiento están ligadas así a la existencia corporal de un otro concreto, proporcionando una valoración específica. Las relaciones primarias tienden a establecer un equilibrio precario, una tensión constante entre autonomía y conexión. La tensión se da entre el sometimiento o entrega semiótica y la búsqueda de la autoafirmación individual. A pesar de sus tensiones y dificultades, esa interacción es el modelo del reconocimiento recíproco. Cada participante se ejercita en “la capacidad de vivir en común sentimientos y sensaciones” (Honneth, 1997, p. 120).

Ese “contacto satisfactorio” es la forma más corporal del reconocimiento intersubjetivo en los niños. Sin olvidar sus avatares o idealizaciones, en esos encuentros intersubjetivos (cuyo paradigma es la relación madre-hijo) —lo que indica Honneth, basado en los trabajos etnológicos de Mead, y en los aportes clínicos de Winnicott o Bowlby— lo que importa es el contacto afectivo para construir un reconocimiento.

Examinando los aportes de Winnicott, muestra cómo para el niño es importante que la madre soporte sus ataques destructivos “sin vengarse”, así se introduce “en un mundo en el que, junto a él, existen otros sujetos”. (Honneth, 1997, p. 125)³ Esto presupone una confianza del “yo” en la persona amada o personas amadas. Crea “la medida de la autoconfianza individual que es la base imprescindible para la participación autónoma en la vida pública.” (Honneth, 1997, p. 133)

Pero ese amor no cubre todo el ámbito del reconocimiento. Una segunda fuente de reconocimiento es el “derecho”. Si bien la esfera de las relaciones interpersonales y el marco jurídico que reconoce y protege a los individuos son un mismo modelo de socialización, el derecho es un “otro generalizado”, en lo que “podemos entendernos a nosotros mismos como personas de derecho, en el sentido que podemos estar seguros de la realización social de determinadas de nuestra pretensiones” (Honneth, 1997, p. 133). Desde este horizonte se propende por la igualdad de todos los hombres, en sus derechos y posibilidades, para el despliegue de su autonomía personal y su proyección social. Expresando las ideas de Habermas, Honneth afirma que, desde una concepción de democracia occidental moderna, el sistema de derecho es la expresión de “los intereses generalizables de todos los miembros de la sociedad, de manera que su pretensión según excepciones y privilegios no debe consentirse”. (Honneth, 1997, p. 135)

Este marco de derechos, a su vez, implica la aceptación de la responsabilidad moral de todos los miembros de esa comunidad. Hay por lo tanto una reciprocidad en los deberes y derechos de los usuarios del marco jurídico al que pertenecen, y que tiene en cuenta capacidades y cualidades del otro.

El tercer aspecto propio del reconocimiento es la “solidaridad”. En un sentido la solidaridad “puede entenderse [como] un tipo de relación de interacción en el que los sujetos recíprocamente participan en sus vidas diferenciadas, porque se valoran entre sí en forma simétrica”. (Honneth, 1997, p. 157)

Esta esfera de reconocimiento representa la eticidad, pues aprecia, en forma recíproca, los valores compartidos que permiten la aparición de las capacidades y cualidades de cualquier otro como significativas para las prácticas comunes. Son relaciones solidarias “porque no sólo despiertan tolerancia pasiva, sino participación activa en la particularidad individual de las otras personas”. (Honneth, 1997, p. 158)

³ Honneth parafrasea a Winnicott.

Formas del menosprecio

La imagen normativa de sí de cualquier hombre frente al horizonte normativo está destinada a una permanente referencia a su confirmación en otro. Los seres humanos construyen su identidad en la confirmación de los otros; un menosprecio puede causar una lesión que socava la identidad personal en su totalidad.

El maltrato físico, por ejemplo, representa ese tipo de menosprecio “que lesiona la confianza, aprendida del amor, en la capacidad de la coordinación autónoma del propio cuerpo” (Honneth, 1997, p. 162). Sus consecuencias son devastadoras para la autoapreciación; la vergüenza social, la pérdida de la confianza en sí mismo y el mundo, se extiende a las secciones en las que el cuerpo se ve implicado en trato práctico con otros. Se desploma su confianza en la sociedad y mina su autoconfianza.

La exclusión social no sólo consiste en un constreñimiento de la autonomía personal sino en la sensación de un despojo del estatus de un sujeto en igualdad moral para interactuar y con plena valía.

En las investigaciones psicológicas con torturados o que han padecido de algún tipo de violencia, afirma Honneth (1997), que se presenta un fallecimiento anímico; en prácticas como la esclavitud, en la segregación social, se habla de “muerte social”; y para ciertos modos de vida, según Honneth, se utiliza el concepto de “enfermedad”. Cada una de estas expresiones o conceptos muestra un deterioro de la identidad.

Traigamos un ejemplo efectista. Un par de célebres siamesas rusas, nacidas en 1950, son “confiscadas” por el gobierno soviético de entonces en un instituto fisiológico para su examen científico (Hernando, 1997). Su ser deforme marca un destino; no serán sujetos autónomos y no tendrán un estatus de ciudadanas. La ciencia las ha elegido como objeto de exploración; su cuerpo ya no les pertenece, es a la ciencia a la que le corresponde ese bien biológico, rico en promesas de hallazgos científicos.

Esto implica un menosprecio, una degradación de su humanidad, una humillación; como bien lo señala Honneth (1997):

Aquellas formas de menosprecio práctico en las que a un hombre se le retiran violentamente todas las posibilidades de libre disposición de su cuerpo, representan el modo elemental de una humillación personal. El fundamento de esto es que cualquier intento de apoderarse del cuerpo de una persona contra su voluntad, sea cual sea el objetivo buscado, provoca un grado de humillación, que incide destructivamente en la autorreferencia práctica de un hombre [...]. (p. 161)

No sabemos las reacciones subjetivas de las siamesas, pero sí podemos afirmar que su anomalía fisiológica tiene como consecuencias una reificación de su condición de personas. Las alteridades no reconocidas son despojadas así, en muchos casos, de sus derechos políticos, jurídicos y humanos. La malformación física, el déficit intelectual o físico, el desvío comportamental o sexual, conducen a un despojamiento del reconocimiento social y familiar: el loco no tiene derechos o palabra; el retardado mental es un ciudadano de tercera; el monstruo, un objeto de experimentación. La reificación, o cosificación del otro, a través de prácticas de desprecio conduce a un olvido del reconocimiento y autorreconocimiento.⁴ El hombre o mujer “anómalo” es separado de la comunidad de interlocutores sociales; su ser hace discontinuidad con la razón; se dialoga con el Otro reconocido, no con el Otro no-reconocido. El nosotros integra, el ellos disgrega; el nosotros habla una lengua común; el ellos una lengua extranjera y amenazante.

Este nosotros sin alteridad dialógica defiende un esencialismo identitario, amurallado en referentes presumiblemente no modificables; un esencialismo que se nutre de míticas epopeyas o de formas extravagantes de justificación (el presunto espíritu de una nación, por fuera de la evolución cultural e histórica de un grupo, y que se originaría en una mítica herencia biológica, por ejemplo, en el caso de las prácticas de racismo). Esto tiene consecuencias: la exclusión, cuando no el exterminio del Otro. De allí que se afirma que “el racismo surge constantemente del nacionalismo y, de otro lado, el nacionalismo surge constantemente del racismo”. (versión del autor, *Dictionnaire D’ethique et de Philosophie Morale*, 1996, p. 1249).⁵

Consideraciones finales

A esta empresa de una Psicología de la exclusión se le pueden hacer varios reproches. Por el momento consideramos dos: el primero, entronizar una reflexión de la diferencia; el segundo, el riesgo de una filosofía del victimismo.

Una Psicología de la exclusión es siempre una Psicología de la alteridad, pues se preocupa por explorar las prácticas y representaciones sociales de exclusión y sus consecuencias en la subjetividad del individuo “estigmatizado”. No pretende crear un discurso o una práctica de la inconmensurabilidad, sino considerar la necesidad de estudios concretos (apoyados en una pluralidad de disciplinas),

⁴ Para el examen de este concepto ver Axel Honneth (2007), *Reificación*, Buenos Aires, Argentina: Katz.

⁵ Sin embargo no todo racismo es nacionalista; puede emerger el racismo como un proceso colonial. El libro (no ponderado en toda su fuerza) de Santiago Castro Gómez, *La hybris del punto cero* (Editorial P. U. J. Bogotá, 2005), expone genealógicamente el origen de fundación de la Nueva Granada: las clases emergentes buscaron blanquear su sangre de mezclas y orígenes que se consideraban despreciables; el indígena y el negro era la identidad que había que sofocar. Esa automutilación de identidad colectiva tendrá un efecto en sus prácticas de exclusión y exterminio. La herencia de un autodesprecio. El racismo colonial se incorpora en una tarea de eugenesia cultural y biológica presente aún en Colombia y en todo el continente americano.

de individuos que han sido “reificados”, e integrar referentes teóricos y prácticos de esta experiencia al amplio corpus de la Psicología.

No es una nueva rama de la Psicología o una práctica terapéutica, es un enfoque crítico de la Psicología que relanza preguntas sobre la alteridad. El interés mayor de esta Psicología es documentar, analizar y proponer consecuencias éticas, políticas, clínicas y filosóficas sobre cómo prácticas de exclusión (persecución política, exilio, desplazamiento, marginación social, entre otras) afectan la autorrepresentación o, si se prefiere, el ejercicio de sí, la autoimagen que reflejamos en el mundo, y sus consecuencias prácticas en las sociedades donde esos individuos son marginados.

Una Psicología de la exclusión no postula el principio posmoderno de todos somos excluidos —esta pretensión posmoderna de hacer héroes sin consecuencias prácticas, políticas o éticas— a un conjunto de individuos que se autoproclaman a sí mismos como excluidos, desconoce las prácticas de exclusión, concretas y vitales, a individuos y comunidades que sí son relegados en sus derecho o en la simple dignidad de vivir.

Una Psicología de la exclusión debe evitar una exaltación del victimismo. Ya el pensador Thomas Hughes, en su libro *La cultura de la queja* (1993), alertaba sobre los peligros paranoicos de leer en los signos más simples de la cotidianidad los signos amenazantes de la marginación.

En otras palabras, más que exaltar a las “víctimas” o multiplicar las denuncias, esta Psicología toma como objeto de investigación las prácticas de exclusión, con el fin de esclarecer, dentro de lo posible, las consecuencias prácticas y subjetivas de la exclusión sin buscar efectos políticos, éticos o institucionales de antemano propuestos.

Lista de referencias

Dictionnaire D’ethique et de Philosophie Morale (octubre de 1996). Publie sous la direction de Monique Canto-Sperber. Presses Universitaire de France. Goffman, E. (1993). *Estigma, la identidad deteriorada*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores. Quinta reimpression.

Hernando, A. (marzo de 1997). *Freaks: la alteridad radical*. El viejo topo. 105.

Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento*. **Barcelona, España: Crítica Grijalbo**

Hughes, R. (1993). *La cultura de la queja*. **Barcelona, España: Anagrama** **Levi, P. (2005)** *Trilogía de Auschwitz*. **España: El Aleph**

Liotard, J. F. (mayo de 1994). *Los derechos del Otro (Documento)*. **Medellín, Colombia: Facultad de Ciencias Humanas (U.N.J.)**.

EFFECTOS DE LA “MENTALIDAD” CONQUISTADORA

Edison Viveros*

Recibido: Septiembre 22 de 2010 - Aceptado: Diciembre 16 de 2010

Resumen

El autor hace un análisis del proceso de conquista y colonia de América. Utiliza una técnica de rastreo documental para examinar lo que denomina “mentalidad conquistadora” a través de sus expresiones históricas. Evalúa las particularidades políticas y económicas tanto de Europa como de América en esa época, con el fin de demostrar que el choque de dos cosmovisiones, una de corte bélico y conquistador, otra con una ética de hermandad y cuidado por la tierra y los ancestros, impidió un proceso que podría haber sido sincrético.

Finalmente, concluye que, pese a los efectos de esta mentalidad, y de su permanencia en los rasgos culturales americanos, este continente es un espacio de mixturas y un mundo plural, con toda la potencialidad para ser auténtico.

Palabras clave:

Conquista, mentalidad conquistadora, política, economía, mestizaje, historia, cultura nativa.

Abstract

The author analyzes the process of conquest and colonization of America. He Uses a documentary tracing technique in order to examine what his self calls “conquer mentality” through the history. Also, the author evaluates the political and economical situation in both, America and Europe to demonstrate that the collision of two different worldviews, one founded in war and conquer, other with an ethic of brotherhood and earth and ancestors cult, avoid a process that could have been syncretic.

Finally, he concludes that, despite the effects of this mentality, and its permanence in American cultural traits, this continent is a land of mixtures and plural world, whit an enormous potential to be authentic.

Keywords:

Conquest, conquer mentality, politics, economy, miscegenation, history, native culture.

* Docente de la Fundación Universitaria Luis Amigó. Contacto: edisonviveros@yahoo.com.mx

A David Gil

La aparición en tierra firme

América fue el gran estímulo para la Europa moribunda, enfermiza y cansada del siglo XVI. La llegada de los piratas españoles, franceses, holandeses, portugueses, alemanes e ingleses a la tierra firme de América, fue la salvación económica, cultural y espiritual para la sociedad europea, agotada y alocada, que actuaba como un perro cuando persigue su propia cola para morderla. Wallerstein (2007) muestra cómo era la Europa de finales del siglo XV y comienzos del XVI: estéril como resultado de su burocracia, de la importancia dada a su fuerza militar y de sus constantes guerras, porque Europa siempre se ha matado a sí misma, y con esa forma de operar llegó a la tierra firme de América, la cual era llamada por sus propios habitantes con el nombre de “pacha”, que significa madre; es decir, la tierra para los indoamericanos era comprendida y habitada como algo maternal, por eso no concebían por ningún motivo matar nada que saliera de ella y, si tomaban algo para la sobrevivencia, lo hacían por medio de rituales que tenían el sentido de la más sincera gratitud. Pasaba lo contrario con la infecunda Europa del siglo XVI.

Un rasgo de la “mentalidad” conquistadora fue imponer una práctica económica feudal, resultado de la disolución violenta de sociedades antiguas. Por eso, encajó bastante bien con la ley de hermandad inca llamada el “Tawantinsuyu” o gran Estado fraternal a escala mundial, como bien lo describe el historiador Virgilio Roel (2001). Mientras unos pensaban en someter, los otros pensaban en hermanarse.

Pero ¿en qué consistía esta ley del “Tawantinsuyu”? Primero, se creía que los gobernantes tenían la responsabilidad de expandir la cooperación, la reciprocidad, la ley de la hermandad, para que se generara la vida humana y todas las expresiones vitales de la “Pacha”. Segundo, en el plano de lo político, la cooperación tenía un lugar preponderante para crear un estado universal, confederal y fraterno; por lo que no se podía atentar contra la vida. Tercero, la expansión se hacía con negociaciones diplomáticas y generosos obsequios, y el apoyo tecnológico de una preparada comitiva inca. Cuarto, se llegaba a la práctica cotidiana de una cooperación real en la que se formalizaba un acuerdo de ayuda mutua y de reciprocidad.

En este sentido, y como lo describe Arciniegas (1990), el espíritu del viaje español fue cubrir toda expresión humana americana y no entender el misterio que envolvía esta tierra. Hasta la literatura que hallaron fue ocultada en los archivos de las Indias. Los españoles no supieron qué hacer, en términos de comprensión y asimilación, con una civilización que en muchos aspectos era superior a Europa, a esa que muchos han llamado Europa “La loca”.

Es decir, si a quienes representaban los intereses europeos les ofrecieron hermandad, y éstos respondieron a aquellos que les hacían tal ofrecimiento con la matanza de 10.000 de sus más altos personajes, como sacerdotes, consejeros, ingenieros, es decir, toda la élite del “Tawantinsuyu” (como sucedió en la trágica tarde del 16 de noviembre de 1532 en Cajamarca, sólo por mencionar uno de los innumerables ejemplos), ¿no es esto el choque de dos formas de entender el mundo? Pero también ¿no muestra esto que las sociedades que se encontraron los europeos les superaban por mucho en cosmovisión, puesto que respetaban la palabra y los acuerdos hasta el punto de no aparecer con fuerza militar, por no faltar a una promesa de confianza mutua?

No está de más decir que afuera de la plaza en la que se encontraron esa tarde, estaba una numerosa fuerza militar inca (aproximadamente 80.000 flecheros, que superaban en ingenio estrategia a los europeos), sólo que no pudo operar por el secuestro de su más alto dirigente, Atahualpa, quien representaba el centro político y religioso de la toda la sociedad de los incas. Era fácil vencerles si se parte de una “mentalidad” basada en la mentira, el impudor y la traición del conquistador. Sólo era necesario un juego engañoso. Atahualpa, gracias a sus consejeros y militares, que vigilaban lo que pasaba en el territorio, sabía a qué habían llegado los europeos, sin embargo, siempre creyó que era posible brindarles la valiosa fraternidad y aprender de ellos y de su lugar de procedencia.

Los incas no fueron ingenuos, respondieron como se los enseñaban su práctica y tradición política, con las que habían gobernado. Éstas eran resultado de una conciencia histórica de más de 10.000 años, como lo muestran los nueve “Pachakutis” descritos por Roel (2001). Los incas no fueron vencidos por falta de tecnología, como alegan algunos eurocéntricos, mencionando, por ejemplo, el desconocimiento del metal por parte de esta sociedad indoamericana. Claro que conocían el metal, hay evidencias de esto, sólo que no lo necesitaban para matarse entre ellos, por lo que no lo usaban con frecuencia, pues la guerra entre estos pueblos no consistía en matar al adversario, sino en obtener sus momias sagradas que representaban a sus antepasados. Se sabe que, al ganar una batalla, los incas ofrecían al vencido los desarrollos más avanzados que tenían, pues en eso consistía la ley de la fraternidad del “Tawantinsuyu”.

En este sentido, América estaba dispuesta a recibir a Europa con la grandeza de una tierra firme, no sólo en su espacio físico, sino en su conciencia cultural, en sus avances tecnológicos, en su poderío militar y en una sabiduría que, 500 años después, sigue generando numerosos y eruditos estudios.

La soberbia y la ambición

La “mentalidad” conquistadora de la sociedad europea estaba motivada por la soberbia y la ambición, y éstas por el hambre que pasaba Europa. Dice Wallerstein (2007), que en el siglo XIV,

gracias a las cruzadas, se aumentaron las prácticas de pillaje en las rutas de comercio, lo que influyó significativamente en la expansión económica que deseaban los europeos, pues las áreas de cultivo se redujeron representativamente y “a falta de arados y fertilizantes, poco se podía hacer para mejorar esta situación” (Wallerstein, 2007, p. 30).

Además, la guerra de los 100 años, entre 1335 y 1345, hizo de la economía de Europa una economía de guerra, aumentando impuestos que se sumaban a los tributos feudales, los cuales eran ya considerablemente altos. De esta manera se generó una crisis de liquidez y una práctica de petición de impuestos indirectos y otros en especie. Dice Wallerstein:

Así empezó un ciclo descendente: la carga fiscal llevó a una reducción en el consumo, que condujo a una reducción en la producción y en la circulación de la moneda, la cual incrementó aún más las dificultades de liquidez, llevando a los reyes a buscar préstamos, y eventualmente a la insolvencia de los limitados tesoros reales, lo que a su vez creó una crisis de crédito que condujo al atesoramiento, lo cual a su vez alteró el esquema del comercio internacional. (2007, pp. 31)

Así que la práctica que trajeron a las Américas era algo común en la cultura europea que ya les había dejado a ellos como resultado un alto nivel de pobreza y esterilidad. Europa estaba quebrada y su comercio se podría estancado, por eso, no era su interés la fraternidad, sino una desvergonzada práctica de hurto, de apropiación de lo ajeno. Dice William Ospina (2003) que Carlos V pagó con oro de América la deuda que tenía con la corona alemana.

En ese sentido, quienes llegaron a las Américas estaban suficientemente entrenados en el mal oficio del robo, eran hijos de su cultura y de su sociedad. Por ejemplo, Pizarro fue un buen heredero de porquerizas, era un experto asistente de cerdos en su tierra natal; otros venían de cárceles de donde fueron sacados para hacer parte de los pequeños ejércitos que poco tenían de valientes.

La soberbia y la ambición no son las características de una actitud descubridora. Ya lo señaló el maestro Arciniegas (1990) cuando dijo que “descubrir es una función sutil, desinteresada, espiritual; conquistar es una función grosera, material” (p. 36). Los europeos que llegaron a las Américas ni fueron desinteresados, ni espirituales; tenían grabado en su alma lo más elevado de la arrogancia y la codicia de la sociedad del viejo mundo, cansado, agotado y enfermo.

Por eso, y de acuerdo con Arciniegas (1990), la conquista fue la época del “cubrimiento del nuevo continente”. Los europeos vinieron a imponer un sistema económico estéril, un dogma religioso, una arquitectura y una raza.

Trampas, masacres y demás menesteres repugnantes del conquistador

Hernán Cortés, basado en el asalto a México, había asesorado a Francisco Pizarro en el uso de una estrategia de engaño para capturar al gobernante mayor de la sociedad incásica. Sabía que enfrentar en una batalla al ejército inca era un acto suicida, pues terminarían completamente aniquilados.

Por eso, planeó Pizarro una reunión tramposa el 16 de noviembre de 1532, en la plaza de Cajamarca, para continuar con la práctica de masacres que ya venían desarrollando los hispanos en el territorio de las Américas. De hecho la hizo con el mismo protocolo usado por Cortés en México. El plan consistió en dos pasos: el primero, apoderarse del mayor gobernante estatal y el segundo, desencadenar una feroz matanza de la élite que acudiera con él.

Hubo otras masacres acompañadas de saqueos, por ejemplo, la de la isla de Puná en 1531, en la que las milicias de Pizarro fueron recibidas en paz por el cacique Tumala, pero una vez instalados, los españoles desamarraron un cruel ataque contra la población local a la que asesinaron en una práctica realmente genocida. Posteriormente, con apoyo de perros de guerra, realizaron algo que los españoles llamaban “guazabaras”, que consistía en hacer que los canes mordisquearan cruelmente a los indígenas para luego quemarlos vivos.

Una nueva masacre se dio en Tumbes, a orillas del río Zamurilla, en el mismo año que las dos descritas anteriormente. Luego de enfrentarse Pizarro con las fuerzas de Kuraka Chirimasa y de estar perdiendo con el inca la batalla, éste último recibe las órdenes de Atahualpa, por medio de un mensajero, para entrar en acuerdos de paz con el español, por lo que éstos se realizan. Pizarro aprovecha este momento para traicionar la palabra acordada y ordena hacer otras “guazabaras” y robar pertenencias. Asesinó mujeres, ancianos y tomó niños y jóvenes como esclavos.

Un último ejemplo de la manera de operar de los españoles a la cabeza de Pizarro, es la masacre de los Tallanes, en donde 13 indígenas estaban organizando una resistencia contra el ibérico, pero éste, al enterarse, los sometió a crueles torturas para finalmente quemarlos a fuego lento en presencia de los demás indígenas.

Se sabe también, como lo enuncia Arciniegas (1990), que luego de la conquista, en el período de la colonización en el territorio de Chile, para que los indios no se escaparan de la minas, los españoles les cortaban dos dedos de cada pie.

Un nuevo rasgo de la “mentalidad” conquistadora del europeo fue la negación del otro por medio de trampas, masacres y el cubrimiento de lo que iban dejando a su paso. Como dice Romero (1999), las sociedades europeas buscaron desempeñar un papel activamente bélico en esta época, para orientar en su favor el curso del proceso. Dice el mismo autor:

Hasta finales del siglo XV, las poblaciones aborígenes americanas habían desarrollado su propia cultura y constituían un mundo autónomo. Pero a partir de la llegada de los europeos el mundo aborígen se tornó dominado en su conjunto y empezó para América una nueva era, cuyo primer signo fue la formación de nuevas sociedades integradas por los invasores y los dominados, por europeos y aborígenes. (Romero, 1999, p. 3)

La grieta del espíritu

Cuando España llegó a América pensaba que los indígenas no tenían alma. Los españoles quisieron imponer el dogma cristiano. Esto puede leerse en el “Requerimiento”, un texto cínico, que sirvió de justificación a Fray Vicente Valverde, quien representaba a la Iglesia en ese momento, y quien le leyó el texto a Atahualpa. El “Requerimiento” le exigía a éste dejar sus tierras, su Estado y su vida para convertirse a la fe católica, o de lo contrario sería asesinado como efectivamente sucedió.

Los habitantes de las Américas no eran más que bestias para los españoles. Dice Arciniegas (1990) que hubo tal ocupación por arrasar esta tierra, por apoderarse de todo lo que tuviera cualquier valor económico, que para poder hoy rehacer lo que fue el panorama americano es necesario acudir a los pocos utensilios de barro cocido que quedaron vaciados en los cementerios indígenas. Insiste el autor que los productos culturales que destruyó España “con sus caballos, su pólvora, sus conquistadores y sus frailes, no era inferior a los de España” (Arciniegas, 1990, p. 43).

Pero todo esto es necesario entenderlo en un contexto histórico. No era la primera vez que España hacía algo así, ya había destruido de los árabes las mezquitas de Córdoba, de la Alhambra, de Generalife. Los españoles ya habían mostrado su condición cavernícola desde el siglo X, ni siquiera 500 años después tuvieron la altura cultural para comprender y reparar ese error en América, y 500 años después, es decir, hoy, siguen pensando muchos de ellos que Francisco Pizarro y Hernán Cortés fueron valientes caballeros dignos de bustos en distintas ciudades de España y Latinoamérica. Parece que no saben que sus “héroe” conquistadores se orinaban de miedo cada vez que tenían algún posible enfrentamiento con los militares incas y aztecas. Es como insistir en honrar a los más grandes ladrones y genocidas de la historia.

España debería reparar los errores históricos que cometió en América, no sólo con pequeñas becas para latinoamericanos, sino con una real propuesta de reconciliación histórica que contrarreste esa imagen que los españoles bien ganaron como los más grandes genocidas conocidos hasta el momento.

La conquista en América, por tanto, no fue militar. Se sabe que España era muy inferior en este aspecto a los estrategas incas. La conquista fue mítica y espiritual, consistió en quebrar el “ánima” de los indígenas, es decir, en “desanimarlos”. Los incas sabían que la llegada de los conquistadores coincidía con el noveno “Pachakuty” que era de presagio negativo y destructivo. Creyeron que debían soportar a estos visitantes y ofrecerles fraternidad (como lo habían hecho en períodos anteriores con tensiones militares entre ellos mismos) y mantener la fortaleza espiritual que les ayudó a superar otros conflictos a los que se habían enfrentado. De hecho, a la llegada de los españoles, ya había una guerra civil entre los hermanos Atahualpa y Wascar.

Pero esta vez fue diferente porque la misma “espiritualidad” que proponían los españoles estaba llena de incoherencias y, a su vez, de poca sustentabilidad práctica. No se entendía cómo cualquier dios podía permitir que en su nombre saquearan, mataran y disfrutaran de las muy comunes “guazabaras”, que por supuesto no partían de ningún principio teológico. No comprendían por qué era más importante que la espiritualidad, ese metal amarillo que para ellos sólo era un adorno y que abundaba por todas partes en esta tierra. Eso tenía que quebrar el espíritu de cualquier miembro de las sociedades americanas.

Se le puede sumar a esa grieta espiritual, que políticamente las cosas estaban cambiando: los incas no tenían pobres, ni esclavos; las naciones que se incorporaban lo hacían por persuasión, pues se les dejaba un alto grado de autonomía y la posibilidad de ofrecer culto a sus propios dioses. De hecho, para ejemplificar la riqueza de esa cultura, dicen Roel (2001) y Arciniegas (1990) que eran mejores los caminos del siglo XV de los incas que los caminos de los españoles 100 años después.

De hecho no es que hubiera mucho disimulo por parte de los españoles, sino que mostraron su apetito sin límite para llevarse lo que más pudieron y esto tuvo su efecto en España, pues como dijo el maestro Arciniegas (1990): “el siglo de oro de España se llama así porque lo nutrió el oro de América” (p. 44).

El resplandor europeo y la vergonzante imitación

Nuestra cultura no es europea, frecuentemente nos confrontamos con la herencia de Occidente y algo por dentro se niega a creer que somos hijos de Europa. Hay una negación acurrucada frente a esto y un deseo de expresar a nuestra manera lo que somos como latinoamericanos.

No se puede negar el esplendor de la cultura europea representada en sus más grandes literatos, científicos y filósofos, quienes han tratado de descifrar el enigma de la vida humana. Es una tradición que estamos llamados a estudiar y a comprender, pues como dice Borges, (citado por Gutié-

rez, 1998, p. 188). tenemos derecho a ella Quizá, si Europa hubiese mirado a América con los ojos y la altura de esos grandes pensadores, el intercambio cultural podría haber generado otras relaciones menos genocidas; pero, normalmente, la política y la estrategia militar no van de la mano con las deliberaciones de los altos pensadores. El mundo sería más justo y equitativo si se escucharan más las reflexiones de altos letrados.

El esplendor intelectual de Europa ha tenido un efecto de obstinación en muchos latinoamericanos, hasta el punto de convertirlos en imitadores vergonzantes, no son de aquí ni son de allá; practican aquí una especie de extravagancia pensando que eso los hace más interesantes e inteligentes; golpean, frecuentemente, con balbuceos pequeño franceses-germánicos, a sus pares, generando de este modo unas distancias irreconciliables que se sumergen en soledades vanidosas y narcisistas. Latinoamérica no necesita de estas prácticas, sino de una unidad más decidida, conciliadora y original que heredar las discusiones de los pensadores europeos, como quien recoge las migajas de pan que caen de una suculenta mesa. No se puede mostrar tanto el hambre.

Si es tal la brillantez de estos caprichosos imitadores de Europa, ¿por qué no se han ido al viejo y cansado mundo, al mejor estilo de los llamados “cerebros fugados”, para que como Prometeo lleven un fuego nuevo a esas tierras? No lo han logrado porque a los pensadores europeos tampoco les interesa mucho que un latinoamericano les hable de las tradiciones europeas. A ellos les parece más novedoso que nosotros los latinoamericanos mostremos cómo enfrentamos nuestros problemas, cómo los hacemos literatura, ciencia y filosofía, pero con nuestras formas de expresión.

No es necesario preocuparse tanto de si aquí hay pensadores o no. Latinoamérica tiene figuras intelectuales, grandes estudiosos, pero no tiene pensadores al estilo de Europa, nunca los tendrá, porque somos otra cosa, no somos un mapa calcado; tampoco somos científicos sociales, eso es más ridículo y desfachatado; gozamos de otras figuras con bastante dinamismo y lucidez.

Los vergonzantes imitadores no han comprendido que Europa está cansada desde hace ya más de 500 años, que Latinoamérica es una nueva forma de ver el mundo, un aire nuevo para un espíritu envejecido, deseoso de aventuras diferentes a este vaho economicista ya analizado por Wallerstein (2007, 2006).

El espíritu plural de Latinoamérica

El maestro Pedro Henríquez Ureña (1994), en su texto *La declaración de la independencia intelectual*, mostró que era posible seguir el vestigio de nuestras particulares formas de expresión en el ensayo y la literatura. Él reconoció que bastantes figuras intelectuales de Hispanoamérica se habían dedicado a resaltar las maneras de ser de nosotros, por ejemplo, por medio de las descripciones del tema de la familia en contextos histórico- sociales.

También, la enorme figura intelectual de Alfonso Reyes, en su ensayo *México en una nuez* (2005), muestra lo desastroso que puede ser la derrota espiritual de una sociedad. Al no querer reconocer lo que somos como latinoamericanos, esto quiere decir, afrodescendientes, indígenas, ibéricos, mestizos, zambos, mulatos, estamos negando que somos quienes tenemos las soluciones a los problemas que nos aquejan; actuamos aún de acuerdo con lo que hizo creer en tiempos pretéritos Hernán Cortés, quien, como lo menciona Reyes (2005):

Movilizó, contra el formidable poder central, los odios de los pueblos postergados [...]. Y así, bajo las inspiraciones de Cortés, los indios mismos hicieron -para él- la conquista del imperio azteca. Sin la debilidad fundamental de aquellas civilizaciones ya arruinadas, y sin ese juego de circunstancias genialmente puestas al servicio de la empresa, ésta hubiera sido irrealizable. No sólo moral, sino numéricamente irrealizable. (p. 105)

Gutiérrez Girardot (1994) ha expresado que Hispanoamérica ha venido elaborando su propia personalidad histórica y para eso ha tenido que hacer lecturas ontologizadas y metafísicas, pero con la óptica puesta en los problemas humanos de América. De ahí, que hayan aparecido críticas para Latinoamérica por la insistencia en hacer lecturas forzadas de la ontología de Heidegger en estos contextos.

Este autor resalta el cosmopolitismo de un fragmento del poeta Rubén Darío que dice: “Abuelo, preciso decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París”. Esto para enunciar que el latinoamericano tiene una tarea más difícil: conocer la propia tradición y explorar y comprender las diversas tradiciones que han elaborado los grandes pensadores europeos sin quedarse en la imitación, sino que además ha de desarrollar una costosa originalidad. Gutiérrez (1994) lo llama promiscuidad.

Pero todo esto tiene un peligro: no dejar que pase el tiempo necesario para que se madure suficientemente y se llegue a otra forma con saltos osados que “tiene el aire de un alimento retirado del fuego antes de alcanzar su plena cocción” (Gutiérrez, 1994, p. 14). Por eso, los retos de esa pluralidad de Latinoamérica están en evitar a toda costa quedarse en el deleite de la cultura del viejo mundo y mejor optar por andar caminos en los que las categorías europeas puedan ser conciliadas con los desarrollos intelectuales propios. Esto lo hizo, según este gran intelectual colombiano, Jorge Luis Borges, a quien él llama “el príncipe de las letras hispanoamericanas” (Gutiérrez, 1994, p. 20), y a quien introdujo en Alemania, después de varios intentos como bien lo describe en su texto Jorge Luis Borges. El gusto de ser modesto (Gutiérrez, 1998).

Finalmente, cabe decir que Latinoamérica es la posibilidad de la pluralidad porque está en su mestizaje; me gusta mirar a esta tierra con la esperanza puesta en la vida académica e intelectual, no en los sueños de ser un fiel imitador de la cultura del mal llamado primer mundo, porque mi primer

mundo son estas verdes montañas en las que han crecido mi espíritu, mi soledad y mis más amadas compañías.

Como la mayoría en Latinoamérica, soy triétnico o tal vez cuatriétnico, corre en mis venas la sangre de aquellos negros que llegaron esclavizados hace algunos siglos, pero también la del indígena en relación profunda con la naturaleza y su mitología, y la del ibérico ambicioso; no me da vergüenza ser latinoamericano, ser afrodescendiente, aunque muy a mi pesar me comporte la mayoría de las veces como si no lo fuera; como a muchos aquí en esta tierra, me ha costado reconocer-me en las condiciones vitales de mis orígenes.

Lista de referencias

- Arciniegas, G. (2002). América. 500 años de un nombre. Vida y época de Amerigo Vespucci. Bogotá, Colombia: Villegas Editores.
- Arciniegas, G. (1994). Cuadernos de un estudiante americano. Bogotá, Colombia: Uniandes.
- Arciniegas, G. (1990). América, tierra firme y otros ensayos. Venezuela: Editorial Ayacucho. .
- Arciniegas, G. (1989). América en Europa. Bogotá, Colombia: Editorial Planeta.
- Gutiérrez, R. (2004). Modernismo. Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez, R. (1994). La concepción de Hispanoamérica de Alfonso Reyes. En Gutiérrez, R. Cuestiones. (pp. 7 a 21). México: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez, R. (1998). El gusto de ser modesto. Bogotá, Colombia: Editorial Panamericana.
- Gutiérrez, R. (1994). La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña: Promesa y desafío. En Gutiérrez, R. Cuestiones. (pp. 22 a 44). México: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez, R. (1989). La imagen de América en Alfonso Reyes. En Gutiérrez, R. Hispanoamérica: Imágenes y perspectivas. (pp. 3 a 21). Bogotá, Colombia: Editorial Temis. Bogotá.
- Gutiérrez, R. (1989). América sin realismos mágicos. En Gutiérrez, R. Hispanoamérica: Imágenes y perspectivas. (pp. 174 a 185). Bogotá, Colombia: Editorial Temis.
- Gutiérrez, R. (1989). Sobre el problema de la definición de América. Notas sobre la obra de José Luis Romero. En Gutiérrez, R. Hispanoamérica: Imágenes y perspectivas. (pp. 244 a 251). Bogotá: Editorial Temis.

- Henríquez, P. (1994). La declaración de la independencia intelectual. En Henríquez, P. Las corrientes literarias en la América Hispánica. (pp. 98 a 115). Bogotá: Fondo de Cultura Económica. .
- Ospina, W. (2009). América mestiza. El país del futuro. Colombia: Punto de lectura.
- Ospina, W. (2003). De cómo fue secuestrado el Inca Atahualpa. En: Ospina, W. La herida en la piel de la diosa. (pp. 27 a 45). Colombia: Ediciones Aguilar. Colombia.
- Reyes, A. (2008). Nueva España. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, A. (2007). América. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, A. (2005). México. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, A. (2005). Teoría literaria. México: Fondo de Cultura Económica.
- Roel, V. (2001). Cultura peruana e historia de los incas. Perú: Fondo de Cultura Económica.
- Romero, J. (1999). Latinoamérica: Las ciudades y las ideas. Medellín, Colombia: Editorial Universidad de Antioquia.
- Wallerstein, I. (2007) Preludio medieval. En Wallerstein, I. El moderno sistema mundial. Tomo I. (pp. 21 a 89). México: Siglo Veintiuno Editores.
- Wallerstein, I. (2006). Análisis del sistemas - mundo. Una introducción. México: Siglo Veintiuno Editores.

LA TRANSFERENCIA EN EL PROCESO EDUCATIVO

Libia Elena Ramírez*

Recibido: Octubre 20 de 2010 - Aceptado: Diciembre 14 de 2010

Resumen

Este artículo pretende realizar una reflexión en torno a la transferencia como concepto nodal para pensar el proceso educativo. La autora utiliza como método el rastreo documental para conceptualizar la transferencia y hacer un análisis del rol docente desde las particularidades de dicho concepto y la teoría que lo soporta: la transferencia imaginaria y la simbólica, su relación con los ideales y con la labor pedagógica. La autora concluye que la labor docente debe hacerse desde la transferencia simbólica y que el docente debe estar muy atento a las inmersiones de su propia historia subjetiva en la relación con el estudiante.

Palabras clave:

Transferencia simbólica, transferencia imaginaria, educación, pedagogía.

Abstract

This article aims to reflect the transference as a nodal concept to think about the educational process. The author uses a documentary conceptualizing method to trace the transference and to analyze the teacher's role from the point of view of the particularities

That such a concept is able to bring out to the theory: imaginary transference, symbolic transference, its relationship with the ideals and with the pedagogical work. The author concludes that the teacher's work must be done since the symbolic transference and that this professional has to be noticed of the merges of his own subject history within the relationship with the student.

Keywords:

Symbolic transference, imaginary transference, education, pedagogy.

* Docente Investigadora FUNLAM, Medellín. Libia.ramirezro@amigo.edu.co

La pretensión de este texto es dar cuenta de la emergencia de fenómenos transferenciales en la relación maestro-alumno y sugerir al educador algunas formas de posicionamiento frente a ellas.

Con relación al concepto de transferencia puede partirse de definir el término:

Se designa en psicoanálisis la transferencia al proceso en virtud del cual los deseos inconscientes se actualizan sobre ciertos objetos, dentro de un determinado tipo de relación establecida con ellos y de un modo especial dentro de la relación analítica. Se trata de una repetición de prototipos infantiles, vivida con un marcado sentimiento de actualidad. (Laplanche & Pontalis, 1983)

La figura del maestro es fundamental por su papel en la sociedad como promotor del saber, garante de la ley y representante cultural. El maestro entonces se convierte en una figura que desencadena afectos, por lo cual el niño o el joven lo colocan en un lugar de reconocimiento y admiración, es decir, en la función de ideal del yo (Freud, 1923), lugar que antaño, en su familia, ocuparon los padres.

Lo esencial aquí es que el educador, como desencadenante de afectos, deja de ser un transmisor instrumental de contenidos y pasa a ocupar un lugar significativo en los procesos afectivos, conscientes e inconscientes, que subyacen a la relación educativa. En tal sentido, el llamado es a la responsabilidad ética del educador para que indague por él mismo con respecto a los otros y se responsabilice de los efectos de su intervención.

La comprensión del fenómeno transferencial puede dar respuesta a la pregunta sobre el porqué a veces un estudiante le aprende a un educador y a otro no, a pesar de ser los mismos contenidos y emplear los mismos métodos. Surge el segundo llamado para que el maestro escuche y comprenda la demanda del estudiante. La posición del maestro no debe ser estar anclado en certezas epistemológicas de arrogancia y completud, sino asumirse como un sujeto en falta desde su ser y saber, permitiendo la duda, la pregunta, la incertidumbre, así daría la posibilidad al estudiante de interrogarse y avanzar desde sus propias preguntas.

Cuando sucede que su función de educador es confrontada permanentemente por situaciones de angustia e impotencia que lo dejan sin lugar claro de referente de ley simbólica con respecto a sus estudiantes, la situación está indicando dificultades a nivel subjetivo e inconsciente que escapan a la voluntad de cambio del maestro. Se trata de poderosos mecanismos pulsionales de los cuales no puede dar cuenta, pero que lo atraviesan y determinan. Para que el docente pueda aproximarse a tales determinaciones con el fin de aprehenderlas y actuar éticamente, se requiere un espacio diferente al pedagógico.

Freud (1914 C) recomienda a los educadores el psicoanálisis como dispositivo terapéutico que les permita acceder a un saber sobre su ser y posicionarse de manera más comprometida consigo mismos y con respecto a los otros. Igualmente, posicionarse desde la claridad de sus concepciones teóricas con respecto a quién es un niño, un adolescente, un adulto; sobre qué es la enseñanza, los métodos de aprendizaje, los contenidos. Este proceso educativo puede hacerse de manera responsable y significativa si el educador tiene claridad frente a su ser, su hacer y su deseo; ya que este dispositivo clínico psicoanalítico apuesta a permitir la resignificación del inconsciente, pues son precisamente estos contenidos reprimidos los que se tornan en obstáculo para acceder a una relación de reconocimiento y respeto consigo mismo y con los otros.

Se trata de ayudar a los educadores a comprender los límites de lo que puede ser educable, pues no todo problema de escolaridad se puede leer e intervenir como un síntoma. En ocasiones si el problema es de método o de contenidos, una intervención pedagógica puede resolver la situación. Pero si hay algo que empuja ciegamente, como síntoma constante, puede ser el efecto de un malestar inconsciente que no cede ante lo pedagógico. Se requieren, entonces, otros espacios de intervención clínica.

El tercer llamado es a formar un adulto significativo y firme, que ayude a los estudiantes a comprender su sentido de vida y reconozca las potencialidades de los sujetos (pero también sus limitaciones) desde una actitud abierta y tranquila, basada en la confianza y el respeto mutuo, que posibilite de esta manera la instalación del amor de transferencia, en primer momento de carácter imaginario, es decir, una identificación del niño posicionado como yo ideal frente al maestro, para dar paso luego a la transferencia simbólica, en este caso a la identificación con el deseo de saber.

Esta transferencia imaginaria puede volverse una trampa pues tampoco el amor, la búsqueda de completud constitutiva de la subjetividad humana, puede ser la respuesta desde lo educativo. Nadie puede completar a otro, sino que, por el contrario, entre más nos den, más pedimos. En consecuencia, la demanda de completud se torna en una relación de sometimiento y agresividad imaginaria muy típica de la pedagogía del premio y el castigo. Yo te doy para que tú cambies. Es el caso del educador que ofrece el premio al estudiante que responde al capricho del mismo docente. Pero, esta lógica, al dejar la ley por fuera de la subjetividad del estudiante, va perdiendo cada vez más sus efectos: cuando el educador no puede responder con el premio al pedido del estudiante, se establece una relación de tensión: yo cambio cuando tú me lo pidas, pero si me das la recompensa.

Cuando ésta no aparece, se genera agresividad en el estudiante. Lo más grave ocurre cuando se responsabiliza al otro, al educador, de que el estudiante no cambie, ya que el maestro no le dio el premio prometido. Se obstaculiza así cualquier cuestionamiento llevado a una actitud personal que conlleve verdaderamente al cambio.

Se plantea entonces que el psicoanálisis hace un aporte significativo a la pedagogía cuando dice que el sujeto cuenta, está ahí presente en toda su complejidad, tanto en lo que tiene que ver con su responsabilidad subjetiva, como en los efectos de su acción. Algunas propuestas pedagógicas que trabajan sólo desde la conducta, la subjetividad acallada, como es el caso de enfoques conductistas basados fundamentalmente en la relación estímulo-respuesta, dejan al ser humano reducido a un organismo. Estas operaciones no permiten la lectura de sentidos que puedan ayudar a comprender el porqué de las particularidades de los comportamientos humanos, sino que los atrapa en la lógica ciega de la señal, distanciándolos de esta manera de los referentes simbólicos del lenguaje humano.

Lo anterior remite a un educador que sepa de los laberintos de la agresividad humana y pueda posicionarse frente a ella, que sepa cuándo es posible manejarla por vías transferenciales y en qué momento esta posición hostil no cede y se hace necesario remitir al sujeto a un lugar diferente al pedagógico. Remite a un educador que ayude a comprender que la agresividad humana es inherente a la constitución subjetiva y que con ella se encontrará permanentemente el vínculo que establece con los otros.

Al respecto, Bruno Bettelheim (1982) plantea:

Lo que necesitamos es un reconocimiento inteligente de la naturaleza de la bestia. No podemos enfrentar eficazmente la violencia, mientras no estemos dispuestos a verla como parte de nuestra naturaleza humana. Cuando nos hayamos familiarizado bien con esta idea y hayamos aprendido la necesidad de domesticar nuestras tendencias violentas, entonces por medio de un proceso lento y tenue, puede que consigamos domarlas, primero en nosotros mismos, y luego partiendo de esta base, también en la sociedad. (p. 97)

Un maestro conocedor de que los procesos pedagógicos están atravesados por la vida psíquica de los seres humanos, por sus deseos inconscientes en muchos sentidos, reconoce un comportamiento hostil “de entrada” cifrado en el lugar de autoridad, ejercido por la posición que significa el ser maestro, no como un ataque consciente y directo a la persona del educador. Se requiere un educador formado para transmitir que no todo es posible, que siempre en los seres humanos habrá un malestar subjetivo, una falta que nadie puede colmar, y que a cada sujeto le corresponde asumir respuestas menos tanáticas frente a nosotros mismos, a los otros y al entorno sociocultural.

Un educador haciendo uso de la palabra y la escucha, permite al otro reconocerse en su valor subjetivo y social, en los ideales con los cuales el sujeto debe identificarse. En la medida que el maestro escucha y deja hablar, permite que cada sujeto tenga acceso en la clase a una palabra y a un lugar particular; en la medida que el niño, por fenómeno de la identificación, toma del maestro el deseo de saber, asume su particular deseo.

Nuestros sistemas educativos han formado a los educadores a través de una lógica instrumental, racional y con una concepción rígida, donde sólo se pone el interés en los aspectos cognitivos y disciplinarios. Es ésta una razón de peso para la crisis que viven nuestras instituciones educativas al mantener sus narrativas ancladas en el proyecto moderno de la ilustración, donde se asume una indispensable coherencia entre la verdad del conocimiento, la construcción del sujeto y el carácter cerrado y disciplinario de las instituciones.

A pesar de esta crisis, la escuela no responde a los cambios de la contemporaneidad, sino que se instala en este modelo que coincide de manera unitaria, totalizante, con las diversas dimensiones de la realidad. Sigue predominando la formación de sujetos desde contenidos y métodos instrumentales, así como transmisionistas. Sin que esta crítica tenga la intención de desmentir la importancia de la ilustración, lo que se quiere señalar aquí es que a ella no se puede reducir todo el horizonte educativo, pues éste debería ir más allá de la sola información. Hoy se necesita formar a los educadores para abrir posibilidades de trabajos con los dramas singulares, personales y sociales de los seres humanos, para formar en la toma de decisiones acerca de aspectos tan dramáticos y complejos como son, por ejemplo, los hechos violentos que cotidianamente viven nuestras poblaciones tanto en su entorno familiar como escolar y comunitario.

Quiero cerrar este escrito con el siguiente cuestionamiento: ¿están los maestros formados desde un lugar donde se puedan generar verdaderas preguntas que atañan a la subjetividad humana y a sostener situaciones transferenciales en las que los niños y jóvenes puedan reconocer respaldo subjetivo, cuando ellos mismos han sido hijos de una educación de transmisión de contenidos y controles disciplinarios?

Lista de referencias

Bettelheim, B. (1982). Educación y vida moderna. Un enfoque psicoanalítico.

Barcelona: Editorial Crítica.

Laplanche & J.B. Pontalis. (1983). Diccionario de psicoanálisis. Barcelona, España: Editorial Labor.

Freud, S. (1914) Obras completas. Sobre la psicología del colegial. (Tomo 2). Madrid, España: Ed. Biblioteca nueva.

LA ANOREXIA: CONSIDERACIONES SOCIOECONÓMICAS Y CONCEPCIONES PSICOANALÍTICAS

Diana Carmona Henao*, Oscar Alonso Mira**

Recibido: Septiembre 30 de 2010 - Aceptado: Noviembre 30 de 2010

Resumen

¿Es la anorexia una problemática actual? ¿Es un fenómeno que está de moda? ¿Por qué tantos intentos de abordaje y tan pocos resultados? Éstas y muchas otras cuestiones son las que emergen ante el estallido de la casuística y con la cantidad de abordajes y concepciones que ello ha traído consigo. De un lado, de la mano de la publicidad y los ideales estéticos de belleza, se piensa en el impacto sin igual de la lógica del consumo sin reservas anudada a la circulación de imágenes de lo que se considera esbelto dentro de lo social; de otro, se apela a explicaciones de orden psicológico y psíquico que consideran el efecto de la presencia hostigante de una madre que avasalla el deseo de su hija y con ello insta en ésta una relación caótica con la ingesta y con la vivencia de la feminidad, o suponen una contemporaneidad que promueve la circulación abierta e incontentada de las formas singulares de gozar de los seres hablantes, lo que trae como efecto modificaciones y novedades en las maneras de hacer vínculo y establecer sociedad. Este panorama suscita el intento de esclarecer y establecer los posibles límites y dificultades a que ha dado lugar lo que se ha dicho acerca de la anorexia en los contextos socioeconómico y clínico psicoanalítico —sin desconocer lo histórico del fenómeno— y que este texto busca recoger en sus principales puntos.

Palabras clave:

Anorexia, moda, consumo, deseo, contemporaneidad, psicoanálisis, goce, pulsión.

Abstract

Is anorexia currently an issue? Is it a trendy phenomenon? Why are there so many approaches and so few results? These and many other concerns have been raised by the outbreak of cases recorded and the many approaches and definitions brought by it. On one hand, thanks to advertising and the aesthetic standards of beauty, we analyze the great impact of consumption logic without measure tied to the spreading of images of what's considered svelte; on the other hand, we have the psychological and psychic explanations that considers the effect of the presence of a lashing mother that subdues her daughter's desire, which establishes a chaotic relationship with the consumption of food and the experience of femininity, or supposes that our contemporaneity promotes the open and unrestrained flow of ways for jouissance of the speaking beings, that result in modifications and innovations in the ways we relate to each other and build society. This scene calls for an attempt to clarify and establish the possible limits and obstacles found in what's been said about anorexia in the socioeconomic, and clinical-psychoanalytical contexts —without ignoring the historical grounds of the phenomenon— and that this article pretends to condense through its key points.

Keywords:

Anorexia, fashion, consumption, desire, contemporaneity, psychoanalysis, jouissance, pulsion.

* Psicóloga programa Medellín Fuerza Joven Secretaria de Gobierno de Medellín. Candidata a Magister en Estudios Humanísticos Universidad EAFIT. diamach@gmail.com

** Psicólogo Centro de Atención Especializada CAE, Ciudad Don Bosco. miraoscar@gmail.com

Introducción

Asistimos en la actualidad a una propagación de casos de anorexia y con ello se ha incrementado notoriamente su abordaje y tratamiento. Esto ha posibilitado la aparición de contradicciones y desaciertos que se evidencian en las limitaciones y preocupaciones que la enfermedad continúa suscitando. Se esperaría que tal difusión de concepciones y tratamientos ilustrara justamente lo que encierra la anorexia y que así la intervención lograra una mayor eficacia. Sin embargo, la anorexia se manifiesta de manera contingente y su misterio persevera, lo que puede verse en el resultado de los tratamientos y en los límites de su comprensión.

Este artículo es producto de la indagación realizada para el trabajo de grado Limitaciones y dificultades de los abordajes socioeconómico y psicoanalítico frente a la anorexia, indagación sobre lo que se ha dicho acerca de la anorexia en sus concepciones y abordajes en los contextos psicoanalítico y socioeconómico. Deseamos con este artículo realizar una breve presentación de la intención de dicho trabajo: hacer visibles las dificultades de estos discursos y abordajes alrededor de la anorexia.

De su historia

Quizás muchas condiciones alrededor del fenómeno de la anorexia nos llevarían a considerarlo como totalmente nuevo y propio de nuestro tiempo. Pero un rastreo no muy profundo permite ver que no es así. La medicina, la psiquiatría, la religión, se han ocupado del asunto y han consignado gran cantidad de casos y experiencias ligadas al fenómeno que desde el siglo XIX adquirió el estatuto de cuadro clínico y que en la última mitad del siglo XX se ha mostrado en aumento, llegando a considerarse incluso como una de las epidemias de nuestro tiempo.

Desde el ámbito de las religiones, el ayuno se ha considerado siempre como una práctica mística de gran valor que es indescriptible y totalmente privada y que revela un don divino de carácter personal. Desde el s. XI y hasta el XVI indicó un ideal de pureza y ascetismo que estaba marcado por la convicción, la obediencia, la castidad y la pulcritud, siendo con ello causa de admiración. Luego, dadas las reformas religiosas del s. XVII, las mujeres con “el poder” de la abstinencia pasaron de ser santas consagradas a ser brujas perseguidas y enviadas a la hoguera. Sin embargo, las santas y sus vidas, aún bajo sospecha, seguían siendo ejemplares, dignas de ser registradas cuidadosamente. Registros que no sólo permitieron su posterior canonización, sino que sirvieron además como fuente de inspiración para quienes predicaban la fe católica, especialmente las jóvenes, quienes tomaban la resistencia a comer como la principal vía para ser, tal y como lo menciona Silvia Fendrik (1997), “reconocidas como modelos, en este caso de santidad” (p. 85). Y se habla de resistencia a comer te-

niendo en cuenta la concepción de esta misma autora acerca de la “anorexia sagrada” como un tipo de pretensión transgresora. De este modo, las santas anoréxicas reivindicaban su autonomía y rebeldía a acatar tanto las normas y opiniones terrenales como las eclesiásticas en relación con la alimentación.

A partir de estos datos es posible inferir, tal y como lo hace Fendrik, que a pesar de no tenerse pruebas, la anorexia parece ser tan antigua como la religión. Para esta autora lo que es aún más sorprendente “de toda esta historia, en consonancia con la época actual, es el descubrimiento de que las santas fueron auténticos modelos de identificación para las jovencitas de su tiempo, lo que aproxima llamativamente a Claudia Schiffer y a Catalina de Siena en nombre del Ideal” (1997, p. 86 [Las cursivas son nuestras]).

Los registros médicos, por su parte, consideran desde la antigüedad a la inapetencia como una dificultad. Ya los griegos llamaban anorektous o asituos (de asitia o inedia) a aquellos que rehusaban el alimento, términos referidos al estado de ayuno prolongado, a la abstinencia alimentaria o a la carencia de apetito. En Hipócrates (460/377 a.C.), aunque no aparece el término anorexia como tal, sí se hablaba de “abstinencia de alimentos”. Apareció luego el verbo griego anorectéo (estar falto de apetito), utilizado por Galeno, el sustantivo anorexia y el adverbio anoréctos (sin deseo, sin apetito), que también fueron usados por la medicina desde el siglo II (Caparrón & Sanfeliú, 1997). Pero es hacia finales del s. XVII que se registra el primer caso clínico de anorexia, en 1686, cuando el médico y religioso inglés Richard Morton atendió a una joven en estado de desnutrición extrema. Morton (1997) escribe el libro Tratado de las consunciones (consunción es el acto o efecto de consumir o consumirse; es enflaquecimiento) y lo publica en 1694. Morton se considera entonces como el primero en dar los lineamientos médicos y clínicos de la anorexia, tal como se la considerará luego. Ya en dichos perfiles podía verse que la enfermedad, el adelgazamiento, no poseía causa orgánica alguna y que dichos síntomas se debían a “inquietudes y pasiones de la mente”.

En el siglo siguiente aparecieron algunos artículos de literatura médica. Francois Boissier de Sauvages en Nosología Metódica (1736. Citado por Gómez, s.f.) señala a la anorexia en dos vías en las que se extingue el deseo sexual y/o de alimentos: una, vinculada a trastornos digestivos; otra, a estados de melancolía. En 1750, clorosis se llamó la enfermedad en la que se presentaba empobrecimiento de la sangre (amenorrea), disminución del apetito, palidez, palpitaciones. En 1774, se habló de rechazo del alimento de origen psíquico (lo que será la futura anorexia mental) y, en 1789, Naudeau relaciona el no comer con la histeria siendo, quizás, el primero en hacerlo.

En el siglo XIX se consolidó como un cuadro clínico con síntomas definidos y una evolución visible. En la década de 1870 los médicos William Gull, en Londres, y Charles Lasegue, en París, mencionan casos de anorexia histérica, describiendo el fenómeno en términos médicos y psíquicos.

Gull (1874) la nombra “anorexia nerviosa” y publica un artículo en 1874 convencido de que el término anorexia (pérdida de apetito) era más acertado que apepsia (indigestión). Finalmente prefirió la denominación “anorexia nerviosa” ya que consideraba que en la enfermedad estaba implicado el sistema nervioso central y no el útero, como se señaló en la antigüedad. Consideró que lo importante no eran las medicinas ni los tónicos sino la alimentación cuidadosa anudada al control moral del paciente, lo que se conseguía con la separación de éste de su hogar. Gull bien podría ser entonces el precursor de los tratamientos actuales.

Mientras Gull marcó un énfasis decididamente más médico, Lasegue abordó el fenómeno desde una perspectiva mucho más psicológica y observó que la enfermedad ocurría en mujeres adolescentes. Realizó una investigación sobre la conducta de la familia ante el rechazo de las adolescentes a ingerir alimentos, afirmando en su artículo “Anorexia Histórica” (Lasegue, 1990), que en estas mujeres existía una negación perversa a comer. Más tarde, Gilles de la Tourette retomó a Gull y Lasegue y enfatizó que no se trataba de una falta de apetito sino más bien de un rechazo del alimento.

También Freud (1984) abordó en varios de sus textos la anorexia como síntoma histérico. En sus Estudios sobre la histeria menciona el vínculo entre los síntomas histéricos y el trauma ocasionador anudados a vómitos permanentes y síntomas anoréxicos como el rechazo de cualquier alimento.

A comienzos del siglo XX, como efecto de las investigaciones desarrolladas por el patólogo alemán Morris Simmonds, luego de 1914, la anorexia nerviosa fue erróneamente confundida con insuficiencia pituitaria y se implementaron con ello tratamientos invasivos con insulina y electroshock. En los años 30 vino el apogeo del psicoanálisis con la exploración de las causas psicosexuales. Y en la década de los setenta, en Estados Unidos, la doctora Bruch (1973) describió las características de personalidad de los individuos que sufren anorexia nerviosa. Ella realizó una observación en la que encontró aspectos comunes entre los pacientes: la distorsión de la imagen corporal, el sentimiento de inutilidad e incompetencia y la incapacidad de interpretar y reconocer las necesidades corporales.

Actualmente la anorexia nerviosa está clasificada en el Manual Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM) y en su descripción aparece el deseo persistente de mantener un peso corporal debajo de lo sanamente recomendable, el miedo a engordar, la falta de menstruación y la distorsión de la imagen corporal. Según las estadísticas, se convirtió en la segunda causa de muerte entre las adolescentes de todo el mundo.

De la moda y lo socioeconómico

Es el cuerpo lo que está presente de manera inminente en la anorexia. Un cuerpo en el que confluyen, en nuestra cultura, gran cantidad de concepciones y prácticas que le imprimen ideales e imperativos sociales. En el cuerpo confluyen intereses que históricamente marcan lo que debe y puede ser, y que actualmente lo exaltan y alaban bajo la imagen exigente de algo bello, sano y armonioso, en un intento de negación de su otro correlato, que es el del desgaste y la finitud; al tiempo que se le reconoce dinámico y activo se pretende ensombrecer su condición temporal, frágil y perecedera. Nuestra cultura esconde, disfraza y encubre su lasitud. Y para ello dispone el uso de productos, objetos, máquinas, ropas y prácticas que controlen sus olores, sus fluidos, sus expresiones, las huellas del paso del tiempo, las señales de desmesura por efecto de los hábitos a los que se le haya vinculado. Deben acentuarse sus formas, esconderse sus abultamientos y fajar las carnes que se aflojen.

Todo esto aparece bajo la lógica propia del consumo sin reservas y de los lineamientos que la moda determina como aquellos precisos para aparecer bello, sano y esbelto en una imagen ligada al nivel de éxito que se posee. Son estos lineamientos los que insertan el cuerpo, en especial el femenino, entre lo natural y lo abundante frente a una figura mercantil de oferta y demanda propia de todos los objetos de consumo: ahora se nos ofrece un cuerpo lícito en tanto simulacro de la cultura de masas; un cuerpo catalogado y ofrecido al imaginario social bajo la imágenes de la publicidad y la moda que entregan con furor una estética light y de delgadez dentro del marco de una realidad espectáculo (reality show) propia de la estructura de la globalización, que se supone ofrece mayores comodidades y facilidades. Esta situación es la que ha inscrito a los cuerpos y su cuidado en dispositivos de discurso que establecen lo que se considera propio de la feminidad en su relación con la belleza.

Con los elementos hasta aquí expuestos y con las condiciones exhibidas en tales elementos nos es posible arribar a la consideración de la anorexia dentro de lo que hemos llamado el eje socioeconómico, y comprender la consideración principal de los abordajes y estudios sociales, en la que el fenómeno de la anorexia es, en tanto respuesta, el efecto más nefasto y temible de la conjunción del consumo masivo de modelos de belleza y estética, bajo la imagen positiva y normalizada de la delgadez que ofrece nuestra actualidad a través del mercado. Desde aquí, el fenómeno se ha definido como: “la eterna historia de un alguien, casi siempre del sexo femenino, generalmente joven, que siente repulsión hacia su propia figura, que estando delgada se ve gorda y opta por no comer” (Gamero, enero de 2003, p. 127), y en el que sus víctimas son sometidas a una presión psicosocial que las acosa y las induce a una pesadilla sin fin. Un sufrimiento que comienza con la ecuación ideal: “verse bien” igual a “estar bien”, y que trae como resultado “ser querida”, donde el valor estético es equiparado con el valor social. Valoración social que es otorgada por el otro con su mirada; la relación con los demás es lo que le da sentido a la figura en la medida que se la mira, aprecia y avala.

Los abordajes sociales encuentran una explicación para el fenómeno de la anorexia en algunas variables psicosociales como son el género, la etnia, la familia, la generación y desde allí encuentran respuestas a su incremento progresivo, su mayor prevalencia en mujeres que en varones, su predominio en países desarrollados y su inicio preferentemente en la adolescencia.

Según los estudios realizados, la adolescencia es un período de formación e integración de valores, argumentos de crítica y de juicio, y se tiende fácilmente a asumir aquellos que comparte la mayoría, lo que la inscribe como el momento de mayor vulnerabilidad. Respecto a la “personalidad”, se explica que el trastorno puede desarrollarse preferentemente en las que predominen rasgos perfeccionistas, obsesivos, baja autoestima, autocrítica, susceptibilidad a la ansiedad y dificultades para el control de impulsos. A nivel familiar se propone de manera general a las madres dominantes, intrusivas y ambivalentes, y a los padres pasivos e ineficaces en su rol, como posibles precipitantes de la enfermedad. Asimismo, en la actualidad ciertos conceptos como alimentación “balanceada” y actividad física “sana” están en relación con una noción general de bienestar saludable, que apunta a lo que se ha llamado “proyecto de delgadez”. Este proyecto concuerda con el discurso actual de la belleza, la salud y el consumo, además de ofrecerse a las jóvenes como garantía de la felicidad femenina.

Según la psiquiatra Lucrecia Ramírez (2002), el “proyecto de delgadez” es seguido por las jóvenes a tal punto que algunas de ellas no pueden concebir la posibilidad de ser ellas mismas, en una construcción que vaya más allá de la forma; es decir, este proyecto estético se convierte para ellas en su eje existencial. El problema, según esta autora, es que tal ideal de belleza es para muchas mujeres, especialmente para las latinoamericanas, ajeno a su realidad concreta:

Un cuerpo atlético, musculoso, nada flácido, que es ideal anglosajón actual, un cuerpo “worked out”, intensamente trabajado, que daría como resultado una forma angulada. Sumado, un cuerpo delgadísimo, ideal occidental actual, libre de todo depósito de grasa, característico del cuerpo femenino, que también arrojaría una forma angulada. Pero además, un cuerpo sensual, curvilíneo, prototípico latino, con proporciones que se consiguen naturalmente sólo a través del depósito de grasa. (p. 35)

Este es un ideal multiétnico que impregna nuestra sociedad y que es imposible de alcanzar desde el punto de vista fisiológico. Es por esto que ella pretende acabar con los trastornos alimenticios de las jóvenes de la ciudad de Medellín desmontando tal “proyecto de delgadez”, utilizando disposiciones como la estandarización de las tallas, la capacitación de las modelos sobre el problema y la regulación del peso por medio de sus agencias, y el acuerdo con los diseñadores para obtener prendas adecuadas para los cuerpos del fenotipo colombiano, además de crear una red de médicos especialistas, aumentar las exigencias para la apertura de clínicas estéticas, crear en los colegios asignaturas sobre los trastornos alimenticios, y regular a los medios de comunicación que invitan a la esbeltez.

De esta manera, dicho proyecto estético se convierte en un problema cuando, a pesar de chocar con la realidad corporal, las mujeres lo persiguen al punto de convertirlo en una práctica constante, no obstante sus riesgos.

En uno de sus artículos, la periodista venezolana Eleonora Brusual (Citada por Gamero, 2003: 130-131) sitúa su posición al respecto de tal situación:

Ser delgada, flaca, casi anoréxica, es hoy, más que una moda una exigencia. Las pasarelas de los desfiles de moda nos envían la imagen de mujeres cadavéricas, casi andróginas, sin formas, planas, pálidas. Esa imagen, vendida hasta la saciedad por la industria del vestido, de la cosmetología y secundada por todos los medios de comunicación y las empresas creadoras de símbolos, hoy tiembla ante la realidad de ver que se ha cruzado el límite, y las imposiciones de una estética y una moda, están creando generaciones enteras de mujeres enfermizas tanto física como mentalmente.

En esa misma vía Gamero Esparza (enero de 2003) hace una crítica y comenta que:

Nuestras modelos delgaduchas, por no decir menos —imitadas tanto por las divas del espectáculo y el jet set, como por simples vasallas—, son el triste corolario de la realidad del “nuncacomer”, y todo porque a las jovencitas les han hecho creer que si no están a la moda se irán al infierno del ostracismo y la marginación. Esto ciertamente se ha convertido en un verdadero problema de salud pública que se desliza entre el silencio indiferente de gobiernos y entes oficiales y el morbo hipócrita de una sociedad que ha perdido la capacidad de entender sus propias contradicciones. (p. 127)

Además de todas estas consideraciones en relación a la anorexia y sus posibles causas señaladas por los abordajes psicosociales, aparece otra consideración que creemos pertinente señalar en este recorrido: la tesis de adhesión de la mujer al ideal de la delgadez, según Lipovetsky (2002). Con una connotación de base, innegablemente de corte feminista, asegura que en las mujeres “la pasión por la esbeltez muestra el deseo de emancipación de la condición de objeto sexual” (p. 129), al negarse la maternidad como base de la condición femenina. Sostiene que la aparición de los métodos anticonceptivos y el compromiso profesional de las mujeres transformaron las condiciones de vida femenina y su relación con el aspecto físico. Dice igualmente, y esa es la idea que queremos resaltar, que dicha pasión por la esbeltez se debe al deseo de “ejercer un control sobre el propio cuerpo. La esbeltez y las carnes firmes son sinónimos de dominio de sí, de éxito, de self management” (p. 129). Tal pasión está referida así a la autonomía, poder y voluntad de ser actor sobre el propio cuerpo.

Esto es entonces lo que se afirma desde los abordajes sociales: frente a un ideal de belleza como éste, a las mujeres no les queda más remedio que comer de manera selectiva, y trabajar su cuerpo intensamente, ejercitando sus formas voluptuosas, llegando en muchos de los casos a poner en riesgo su “bienestar saludable” e incluso la propia vida.

Desde el psicoanálisis

El psicoanálisis descarta como única (o principal) causa de la anorexia el efecto de globalización respecto a seguir ideales estéticos de moda, al enfocarse clínicamente en la singularidad del sujeto, sin desconocer los efectos que sobre ese sujeto tiene el estar inmerso en un orden cultural y social. Para el psicoanálisis, la conexión entre anorexia y la moda de ultradelgadez corresponde más a una generalización penosa y peligrosa: los ideales de la moda promueven dietas, se está entonces en riesgo de ser anoréxico y en serio peligro de muerte. Esto, además, se propone como “válido” para todos por igual sin variaciones posibles.

El psicoanálisis, por su parte, considera los procesos psíquicos individuales y privilegia la particularidad de cada sujeto. Concibe que el sujeto responde sintomáticamente desde su estructura al malestar que la cultura le produce con sus regulaciones e imperativos. Por lo tanto, sólo se concibe el sujeto en la medida que se inscribe en el lazo social, y aunque esté llamado a hacer vínculo y relacionarse, es su goce lo que lo distancia y lo desliga como expresión de su particularidad, aquella por la cual se indaga al establecer y difundir una clínica del uno por uno.

Freud descubre en su práctica que en el cuerpo se suscitan, y se expresan a través de él, tensiones que no provocan enfermedad orgánica pero que activan el síntoma en tanto manifestación de la lógica inconsciente. Éste es el llamado síntoma psíquico. El síntoma psíquico refiere entonces a una absoluta implicación del sujeto y posee la función de ocultar y evitar un sufrimiento mayor, a la vez que cumple con evitar el reconocimiento de un deseo que aparece como inaceptable.

La anorexia es concebida como un síntoma que trata de un mensaje que busca decirse, que se dirige al Otro, y expresa un deseo que no logra articularse al discurso. Es síntoma de un goce pulsional ligado a la oralidad, resto pulsional que el sujeto no tramita sino con su cuerpo, un cuerpo sintomático que “denuncia” la lógica del inconsciente en la que se ata una manera singular de gozar. Síntoma que revela un conflicto psíquico que posee dos vías: una visible, en tanto no se ingiere alimento, lo que conlleva a un adelgazamiento extremo como consecuencia y para lo que se da una interpretación (justificación) por parte del propio sujeto de eso que se “hace ver”; la otra, no tan visible, se refiere a la significación particular del sujeto respecto a su relación con la comida (Fendrik, 1998), significación

en la que un acontecer (abstenerse de comer o provocarse el vómito) anuncia en sí una repetición, un hecho observable que vuelve a repetirse tal cual sin poderse evitar. Por lo demás, el sujeto lo dice o lo ejecuta sin saber lo que dice o lo que ejecuta y por ello (lo) sufre. Por esto el síntoma excede al ser hablante, surge y sorprende, asusta, o bien, hace reír al manifestarse como un acto involuntario en la conducta que remite al saber inconsciente y está ligado al empuje de la pulsión del que el sujeto dice sin saber, en este caso, a través de su cuerpo.

Se piensa pues que la anorexia es un síntoma que guarda tras de sí un secreto, algo de lo que la anoréxica no quiere saber, y con el cual, al mismo tiempo, intenta preservar su deseo, que desde la perspectiva psicoanalítica de orientación lacaniana aparece como deseo de nada, hacerse nada, comer nada. Las anoréxicas se consolidan a sí mismas como el objeto mismo de su deseo, dado que esto implica para ellas una ganancia en términos de su goce, que no va dirigido al Otro del sentido, de la cultura, sino a preservar ese deseo incolmable que sostienen en el no comer y al cual no logran ni buscan renunciar. Sostienen más radicalmente su afán pulsional en la medida en que éste es más negado por el orden social a través de las disposiciones médicas y científicas que quedan en vilo al constatar que no hay mediación posible entre el ideal de bienestar y la acción singular que se le opone: el Otro ya no se sostiene, queda anulado, inconsistente, ante la persistencia de un deseo que se soporta —léase “mantiene” y “padece”— en la encarnación atroz y desgarrante de ser nada. Esta “nada” significa que se hace uso de esa ausencia frente al deseo materno y sus estragos, se interpone la nada ante el atiborramiento del Otro con su deseo, alimentándose de nada hace que la madre dependa, que le ame. La madre trata de colmar las necesidades y, en el lugar de lo que no tiene, llena de comida e interpreta esto como amor. Por eso quien rechaza el alimento juega con su rechazo como un deseo. Para mantener su deseo, la anoréxica lo quiere (y lo necesita) fuera del deseo de la madre, no quiere comer para mantenerse como sujeto deseante y no ser comida (devorada por el deseo de la madre). Dicha nada le permite estar más allá de la demanda incolmable y de los cuidados excesivos de la madre. La anoréxica no dice sino que se expresa a través de un acto compulsivo, repetitivo, presentificado en la nada como objeto para su deseo. Evidencia un encuentro con lo real fijado en la insistencia del retorno, re-petición de lo lleno y lo vacío.

Por otro lado, se ubica también a la anorexia en la categoría de nuevos síntomas, la emergencia de nuevas envolturas en la forma de los síntomas como efecto de la caída de los significantes amo. La realidad de la época actual muestra de una manera contundente que el sufrimiento humano ha mutado en sus formas clásicas de presentación, en su fenomenología. De allí, que todo “sea posible” trae como consecuencia en lo subjetivo la búsqueda de lo novedoso, de lo extraño en el deseo, ya que precisamente el deseo se sostiene en la prohibición, en lo no permitido. Normas y leyes sociales encuentran su estatuto particular en la conciencia moral de los individuos. La Ley funda al deseo al consolidar el

complejo de Edipo y es la resolución de este complejo —vía identificación inconsciente— lo que hace de la Ley exigida por lo social y representada por las figuras paternas una exigencia interior inconsciente que dicta en la subjetividad aquello que determinará las condiciones para el goce.

La Ley como base del deseo regula entonces sus condiciones de posibilidad. Es por eso que los síntomas que aparecen en la actualidad apuntan hacia las formas en las que la Ley ha modificado su presencia en la subjetividad. En este sentido, referirse a los “nuevos síntomas” designa la dificultad de encontrar en el sujeto mismo los significantes propios que le anuden a la lógica del lazo social en los términos de cohesión y renuncia al goce singular.

Esta renuncia se traduce como efecto de la castración (simbólica) en tanto hace depender de la estructuración del mundo de los significantes, es decir, del saber, lo que implica una pérdida de goce y una forma acotada de recuperación, en la que se dan las condiciones de la represión, de la identificación y de la repetición neurótica. La declinación de la efectividad de la castración implica una cierta laxitud en la represión y en la identificación. Dicha declinación, acompañada de la instalación del discurso capitalista, es el parámetro con el cual se piensa la instalación de los síntomas actuales. Ahora bien, la angustia actual denuncia un sujeto capturado en un goce no acotado porque el lenguaje no opera como represor mismo. Esto da pie a que no emerja la dimensión social del síntoma (hacer lazo a través de la represión) y más bien aparezca un grito corporal. De esta manera, aparecen sujetos —des-sujetados para la lógica clásica del lazo social— que se manifiestan a través del cuerpo sin poder decir nada sobre aquello. Los sujetos quedan fijados en ese punto, porque hay una falla en el anclaje simbólico que sólo les permite responder con el cuerpo. Estas nuevas formas del síntoma ya no se dirigen entonces al Otro del sentido en la forma que lo hacía el síntoma freudiano. Puesta en crisis la voluntad de hacer lazo social a través de lo simbólico, la subjetividad actual aparece dispersa, solitaria.

La anorexia en nuestra época, estimulada por el discurso capitalista, por las ofertas del mercado y los ideales que de allí se desprenden, establece su lógica a partir del rechazo a la satisfacción en una sociedad que ofrece un sinfín de objetos que intentan responder a todo. Esto implica una vertiente del síntoma que va más allá de la vertiente social: la vertiente particular, privada, definida como “la manera como cada uno goza de su inconsciente, en tanto que él lo determina” (Palacio, 1999, p. 76). Esta dimensión del síntoma es considerada como resultado de un conflicto entre la satisfacción pulsional y los ideales, donde el no querer saber sostiene al síntoma de manera que lo particular del objeto pulsional sirve para que el sujeto se resista a las exigencias del ideal.

Ahora bien, es pertinente preguntarnos por la clase de decisión que implica el no comer. ¿Cómo pensar una decisión de la que la propia anoréxica no parece saber nada? La mayoría de los sujetos parecen no saber, ni querer saber nada acerca de su goce anoréxico, y mucho menos hablar

de él. Esto es reforzado en los casos más severos por los medicamentos, los cuales traen consigo la denuncia posterior y continua que dicha acción sólo logra expropiar al sufriente de su palabra, y por ende, de su condición de hablante. Por ello, es que el psicoanálisis opta por restablecer tal condición al buscar que sea el propio padeciente quien analice aquello que le perturba.

Sin embargo, existe por parte de la anoréxica un rechazo del inconsciente como generador de saber y, en consecuencia, esto genera una obstrucción al analista y la posibilidad de intervenir para que emerja la verdad del sujeto, ya que aparece en la anoréxica un saber absoluto donde el misterio queda arrasado por lo real de ese cuerpo; real no articulable a lo simbólico.

Conclusiones

- No es posible decir definitivamente que la anorexia sea un fenómeno actual, un fenómeno de “moda”; que sea sólo un efecto de los lineamientos que la moda exige para la propia imagen en la actualidad. No es suficiente quedarse con la idea de un abordaje “a histórico”, que no sólo promueva una supuesta actualidad basada en los efectos “novedosos” de las pasarelas, de la belleza en serie, la cultura Light, el predominio de la imagen, las nuevas formas y normas para la relación con el otro y los “goces contemporáneos”, sino que igualmente desconozca la existencia del fenómeno en los tiempos de las brujas y las santas —todas ellas con manifestaciones que ahora catalogaríamos como anoréxicas— en donde la renuncia a comer pudo denotar en estas mujeres un sentido religioso elevado o la búsqueda de un lugar social específico marcado por la idea de religiosidad con la intención de ser veneradas o recompensadas materialmente al considerarse sus actos como manifestaciones divinas, o —a partir de finales del siglo XIX— hechos notables con una posible explicación “natural”. Así, es posible que un abordaje histórico permita ampliar nuestra mirada del asunto a fin de no atribuir indiferentemente el despliegue tan amplio de casos que actualmente se evidencia al efecto de la moda, la sociedad de consumo, el discurso familiar y los efectos de todo ello en los sujetos. Además, es pertinente analizar más a fondo cuáles serían las diferencias precisas entre las santas anoréxicas de la Edad Media y las anoréxicas de la actualidad dado que este recorrido señala sobre todo similitudes y cercanías entre ambas.
- Si bien la alimentación restringida parece ser una conducta habitual en nuestra cultura y constituye una posible condición de la anorexia nerviosa, ella no es suficiente para su aparición. Que una adolescente llegue a un cuadro de anorexia nerviosa luego de comenzar una dieta no es algo necesario. La búsqueda de delgadez no alcanza para originar la enfermedad. No todas aquellas personas que están expuestas a las mismas presiones culturales y que vinculan el éxito con la delgadez, desarrollan un trastorno de la alimentación. La mayoría de las jóvenes no

desarrollan esta enfermedad aun cuando todas están expuestas a las mismas presiones. Sólo una pequeña parte de las jóvenes en dieta llegan a la anorexia: si bien es cierto que existe una gran influencia por parte de las presiones sociales, ya señaladas por el aumento del número de casos en estos últimos años, pensamos que esto no permite reducir la anorexia nerviosa exclusivamente a un fenómeno social.

- Como respuesta al problema en sí, no creemos suficiente una estandarización de las tallas (que llevaría exactamente a lo mismo: toda(o)s dentro de un mismo patrón) o campañas voraces y vertiginosas de capacitación, además de asignaturas académicas al respecto, para que toda(o)s conozcan la situación y sus riesgos y que ello sea total garantía de que el problema desaparecerá, o acordar prendas “adecuadas” y exigir unas condiciones específicas a los establecimientos estéticos y a los medios en los mensajes que emiten. Todo ello es ingenuo, además de desenfocado. Sin desconocer la posible influencia de los factores socioeconómicos, consideramos que existen condiciones de orden estrictamente singular, es decir, de orden psicológico y psíquico que merecen ser atendidas.
- Hablar del deseo es hablar de vida. Y es cierto que el rechazo a comer por parte de la anoréxica trata de preservar ese deseo que surge como lo que desde la demanda no se deja saturar. Pero la anorexia da cuenta también de algo que atenta contra la vida. Y ese algo que atenta contra la vida y contrarresta al deseo es lo que en psicoanálisis se conoce como goce pulsional.
- Desde el ámbito del psicoanálisis se descarta, como única causa de la anorexia, el efecto de globalización respecto a seguir ideales estéticos de moda; se enfoca clínicamente en la singularidad del sujeto como primer orden, a la par que no desconoce los posibles efectos que sobre él tiene el estar inmerso en un orden cultural y social. Debe considerarse que la línea entre elección y mandato es muy sutil ya que los límites entre la individualidad, la experiencia subjetiva y la cultura son igualmente exigüos; lo interno y lo externo se entrelazan apretadamente por lo que es difícil distinguir su interpenetración. En el caso de la anorexia, tal ligazón señala el enredo entre el deseo singular y la expectativa social.

El psicoanálisis se enfrenta actualmente a la dificultad práctica de lograr que el sujeto anoréxico anude su síntoma a un sentido, lo cual implicaría una acotación del goce presente allí, goce que en su manifestación actual se resiste y rompe con tal intención de ser acotado. Toda su imposibilidad radica en establecer una articulación del goce autístico de la repetición, al Otro y a su campo (el de los significantes), allí donde el Otro está precisamente en cuestión, allí donde no logra situar el desvarío del goce. El rechazo del inconsciente como saber anula un posible desciframiento de la anorexia y evita que se produzca un corte en su funcionamiento, de forma tal, que el goce no se enreda en ninguna trama de goce-sentido y no es posible entonces darle una orientación a ese goce sombrío y enigmático que recorre el cuerpo y petrifica el síntoma perpetuándole. Por esto queda la cuestión acerca de cómo puede

la clínica psicoanalítica abordar la anorexia como un síntoma en el que predomina una estructura que no es la del síntoma clásico para el que se diseñó el psicoanálisis y en donde existe una prevalencia de la dimensión de lo real.

Lista de referencias

- Bruch, H. (1973). *Eating Disorders: Obesity, Anorexia Nervosa, and the Person Within*. London, England: Routledge and Kegan Paul.
- Caparrón, N. & Sanfeliú, I. (1997). *La anorexia, una locura del cuerpo*. Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Fendrik, S. (1998). La dirección de la cura en la anorexia nerviosa. *Revista de Psicoanálisis y Cultura*, 8.
- Fendrik, S. (1997). *Santa anorexia. Viaje al país del nunca comer*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Corregidor.
- Freud, S. (1984). *Estudios sobre la histeria. Obras Completas, Volumen II*, Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Gamero Esparza, C. (enero de 2003). La anorexia: radiografía de un problema flaco. La enfermedad de la belleza (o la insostenible levedad del “nunca comer”). *Cuadernos de Realidades Sociales*, 61-62, 127-138.
- Gómez, G. (2003). Clínica del Objeto: Anorexia. Desde el jardín de Freud, 3, 146163 [Versión electrónica]. Recuperada el 13 de enero de 2006 en: www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/viewFile/8277/8921
- Gull, W. (1997), *Anorexia Nerviosa (Apepsia Hysterica, Anorexia Hysterica)* (1874), Londres. En: “El aspecto central de la anorexia nerviosa”, *Revista Investigaciones en Psicología*, II, 1. [on-line] <http://www.argiropolis.com.ar/images/pixel.gif>
- Lasegue, Ch. (1990). La anorexia histérica (1873). *Vértex. Revista Argentina de Psiquiatría*, (2), 7-24.
- Lipovetsky, G. (2002). *La tercera mujer*. Barcelona, España: Anagrama 5ª edición.
- Morton, R. (1997). *Physiologia: A Treatise of Consumptions* (1694), Londres, Smith and Waldford. En: “El aspecto central de la anorexia nerviosa”, *Revista Investigaciones en Psicología*, II, 1. [on-line] <http://www.argiropolis.com.ar/images/pixel.gif>.
- Palacio, L.F. (1999). Síntoma y lazo social. *Trazos. “Lo social y el síntoma”*, 2, 7281.
- Ramírez, L. (2002). Prevención de anorexia y bulimia en adolescentes escolarizadas. *Saludarte, Revista de Salud para los niños de las Américas*, 6, 8-13

Egresados y estudiantes

CREANDO DESDE AFRODITA O VENUS UNA REPRESENTACIÓN FEMENINA ARQUETÍPICA DEL AMOR, LA SEXUALIDAD, EL CUERPO Y LA FUNCIÓN ALQUÍMICA DE TRANSFORMACIÓN

Gladys Janeyh Ríos Palacio*

Recibido: Octubre 11 de 2010 - Aceptado: Diciembre 13 de 2010

Resumen

La pregunta por la psique y su relación con lo femenino se encuentra soterrada en la actualidad por una sociedad que privilegia el logos y la tecnología como maneras de hacer lecturas efectivas del mundo y los sujetos. Venus o Afrodita, según su versión griega o romana, plantea en su mito una posibilidad de reflexión profunda acerca de lo femenino en íntima conexión con el psiquismo y el ejercicio de la psicoterapia.

El privilegio de lo masculino y sus expresiones sociales en la forma de razón, competitividad, guerra y consumismo, han velado a lo femenino con representaciones que lo proscriben y desvalorizan mediante figuras como Eva o Pandora, en tanto sus presentaciones.

La revisión de la “Gran Diosa” antigua y la exaltación de lo femenino como fuerza creadora y transformadora, permiten entenderlo como algo que está más allá de su reducción a la condición de objeto y restituyen al mito su capacidad de comprensión del ser humano a la luz de la psicoterapia como actividad de creación y transformación, en relación con los temas que encarna la Diosa como las emociones, la sexualidad y el cuerpo. Su análisis otorgará interrogantes que podrán contribuir en las construcciones acerca del psiquismo y de las fuerzas que intervienen en su dinámica.

Palabras clave:

Feminidad, arquetipo, creación, diosa, Venus, Afrodita, patriarcalismo, Psicología Analítica.

Abstract

The question for the psyche and its relationship with the feminine thing is buried at the present time by a society that privileges the logos and the technology like ways of making effective readings of the world and the fellows. Venus or Aphrodite, according to their Greek or Roman version, outline in their myth a possibility of deep reflection about the feminine thing in intimate connection with the psyche and the exercise of the psychotherapy.

The privilege of the masculine thing and their social expressions in the reason form, competitiveness, war and consumerism, they have veiled to the feminine thing with representations that outlaw him and they devaluate by means of figures as Eva or Pandora, as long as their presentations.

The Great old Goddess's revision and the exaltation of the feminine thing as force creator and transformer, they allow to understand it as something that is beyond their reduction to the condition of objects and they restore to the myth their capacity of the human being understanding by the light of the psychotherapy like creation activity and transformation, in connection with the topics that it embodies the Goddess like the emotions, the sexuality and the body. Their analysis will grant queries that you/they will be able to contribute in the constructions about the psyche and of the forces that intervene in its dynamics.

Keywords:

Femininity, archetype, goddess, Venus, Aphrodite, Patriarchalism, analytic psychology.

* Psicóloga egresada de La FUNLAM. Tiene larga experiencia en La clínica psicológica desde La perspectiva de La psicología analítica. lucy850428@yahoo.com

Mi pregunta por la psique femenina nació hace pocos años, durante mi primer trabajo como profesional. Estaba en una reunión importante, pero tediosa. Comencé a jugar con el lápiz y el papel, y de los trazos emergió una figura redondeada y voluptuosa, coronada por una luna, y que contenía agua, fuego y cielos. En un sueño posterior, esta imagen antecedería el encuentro con otras doce figuras femeninas y, comúnmente, una de ellas emergía de las aguas o estaba acompañada de un joven que se sacrificaba para salvarla del peligro.

Al mismo tiempo, regresó a mi memoria la historia de una geisha japonesa que me había conmovido tiempo atrás, al igual que un sueño donde una mujer agonizante anunciaba la llegada de “Ella” y otros donde un hombre aparecía portando una manzana partida en cuyo corazón se formaban dos figuras, una femenina y otra masculina.

Como doy una importancia significativa a mis sueños, comencé con ellos un trabajo personal, identificando varios elementos femeninos. Poco a poco, concentraba mi atención en las teorías que podrían explicar el desarrollo psicológico de las mujeres, pero encontraba vacíos, porque eran repetitivos los paralelos y las generalizaciones que pocos aportes hacían a la comprensión del sentido de las imágenes que me embargaban. Sabiamente, una amiga y mi psicoterapeuta me nombraron a Afrodita o Venus, para mí una diosa extraña y ajena a mis elecciones y estilo de vida, pero que encarnaba muchos de los aspectos reconocidos. Con ella comprendí por qué algunos oscurecen la psique femenina: esta mujer mítica representa, en los hilos de su historia, las emociones, la sexualidad y el cuerpo, temas complejos para una mente y una sociedad regidas por el principio del logos y la tecnología y que han tomado como opciones desvalorizar estos temas o manipularlos con el consumo. Comencé a comprender por qué en mí y en los contextos sociales, académicos y laborales donde participaba, lo femenino se cubre de tinieblas, y se privilegian valores masculinos como la competencia y la formación intelectual, expresando temor, maltrato y menosprecio hacia aspectos que, sobrevalorados en las mujeres desde tiempos inmemoriales y calificados como negativos, pueden verse en figuras como Eva y Pandora. Yo misma hacía parte de este proceso del patriarcado: estaba creando mi lugar en el mundo, pero lo hacía olvidándome de aspectos importantes de mi ser de mujer, ni siquiera recordaba cuándo había elegido sobre ellos.

Este ensayo tiene como finalidad “invocar” la historia y el sentido de una diosa primigenia que habita en nuestras psiques, Afrodita o Venus, una figura mítica de lo femenino que ha sido recubierta de tinieblas y estigmas. Lo que ella representa, el cuerpo, la sexualidad, el amor y la transformación, necesita tomar su lugar en cada consciencia desde la comprensión e interiorización, porque influye en nuestras acciones y afectos convirtiéndose en dones-fortalezas o riesgos-debilidades (Shinoda, 1984). Así, evitaremos el robo de su potencial originario y de sus posibilidades individuales de vivencia, lo que de ocurrir nos enfrentaría con su entierro en la oscuridad o con la aparición de sus rostros terribles, vías de todo aquello que es ignorando y se alimenta del desprecio.

Carl Gustav Jung (1970), fundador de la Psicología Analítica, afirma que los mitos y cuentos de hadas son manifestaciones de la esencia del alma, que representan sus personificaciones y situaciones, acontecimientos anímicos que denominará “arquetipos”. Éstos son papeles latentes e internamente predeterminados, que se expresan en todos los seres humanos a través de pautas afectivas y de comportamiento, pues son parte de la herencia colectiva de la humanidad; son imágenes eternas, arcaicas primordiales e inmateriales, que han sido transmitidas por largos períodos de tiempo y que cuentan con aspectos positivos y negativos.

Posteriormente, la psiquiatra y psicóloga analítica, Jean Shinoda (1984), retomará algunas diosas griegas y romanas, que calificará como patrones arquetípicos, y presentará sus mitos como una forma de comprensión del ser, el sentir y el actuar humano, reconociendo en ellas lo que nos motiva, frustra o satisface. Para ella, la mujer se siente insatisfecha por haber vivido para y a través de los estereotipos o papeles a los que la sociedad espera que se adapte, reforzando en ellos algunos patrones de las diosas y reprimiendo otros, lo que genera un problema de identidad debido a una atrofia del desarrollo de su potencial femenino.

En su comprensión de las figuras femeninas de la mitología griega y romana, esta autora dará un gran salto en el tiempo. Se remontará miles de años atrás (5000 - 25000 a. de C.), hasta la época de la Antigua Europa (Shinoda, 1984), donde se honraba a la Gran Diosa, personificación del arquetipo de la Gran Madre (Husain, 1997). La cultura de esta época es descrita como matrifocal, sedentaria, pacífica, amante de la artes, ligada a la tierra y al mar; una sociedad no estratificada e igualitaria. Su fin llegó con la invasión de pueblos del norte y este de Europa, patrifocales, amantes de la guerra y orientados ideológicamente al cielo.

Entonces, la Gran Diosa fue incorporada, escindida y condenada en la nueva religión, asumiendo cada figura atributos específicos de esta gran unidad. Serán estos atributos los que nos servirán como un recordatorio de las pautas de comportamiento y rasgos de personalidad que invocan fuerzas y cualidades olvidadas por el patriarcado (Shinoda, 1984).

Al estudiar esta época se hicieron más comprensibles para mí diversas de las experiencias descritas al inicio del escrito. Por ejemplo, vi unas imágenes semejantes a la que dibujé en aquella reunión: eran las figuras de Venus, esculturas que representan a la Gran Diosa como fuerza femenina conectada con la naturaleza, la fertilidad, la maternidad, la función sexual, y que es responsable de la creación y la destrucción de la vida, lo que la vincula con las fases lunares. Corroboré, como dice Robert Graves, que ella es un arquetipo “inmortal, inmutable y omnipotente” (citado por Shinoda, 1984, p. 42), que podría presentarse nuevamente cuando una época o individuo lo necesite o invoque.

Viviendo bajo una sociedad patriarcal, que la ve como vulnerable, débil y proscrita, en comparación con los dioses y héroes masculinos, Afrodita o Venus es una de las herederas de la Gran Diosa y asumirá con poder y autonomía sus dominios y los dones que puede otorgar o negar a los mortales. Conozcamos su mito, el cual ha sobrevivido en la sociedad, expresándose en patrones afectivos y de comportamiento, normalmente, atribuidos a las mujeres y calificados como positivos o negativos.

Como diosa del amor y la sexualidad es impredecible, misteriosa y potencialmente irresistible, al estar vinculada con las aguas primordiales del mar, de donde emerge en uno de los relatos sobre su nacimiento. Así, en su historia, se cuentan múltiples relaciones con dioses (Hefestos, Ares y Hermes) y mortales (Adonis y Anquises), la mayoría de ellas entabladas por decisión personal. Tiene numerosa descendencia (Eros, Hermafrodito, Deimos, Fobos y Harmonia). No fue una fiel esposa y, particularmente, esta, la de esposa es la única condición donde no decide sobre su establecimiento. Se entregó con todo su cuerpo y su ser a cada hombre que elegía como compañero sexual o afectivo. Esta situación es fielmente retratada en su relación con Adonis, en ella la aceptación de la diosa de las condiciones de su relación, durante períodos establecidos, muestra un rostro distinto al de la divertida y libertina Afrodita: ella misma se transforma por amor y reconoce los ciclos y sacrificios que esta experiencia afectiva implica.

Aquí, personifica el arquetipo de amante y diosa vulnerable, que se relaciona con figuras masculinas y tiene hijos. De esta forma, representará una necesidad de cariño, una valoración de las emociones y las relaciones, al igual que una atracción, pasión y seducción erótica e irresistible dirigida a la figura masculina, que puede llevar al enamoramiento y al coito o acto sexual y que puede tener como desenlace una de las creaciones propias de lo femenino: la procreación, es decir, engendrar y dar luz una nueva vida, un hijo o una hija.

En pocas palabras, es una “versión menor de la Gran Diosa en su función de diosa de la fertilidad” (Shinoda, 1984, p. 42), que se traduce en una fuerza de cambio que genera un proceso de creación donde se dan la atracción, la unión, la fertilización, la incubación y el nacimiento de una nueva vida, y que veremos cómo impacta no sólo las relaciones afectivas, sino también toda actividad creativa y la psicoterapia misma.

Es de resaltar en esta diosa que entable relaciones por decisión personal, que elija y sea, casi siempre, correspondida al expresarse. Me pregunto si, como ella, las mujeres son conscientes de que pueden vivir y elegir sobre sus emociones, su sexualidad y su cuerpo. Si no, este patrón arquetípico puede llevarlas a la promiscuidad, la inestabilidad afectiva, los embarazos tempranos y no deseados, las relaciones sexuales tempranas o la represión de esas experiencias a causa de los mandatos sociales y familiares introyectados.

Además, en una sociedad que aún clarifica sus estrategias en cuanto al desarrollo emocional y sexual, y considerando que en ciertos contextos comienzan a valorar más a la mujer estudiada y competitiva, es importante cuestionar cuándo esto le implica descuidar su desarrollo emocional y relacional, ejerciendo prohibiciones e ideales sobre estos elementos porque no representan productividad. En este cuestionamiento puede ayudar Venus, porque el campo valorado por ella abarca precisamente las experiencias puramente subjetivas que no se miden en términos de éxito o reconocimiento (Shinoda, 1984).

Tanto las personas como la sociedad, olvidan que es en el espacio vincular donde más crecimiento personal podríamos obtener; más si nuestra comprensión del amor considera otros atributos, y deja de ser sólo un proceso egoísta y narcisista, al recordar que, según Carl Jung (2001), el amor verdadero es un sacrificio de la ilusión de las propias posibilidades, un enfrentarse con la vulnerabilidad y el dolor, para hacer posible una entrega personal y un reconocimiento del otro, lo que reviste al sentimiento de profundidad, sinceridad, duración y responsabilidad.

La relación de Venus con la belleza, la hace patrona del disfrute de las experiencias sensoriales, sensuales y estéticas, propias de la relación y consciencia sobre nuestros cuerpos, al igual que de todos los trabajos creativos, pues su matrimonio con Hefestos simboliza la unión de la belleza y la artesanía, de donde nace el arte (Shinoda, 1984). Nada raro es encontrar a esta deidad como musa de escritores, poetas y escultores, como se verá adelante con Pigmalión.

En este aspecto, Venus es la musa inspiradora que acompaña la interacción entre el creador y su obra, en un tiempo absorbente y fascinante, casi como dos amantes, porque él reacciona y se implica con cada uno de sus sentidos, sólo para lograr dar paso a una nueva vida. Sin embargo, ella también es la “prostituta o tentadora” que está a gusto y disfruta de su cuerpo y sexualidad, pero que para nuestra sociedad ha dado paso a la entrada del “mal” en la humanidad, pues a esta diosa también es atribuida, como fruto, la manzana.

Por otro lado, la psicología en general, y las psicólogas en particular, también pueden aprender de las griegas de la época antigua, quienes reconocían que cada vocación o función se sitúa bajo el dominio de una diosa. Así, el trasfondo mítico de la psicoterapia, se puede comprender desde Afrodita como diosa alquímica presente en los procesos de creación y transformación (Shinoda, 1984).

El punto de partida está en un fragmento poco conocido de la historia de esta diosa: Pigmalión, el rey de Chipre, era un escultor talentoso: todos afirmaban que a sus creaciones sólo les faltaba la vida. Alguna vez esculpió en marfil una estatua de la mujer ideal y se enamoró de su creación. En un festival en honor de Afrodita, Pigmalión le rogó a la diosa que le otorgase una esposa similar a la estatua, a lo que ella respondió dándole vida a esta última y transformándola en Galatea.

En el anterior relato, Venus es portadora de visión (Shinoda, 1984, p. 301) y representa la fe en la posibilidad de la realización de un sueño, al igual que encarna el acompañamiento necesario que se hace del trabajo de descubrimiento del otro, para poder darle forma y hacer estos sueños realidad. Otros nombres otorgados a esta función propia de figuras femeninas como Afrodita son: “mujer hetaira” en Toni Wolf; “la mujer especial” en Dani Levinson; y la geisha japonesa.

Si bien la primera y la última establecen relaciones de compañía con componentes eróticos, no son las prostitutas o tentadoras que convierten su cuerpo y alma en objetos para el otro, papel que la sociedad ha dado a las mujeres. Aquí la unión sexual simboliza la integración y el “conocer” en su intimidad y profundidad psicológica, y lo femenino es un “par o compañera” que acompaña desde una actitud activa y con sus propios dones y estrategias, la imaginación de las aspiraciones, la alimentación de las esperanzas, la identificación de las potencialidades y el despertar del lado creativo, donde toda “sustancia “inferior” de la vida cotidiana puede convertirse en “oro” bajo la influencia alquímica y creativa de Afrodita” (Shinoda, 1984, p. 304), quien fuera calificada por los griegos como la miel dorada, discurso dorado, semen dorado, expresiones que simbolizan sus valores de procreación y creación verbal.

Propiamente dentro del ámbito clínico y en las actitudes de la psicoterapeuta, Afrodita se presenta en la atracción que ella ejerce sobre los otros y en su actitud extrovertida o tendencia hacia ellos. Se genera así en la psicóloga una consciencia receptiva (semejante a lo descrito como empatía), al igual que centrada, porque sólo se concentrará en aquello que tiene un sentido terapéutico (amplificación de la problemática). Así, se realiza en el espacio psicoterapéutico un intercambio en dos direcciones, una comunicación donde se ven involucrados y afectados la psicóloga y el consultante, pero ella será la encargada de orientar un proceso creativo y de apertura al cambio, es decir, de transformación psicológica, a través del deseo de conocer y de ser conocido y del crecimiento en la esfera emocional de la vida. En otras palabras, el amor que encarna esta deidad representa, además de su expresión en el plano físico y puramente sexual, la unión o comunión que apunta a la consumación entendida como realización y perfección:

El amor platónico, la conexión del alma, la amistad profunda... la comprensión empática: son todas ellas expresiones del amor. Allí donde se genere crecimiento, se apoye una visión, se desarrolle el potencial, se aliente una chispa de creatividad. [como ocurre en la psicoterapia] allí está Afrodita influyendo en las personas involucradas. (Shinoda, 1984, p. 295).

Como un proceso de transformación para ambas personalidades, la consciencia de Afrodita no sólo nos permite reconocer la incorporación e implicación de la psicóloga, sino que también acerca a

la psicoterapeuta a la identificación de los elementos conscientes e inconscientes de ella misma y del paciente dentro del espacio clínico. Esto puede orientarse para establecer una distancia emocional óptima al saberse afectado por una situación y como herramienta para activar la función trascendente que Jung reconoce en la transferencia: “Mediante la transferencia, el paciente se aferra a la persona que parece prometerle una renovación de actitud; a través de ella busca este cambio vital para él” (citado por Sharp, 1994, p. 206), proyectando todas las imágenes que aún no ha integrado de manera consciente y alcanzando, posteriormente, una integración de las mismas en su personalidad, gracias a la comunicación con su psicoterapeuta. En esta comunicación se estimulan sentimientos y pensamientos dotados de una vitalidad desconocida que, independiente del tema abordado, lo renuevan.

Transformar desde el arte, la relación y la psicoterapia, no implica abandonar o desvalorizar los logros intelectuales y políticos alcanzados hasta el momento, porque esta función se complementa en ellos y los necesita, pero sí exige escuchar y comunicar aquellos trozos de la verdad que son relatados con creaciones y sueños, aquellas formas de conocimiento y comprensión que se han olvidado, pero que señalan uno de los patrones que nos habitan desde los tiempos primitivos: La Gran Diosa y su heredera Afrodita o Venus.

Con ellas recordamos que los temas asociados con las emociones, el amor, la sexualidad, la sensualidad y el cuerpo, aunque representados por lo femenino, son cuestiones que necesitan respuestas individuales que podremos conseguir de dos maneras: destruyéndonos al vernos afectados por conductas patológicas como las que rodean a Mirra, quien negaba rendir culto a Afrodita; o creando, al asumir responsablemente sus tareas y convertirla, como psique, en un agente transformador y evolutivo para nuestras vidas. Yo di el primer paso en mi elección al retomar la escritura, ¿qué harás tú?

Listra de referencias

- Husain, S. (1997). *La diosa: creación, fertilidad y abundancia, Mitos y arquetipos femeninos*. Singapur: Evergreen.
- Jung, C. G. (1970). *Arquetipos e inconsciente colectivo*. España: Paidós.
- Jung, C.G. (2001). *Civilización en transición*. Madrid, España: Trotta.
- Sharp, D. (1994). *Lexicón Jungiano*. Chile: Cuatro Vientos.
- Shinoda Bolen, J. (1984). *Las diosas de cada mujer: una nueva psicología femenina*. Barcelona, España: Kairós.